

86-3 (Ac. 151)

BIBLIOTECA CANARIA

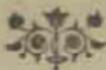
Máxima culpa

Novela a escote

Publicada por el diario «La Prensa», de Tenerife, en
el año 1915, con la colaboración de conocidos
escritores del país.

PROLOGO DE

Antonio Zerolo Hertera



R. 32678

SANTA CRUZ DE TENERIFE (CANARIAS)

Imp. Valentín Sanz, 15

6604856721

Al lector

La «Novela a escote», publicada por el diario «La Prensa» el año de 1915, constituyó uno de los mayores éxitos literarios que se recuerdan en el país por la curiosidad y expectación que despertó en todos los pueblos de la Isla.

Un concurso semejante lo había iniciado en España la revista «Madrid Cómico», dirigida por el popularísimo Sinesio Delgado, y de él surgió la interesante novela «Las vírgenes locas».

La de «La Prensa» se titulaba «Máxima culpa», y en ella tomaron parte los siguientes escritores:

Benito Pérez Armas, Domingo Cabrera, Domingo J. Manrique, Diego Crosa, Emilio Calzadilla, Guillermo Perera, Hdefonso Maffiotte, Juan Franchy, Leoncio Rodríguez, Manuel Verdugo, Ramón Gil-Roldán y «Guillón Barrás».

Cada uno de los citados señores tuvo a su cargo un capítulo de la novela, para lo cual fueron semanalmente sometidos a riguroso sorteo, fijándose un plazo de dos días para la entrega de las cuartillas. El que primero fué designado, por la suerte, según se había convenido, se encargó de titular la obra.

Los mismos ligeros descuidos que un sagaz observa-

dor hallará en el transcurso de la novela, tanto en su trama como en el aspecto mudable del género literario, son la prueba más elocuente de la legalidad con que los autores se sometieron a las bases del concurso.

El desarrollo de la novela fué seguido, como decimos, con extraordinaria curiosidad por el público, que en algunos momentos llegó a sentirse apasionado ante las múltiples peripecias de los personajes que desfilan por las páginas de «Máxima culpa», y el inesperado giro que cada autor daba al argumento central de la obra, hasta llevarla a feliz término venciendo las innumerables dificultades que tal labor representaba.

De los doce participantes en el Concurso, muchos de ellos han fallecido, incluso el inolvidable maestro don Antonio Zerolo, que escribió el prólogo de la novela.

Pero sus nombres se hallan tan grabados en nuestra memoria y en nuestros afectos, que a todos consideramos participantes por igual en el aplauso y homenaje que ahora rendimos a los autores de «Máxima culpa», la primera «Novela a escote» que se ha escrito en Tenerife.

Prologo

Cervantes—a quien por cierto van a dar ahora una compensación justa, pero tardía—dice en el prólogo de sus «Novelas ejemplares», que él fué el primero que noveló en lengua castellana. ¿Qué sentido tiene esa afirmación, extraña en quien era tan modesto como indulgente con las obras de los demás?

Claro está que no quiso decir que hasta entonces nadie había escrito novelas; tal vez aludiría a una nueva forma y dirección de la novela, fundada en la verdad y en la naturaleza y de la que pudo considerarse creador el glorioso Manco.

Sea o no sea ésta la interpretación de tan comentada frase, la hemos recordado para que se vean las dificultades de este género, fruto de la observación y participación del artista.

¿Y «Máxima culpa», qué es? Por la forma narrativa, novela; por el argumento, melodrama. Y, ante todo y sobre todo, un ensayo, un a propósito, difícil por la acumulación de obstáculos, que una docena de jóvenes ha salvado bizarramente a fuerza de ingenio.

¡Y cómo esplende en esos doce capítulos, la imaginación de los hijos de esta tierra de todas las zonas y de todos los climas!...

Parece que se han escrito para corroborar lo que, acerca del estado actual de la literatura en Canarias,

hemos dicho ante el público del Ateneo de La Laguna, y repetimos ahora. Los escritores de hoy, los oradores y poetas del día, forman una constelación, una pléyade más numerosa y brillante que los de otras épocas.

«Máxima culpa», que salió a luz con tiempo y espacio medidos, sin previo acuerdo de los colaboradores, elegidos a la suerte, no todos profesionales de la pluma—y ésta es una de las mayores sorpresas que ofrece—, llama desde luego la atención como una muestra de rapidez en concebir y de facilidad en narrar. Y demuestra, por ende, cuánto bello y bueno pudieran producir, con la creación artística, los que de episodio en episodio, de complicación en complicación, han ido tejiendo el hilo de la trama, apretando el nudo y alejando el desenlace, para mantener—y lo han conseguido, lo que ya es un éxito—la expectación del público.

Y ahora que la crítica meticulosa, rebuscona, desconsiderada, «negativa», que no es la verdadera crítica, se encargue de señalar los defectos, prescindiendo de las bellezas. Nada más fácil, porque ninguna obra humana es perfecta, y más, siendo hija de la improvisación, como ésta. Sí; también en las mejores obras hay defectos, «los inevitables lunares» que, como asegura Tertuliano, ¡Tertuliano!, tiene que haber en el rostro de la mujer más bella.

Sobre esto habría que hablar mucho.

Pero aquí los defectos son «excesos». Por punto general, exceso de lirismo, lujo de metáforas, profusión de imágenes; prosa poética, lenguaje florido, en vez del natural y llano, propio de la narración, y que por eso no deja de ser elegante, ni de expresar lo patético y lo trágico, como se ve leyendo a Pérez Galdós, el heredero de Cervantes.

En fin, achaque de jóvenes, en quienes predomina la fantasía, y que, por lo mismo, propenden a la ampulosidad. Pero ya vendrán los años y con ellos la depu-

ración del gusto, la sencillez en la expresión y la sobriedad en los adornos.

Notamos que hay «demasiado artes», mucha retórica, aunque esto parezca paradójico, máxime dicho por quien estas líneas escribe, que se han cuidado—no todos—más de lucir primores de dicción, que de emplear el tono y estilo adecuados.

¡Cuánta verdad encierran las siguientes palabras de Baltasar Gracián! «¿Qué cultura hay que iguale a la elocuencia natural? En las cosas hermosas de sí, la verdadera arte ha de ser huir del arte y afectación.» Aunque el mismo Gracián—y volvemos a las imperfecciones—faltó más de una vez a este precepto.

Ninguno de los autores de la «Novela a escote» carece de inspiración e inventiva, por lo visto. Cada uno en su línea, según su temperamento artístico,

«así de prisa, de prisa,
todo al vuelo, todo al vuelo»,

como en la dolora de Campoamor—lo que hace subir de punto el mérito del trabajo individual—, ha revelado que tiene facultades para mayores empeños, que la vida del arte en Canarias puede ser tan fecunda como la de la naturaleza, y que es lástima que se malogren, por falta de ambiente y estímulo, tantas aptitudes. Porque hay que tener en cuenta las condiciones singulares a que se han ajustado la concepción y ejecución de «Máxima culpa», para que se comprenda cuán grande es la habilidad técnica y la fertilidad de recursos, de los nuevos noveladores.

Entiéndase que en esta clase de producciones no puede haber verdadera unidad de acción, sino una serie de incidentes, que por estar relacionados entre sí no destruya por completo la unidad. Aunque, tratándose de las unidades, ya sabe uno qué partido tomar desde que el Romanticismo habló por boca de Manzoni y Víctor Hugo. Tampoco cabe ser escrupulosos respecto a la pin-

tura de caracteres; que esto exige calma y meditación. Aparte de que, crear personajes, es obra del genio.

Pero, además, «Máxima culpa» tiene descripciones bellísimas, que revisten los colores de la realidad páginas que producen honda emoción, estudio de pasiones y estados patológicos, rasgos de fina percepción, reflejos de lecturas de literatos nacionales y extranjeros, bien aprovechadas, cuadros de costumbres dibujados con maestría, y en algunas partes, corrección y aticismo.

¿Qué más se puede pedir, insistimos, a un ejercicio forzado, hecho «scalamo currente», y que, a las cualidades apuntadas, reúne un atractivo mayor, el interés?

Por éstas y otras razones, que no queremos aducir, en gracia a la brevedad, creemos—sin pretensiones de autoridad en la materia—que «Máxima culpa» merece la «absolución» y pasar del toletín de «La Prensa» a un tomo para que figure al lado de sus congéneres de la Península, aun de aquellas que se deben a escritores consagrados por la crítica y el gran público.

Compárense,

Antonio Zerolo.

Abril de 1915.



Semblanzas humorísticas de
algunos de los autores
de la novela

Guillermo Perera (Prof. Wilhelm der faquer); es natural de La Esperanza y además ha sido luchador; todo lo cual no impide que en sus versos se ocupe con una frecuencia lamentable de las picardías que cometen las mariposas cuando vuelan de flor en flor.

Es un romancista fácil,
de quien dice más de un pillo,
que hace el Gonzalo Castillo
con más de una bella Dácil.

*

Diego Crosa (Crosita). Este no consiente que se le tache sino la calva, y, efectivamente, su calva es intachable.

No esgrimiré yo mi hacha
contra este vate sensible,
como enemigo, temible,
y por lo demás, sin tacha.

*

Carlos Cruz es un chico atroz: lo mismo corta el fluf-

ño eléctrico a un abonado que paga—abonado amoroso—como pone «El amor en marcha».

Este grave Carlos Crus
divide su tiempo a medias.^{ca}
Cuando no escribe comedias
quita al prójimo la luz.

Don Domingo J. Manrique, hombre plácido y colorado; piel hirsuta; mirar congestivo. Es natural de Fuerteventura; como si dijéramos de la banda de Africa... Moro de costa.

¿Hace falta que yo explique
el por qué ha sido llamado
Domingo J. Manrique,
Manrique el enamorado...?

Juan Franchy, dandy taciturno y pálido; mirada torva, pulcro en el vestir; siempre sombrero pajizo. Entre venezolano y conejero, participa de la índole de Isaac Viera y del Libertador.

Su prosa de estirpe eximia
y factura coruscante,
es algo abracadabrante,
con dejes de vieja alquimia,
y de «metonimia andante».

Emilio Calzadilla. La pluma se resiste a extender la ficha antropométrica. Caso complicado y gravísimo de manía jurídico-política. Travesura progresiva.

Aunque él mismo no lo crea,
por mor del auto hipnotismo,
nadie, ni siquiera él mismo,
sabe del pié que cojea.

Ildefonso Maffiotte. Otro que tal. Un niño prodigio. Está en galeras de imprenta desde su más tierna infancia. Su obsesión es que le publique un libro «definitivo» la casa de Sampere.

Fiero como un hotentote,
es un chico de una vez,
con dos «esas» y dos «tés»
Ildefonsito Maffiotte,

*

Leoncio Rodríguez. Fíense ustedes de los chicos encogidos, y de aspecto colegial. Esta es el autor directo del crimen en perspectiva y por inducción ha forzado a todos los demás correos.

Es un caso de conciencia
este ingenuo de Leoncio,
que aunque parece un inconscio
tiene una larga experiencia.

*

Manuel Verdugo. ¿Ha visto alguien la cara de Rafael o la de Sherlock Holmes? Pues tal es el hábito externo de este poeta, por lo demás demasiado helénico.

Se figura un Víctor Hugo
y no lo es precisamente.
Mas asegura la gente
que tampoco es un besugo.

*

Benito Pérez Armas. Este va a ser el que dará el primer tiro. No le faltan disposiciones para la perpetración del crimen literario a la alta escuela, pero hay quien afirma que su prestigio en la materia ha descendido desde que se ejercita exclusivamente en política.

Manda en la Diputación;
es Subdelegado regio
de la primaria instrucción;

también polemista egregio,
y poeta de ocasión.

•

Ramón Gil-Roldán. Por encargo expreso de este co-
autor del crimen, no diré nada de él, pues es persona
a quien aprecio de veras.

•

Todos ellos se proponen escribir una novela en co-
mandita.

Astros de nuestro Paraíso,
que pensáis al estriçotè
hacer la novela a escote,
cuidad de que el buen Pegaso
no os tire del cogote.

Asteriscos.

(Ramón Gil-Roldán)

Mayo de 1915.

MAXIMA · CULPA

CAPITULO I

Por Benito Pérez Armas

Aquella noche hablarían solos por primera vez, después de seis años de ausencia.

Gonzalo abrió la ventana decrepita, rechinante, guarnecida de un arco de piedras toscamente tallado, y lanzó un ruidoso suspiro sobre la quietud huraña de los campos en sombra.

El aire fresco de la noche le azotó el rostro poniendo en desorden su cabellera. Las bujías se apagaron y una puerta interior se cerró con estrépito.

Por unos segundos se quebró la cadena infernal de ideas inquietantes que le atormentara. Diríase que su alma dominada por la fuerza invencible del conjunto de las cosas se sumergía, para descansar, en aquel mundo de quietud y tinieblas.

Los focos de un automóvil que corría veloz, valle abajo, como un réprobo, por la carretera ondulante, le volvió de súbito al bregar interno de sus cavilaciones.

Como tras un breve sueño reconfortante, su inteligencia parecía ahora más dueña de sí, más clara y poderosa. No cabía duda, él, Gonzalo Latorre, estaba en

su casa solariega, donde espiraron sus padres, donde jugó de niño, donde diera el primer beso de amor a Lucinda, la prima Lucinda, toda pasión, recato y gracia adolescente...

Encendió un pitillo, como un autómatas, para después lanzar una bocanada de humo, lenta, sensual, de hombre que ha subvertido el orden divino de las sensaciones, y antepone a las espirituales aquellas que provienen de las papilas, de los nervios, del sensorio físico, meramente animal y externo...

Decididamente—se dijo—todo obedece a leyes fatales. En mí debe terminar una estirpe, pero no un apellido: una vez más las mentiras convencionales, el falso concepto social, estrangulando a la verdad... Seré sincero con Lucinda aprovechando uno de esos instantes en que la mujer se entrega, abrumada de caricias, como una paloma fatigada de volar perseguida por un halcón...

¡Pobrecilla, qué torturas habría devorado esquivando el cerco de aquel bellaco de Anastasio!...

El automóvil doblaba raudo la curva próxima de la carretera, dando a los aires la infernal algarabía de su sirena estridente, seca, inarmónica... Entonces Gonzalo pensó: vendrán en mí busca, y giró rápido para gritar desde lo alto del corredor:

—¡Señor Bartolo, señor Bartolo!

—Diga su merced—respondió de abajo una voz áspera, cansada.

—Si vinieran a buscarme, diga usted que no estoy.

—Así lo haré, señor.

Gonzalo frotó entonces una cerilla y se fué derecho a su alcoba, lentamente, escrutando los sitios húmedos, vacíos, de la hidalga casona de Risco-Viejo. ¡Ah, qué contraste de sensaciones aquellas con las de su vida de Viena, en su confortable nido de soltero!..

Eran las nueve. Gonzalo se enfundó en su abrigo de primavera y se puso en marcha. Al descender por la escalera amplia, de grandes peldaños de piedras relu-

cientes, escasamente alumbrada, sintió que las piernas le vacilaban y que era nuevamente acometido de temores casi supersticiosos. A punto estuvo de retornar, sobrecogido, pero halló fuerzas en su voluntad y prosiguió espoleándose de continuo con estas frases mudas: «Me espera. Necesito ir. Voy.»

Debía entrar por la portalada de la huerta. Su mano tiró de la cadena de la campanilla, y una voz dijo:

—Va, señorito.

Después, Juanón, sombrero en mano, saludó cortésmente:

—Dios traiga a su merced.

—Buenas noches. ¿Has atado el mastín?

—Está bien guardado.

—Hasta luego; adiós...

Y anduvo resuelto por entre los naranjos, hasta el hueco de la ventana cuya luz se proyectaba atrayente, como una nota espiritual, en la fosquedad muda de las sombras...

—Prima, querida prima, al fin soy contigo. ¡Cuánta ansiedad!

—Sabes poco de esas cosas, Gonzalo. Tu ansiedad es de horas, la mía de años...

Y comenzó uno de esos coloquios tiernos, susurran-tes, cien veces interrumpido por elocuentes pausas, cien veces recommenzado, en que Venus y Cupido hablan su divino, eterno lenguaje de ensueños y promesas.

Lucinda inclina su cuerpo sobre la ventana para mejor oír la música de Gonzalo. Este se ha subido al pretil que separa el paseo del macizo de dalias; sus rostros están próximos; la luna cabalga oculta entre densos celajes. Sólo se oye, blando, rítmico, el borboteo de un surtidor entre el follaje tenebroso de los árboles de la rotonda.

Una carcajada nerviosa, que parecía huir de un beso, resonó de pronto despertando al mastín, que rompió a ladrar amenazante. Había ya fresco del amanecer y Gonzalo se despidió.

—¡Hasta mañana, prima, que duermas con los ángeles!

—¡Hasta mañana, Gonzalo, que no pienses más en mí!

Iba gozoso y optimista como un colegial, a grandes pasos, con ambas manos recatadas del frío en los bolsillos del gabán.

Lucinda le confesó que nunca había perdido la esperanza, que siempre aguardó a que cansado de correrías por París, Roma, Viena y Madrid, tornara un día para venir a sus brazos de esposa, curado de liviandades y antojos embusteros... ¡Ah, qué discreta hallara a Lucinda; qué ingenuo y qué puro el raudal de sus confesiones apasionadas!... ¡Maldita y estúpida carrera que le tuvo de legación en legación, de corte en corte, ocioso, vano, sin otros afanes que los de un pisaverde atolondrado y petulante!...

Cuando estuvo en su alcoba, deshaciéndose de las vestiduras, volvió el aguijón ponzoñoso a darle una puntada. ¡Diablos de idea contumaz y mortificante! Procuró entonces ahogar a la víbora entre puñados de flores; abuyentar el fantasma rememorando las emociones de aquella noche feliz. Cinematográficamente, con los ojos entornados, como si quisiera volverlos adentro, vió los encantos de la prima Lucinda, arrebolada por la emoción, rendida, con sus profundos ojos nostálgicos destacándose sobre la tez impoluta; la curva recia, apertada, de los senos fecundos; la fina cuchillada de la boca pasional, por donde a veces asomaba el pétalo de un clavel tentador, húmedo y agitado... Aquellas gracias, aquellos hechizos, no eran nada ante el candor, la honestidad, el recato severo, señorial, de su alma en fuego que instintivamente amaba...

Es discreta, donosa—se decía—recordando un pasaje en que Lucinda hablara así:

—Gonzalo, yo no he amado nunca imposibles. Sé de la vida poco y de los hombres menos; pero estoy advertida de que así como vosotros estudiáis muchas cosas

para después dudar de todo, así necesitáis conocer muchas mujeres para luego amar y comprender a una. Marido tonto no quiero, primo, y fuera necedad buscarlo agudo sin que la experiencia le diera sus lecciones. Déjate, pues, de falsas protestas y afirma una sola cosa...

—¿Cuál?

—Que sabes ya bastante para ser un buen esposo y un buen padre... Que eres un experimentado y un convencido.

Volvió el aguijón lacerante. «¡Un buen padre!»—repetió Gonzalo, arrebujándose en las sábanas que crujían, demasiado yertas, en la amplitud sonora de su alcoba de Risco-Viejo.

La casona vacía, la casona abandonada a manos de servidumbre, extramuros, como un penitente, se le hacía insoportable... Conciliar allí el sueño era obra difícil... ¡Qué vacuidad la de su vida errante! ¡Cómo le acosaba en la sombra la conciencia! Y luego aquel letrero que había visto (¿cómo no se fijara antes?) en el pórtico del claustro: «MEA MAXIMA CULPA».

El sueño fué una semi vigilia, un laberinto de luz y sombra, de sofocados quejidos y tiernísimos halagos. Al despertar se sintió Gonzalo causadísimo, abatido, como si hubiese hecho larga jornada por lugares abruptos y truculentos. La luz penetraba riente por una ventana entreabierta. El día era espléndido, otoñal, tibio, de penetrante atmósfera marina y estaba lleno de esos vagorosos ecos que pone Atlante en los valles canarios los días de mar de leva.

Recordó entonces Gonzalo que habían de llegar algunos amigos y se puso a la tarea del baño y la «toilette». Debía ahuyentar el mal humor y mostrarse sereno, jovial, comunicativo.

Desayunaba todavía cuando entró Pedro Antonio, el más íntimo y fraternal amigo que tuviera Gonzalo en tierras tinereñas.

—Buena leche de tus vacas y café sin rival de tu huerto; eso no lo tienes en Viena, ilustre embajador.

—Verdad que no, Pedro Antonio, y que están sabrosísimos, como esos bizcochos clásicos hechos por la propia mano de Lucinda, según acaba de decirme la buena vieja Dorotea.

—Tienes que quemar los libros y reconciliarte definitivamente con la tierra. ¡Debes estar harto de libros verdes, azules, anaranjados!...

—Hasta aquí. De los libros y de las trapacerías de buen tono. ¡Lástima que haya sido tan tarde!

—¿Tardé? En hora y sazón. Te espera una mujer deliciosa, fuente sellada en quien no pudo hincar su diente la murmuración... ¡la murmuración de esta tierra, Gonzalo!; una fortuna valuada en dos millones de pesetas, cuando la tuya necesitaba lañas y engrudo; promedias lo mejor de la vida... ¿Qué más quieres, descontentadizo y afortunado mortal?

—Sí, sí, en algo hay razón, en mucho te equivocas. Pero vamos a cuentas. ¿Qué fué eso del tío Felipe? Tú eras su mejor confidente, dime...

—Genialidad, testarudez; resabio viejo en los Latorre. Padecía últimamente una arterioesclerosis, y yo preveía un fin próximo. Me hacía venir a diario a pesar de que rezongaba: «Doctor, ustedes no saben nada. Son los médicos una cosa que se ha hecho necesaria, vistosa, acaso no desprovista de sentido, cara, que como la Meteorología sirve a veces para anunciar una tempestad...» Cierta tarde, entre sorbo y sorbo de coñac, le abordé el problema del testamento, después de hablar de Lucinda, de ti, de los dilatados amores... Se dirigió hacia un armario, abrió la pestillera que hizo sonar un timbre, y sacó un legajo de papeles sujeto con el bordón de una guitarra...

—Aquí está. Ni tú, mediquito afeminado, ni Dios, me lo hará cambiar. ¿Te ha escrito Gonzalo? ¿Cobras la embajada del embajador?

Reí sin afectación y entré en la selva de sus intenciones, hacha en mano, asestándole golpes donde yo sabía

que estaban sus puntos más sensibles... Entonces fué cuando me dijo: «Aparte pequeños legados a la servidumbre, dejo tres: a Lucinda, Gonzalo y Mauro, ese bestia que debieron llamar Tauro... Lo demás, lo importante, dispongo que sea para la descendencia de Lucinda y Gonzalo. Si no se casan o no tuvieran hijos, transcurridos tres años después de mi muerte, todo debe entregarse al bastardo, a Mauro, para que lo usufructúe.

Tuvo un acceso de tos y yo la aproveché para decirle:

—Deja usted un enredo, señor don Felipe.

—Nada, nada de eso. Tengo tomadas todas las puertas. El bastardo no puede pedir la declaración de hijo natural. Don Cleto tiene documentos que destruirán todo manejo de curiales. ¡Y he dicho bastante, mediquito importuno; váyase usted con la música a otra parte, que no es su oficio el de alca...!

Volví al tema, insistí redoblando el ataque, mas no hubo remedio; se abroqueló y disparaba interjecciones como una ametralladora... Su idea era la sucesión legítima, el apellido de la estirpe; caso de no haberla, en su defecto, la bastarda, para que continuase el apellido; para que siguiese la historia de los Latorre. Al hablarle yo de que Mauro no llevaba el apellido, replicó:

—Sí. Transcurrida aquella fecha don Cleto tiene papeles para todo.

—Buena custodia de blasones—añadí—; entregarlos a un zoquete mayoral, a un zafio, hijo de una servidora.

—En ocasiones un sujeto restaura un árbol caduco, y más de una vez los bastardos dejaron así, ¡ves, mediquito!, a los linajudos, hueros, corrompidos, neurasténicos, como ese Gonzalo de mis errores. A la postre ¿qué? Una pausa, un alto en la progenie; después, los hijos, los nietos de Mauro, serán nuevamente ilustres... No lo dudes, mediquito falaz y asustadizo...

Gonzalo escuchaba a su amigo, que estaba en pie con un ojo en alto y otro en el pitillo que concluía de quemarse en el cenicero...

—Carácter imposible, dijo al fin; vivió para el dine-

ro, para las tierras, para los negocios. No tuvo afectos más que a las cosas y el apellido; yo para él no era más que una cosa...

—A Lucinda la tenía gran estimación...

—Sí. Le legó lo imprescindible para que salvara los restos del caudal que su padre, el buen tío Julián, dilapidara en su vida de gran señor... ¡Como a mí!; en definitiva, ¿qué me dejó?... Las rentas de un año, unos miles de pesos, ¡nada!...

—Todo; porque te casas con Lucinda, tienes un vástago... y ¡dos millones de pesetas, bajando el cartabón!

—A ello iremos, Pedro Antonio, si es que antes la fatalidad no vuelve a ponerse en mi camino...

Después entraron otros amigos y Pedro Antonio hizo pintorescos relatos; refirió, remozado y bullicioso, los felices días de París en compañía de Gonzalo, el galanteador afortunado, maestro en lides de «acosar» y «derribar», que dijera un andaluz agregado a la Embajada, célebre por su enorme cabeza y sus chalinas estrambóticas...

—¿Anastasio, qué es de Anastasio?—preguntó Gonzalo.

—Ahí anda atortolado y pródigo con una Venus de Rubéns, que se lava por quincenas...—dijo uno.

—El mismo Anastasio, que su madre pariera—añadió otro—pequeño, fatuo, con los ojos de buho y más colorado que una langosta cocida... Siempre sonando los duros que lleva en el bolsillo del pantalón y con unas camisas verdes, rojas, asalmonadas, que ofenden hasta el pudor de las maritornes...

Hubo risas; planes de jiras; hablar ingenuo, libre, de camaradas provincianos ante el compañero a quien se otorga la más alta jerarquía... ¡No es nada, Gonzalo Latorre!: brillante carrera; figura donjuanesca; vastísima cultura... ¡Todo, todo entretejido y asociado sobre el claro cristal de un alma sutilizada y nobilísima!...

Al salir, remontado que fué el paseo de los olmos, hubo una pausa y todos convinieron en esta conclusión:

«Gonzalo no es el mismo; Gonzalo está apagado; Gonzalo debe estar enfermo...»

—Neurasténico, expresó Pedro Antonio. Desgaste, cansera moral... Los aires puros, las excursiones y Lucinda le devolverán el vigor, la alegría.

—Todo menos tus drogas, matasanos, acrecentó Rodrigo.

Y riendo alejáronse por el tortuoso camino, que es fama empedraron los deportados políticos de las épocas revolucionarias...

Gonzalo marchó, buen rato, por el claustro vacío, con los ojos pegados al toscó payimento de tablas mal unidas, martilleando su cerebro con esta frase: «¡Sucesión legítima! ¡Sucesión legítima!»...

Aquellos días angustiosos de enfermedad, en el bulevar de Montmartre; la vaga sombra de la muerte ante sus ojos; el recapitular morboso sobre su vida que se le antojara un conjunto de limo y escorias despreciables; la frase irónica del doctor, con la blusa alba y el bisturí tajante... Todo pasó claro, traspasándola, ante su alma expiatoria y dolorida...

Alzó la vista y otra vez leyó la inscripción del pórtico: «¡MEA MAXIMA CULPA!»

—¿Fraude? ¿Lucinda aceptará el fraude?... ¿Un hijo que no sea hijo?... ¿Y ese beduino de Mauro, amenazador y vigilante?...

Luego, pensó:

—¡Largo!, de aquí para remoto país... Pero ¿cómo, si la madre de Lucinda es una ruina, siempre encamada, doliente y paralítica?... Ella no se separará...

Bajó del jardín como un autómatá. Sus pies pisaban lentos la arena crujiente de los paseos descuidados y solitarios... El alegre y extenso cantar de un capirote, saltarín entre ramas, le hizo detenerse como recobrado de una pesadilla...

—Si Lucinda no quiere, si se obstina, con los restos de su fortuna y de la mía gozaremos nuestro amor, de pareja arrullante, en modesto nido de paz y privaciones.

Así anduvo y anduvo hasta fatigarse, bien entrado el día, sin almorzar. Y decíase para sus adentros:

—No, yo no he nacido para la pobreza. Fuera pecado de sensiblería imperdonable, ridícula, en hombre de mis hábitos y educación, arrinconarme en vida, emparedarme, teniendo al alcance de la mano la fortuna, el lujo, la existencia trashumante... ¡Los viajes, la renovación, el estudio directo, las sensaciones polícromas, el discurrir por multitudes desconocidas, para luego saborear mejor la deleitosa y blanda quietud de este país, en la hermosa quinta del tío Felipe!...

Convulso tomó el retrato de Lucinda para posarle un beso dilatado, profundo, rumoreante... Uno de esos besos en que un alma parece sumirse en otra, como dos llamas que se funden y crecen alborozadas de encontrarse...



CAPITULO II

Por Ildefonso Majfotte

El fiel aparcero de Risco-Viejo, tras desperezarse y bostezar, dió lumbre a la bujía y comenzó la tarea de vestirse sigilosamente.

La luz, a embates del viento frío de la madrugada que a intervalos filtrábase por las rendijas de la vieja puerta, oscilaba y hacía una danza trémula de sombras sobre las paredes recubiertas de estampas religiosas y pelitriques de bazar ambulante. Hasta el tosco nicho donde se entronaba la imagen del santo venerado en el lugar, llegaban las rachas luminosas que herían el cristal arrancándole vivos destellos, lívidos y fugaces. En los muros desconchados dibujaban las sombras raros perfiles, muñecas temblantes y figuras extrahumanas que se alargaban tenebrosas, se desvanecían y volvían luego como en la agitación febril de una pesadilla.

Cuando el viejo Bartolo, arrebuñado en su alba mancha peluda, salió, aun no se presentía el sol. Era costumbre añeja del labriego levantarse «coa la fresca». Mucho y fatigoso era el trabajo, y había que empézarlo de madrugada para acabar con él antes del tañido del «Angelus».

En compañía de un clásico farol campesino dirigióse el aparcerero hacia el establo. La luz, que a medias alumbraba las veredas, zigzagueaba ante él como si fuese abriendo, a tajos luminosos, un camino en la densa negrura de las sombras, llenas de ruidos y temblores. De abajo, de los confines del valle, se levantaba y llegaba a sus oídos, a través del augusto silencio, el rumor dominante y fuerte del mar en embestida con los riscos y, en blando halago sobre la arena fina de la playa.

Día de preocupación y de tortura era aquel para Bartolo. ¿Quién demonios se gozaba en desmarcar las lindes en el cachito de tierra de que era dueño desde la muerte del santo D. Alonso, el padre del señorito Gonzalo, que a él, a él exclusivamente se lo legara, en pago a los buenos servicios prestados durante toda su vida?... Y el caso es que la muda de mojonos ocurría siempre del lado de los terrenos de Mauro... ¿Sería capaz?... Mala fama tenía el mozo de codicioso y egoísta.

¿Quién sabe! Ya le había intrigado a él la contestación que le diera la tarde en que se decidió a exponer sus dudas al bastardo:

—¿Y a mí qué me cuentas, viejo? Anda y llévale esas quejas a la justicia...

En fin, que de aquel día no pasaba. En cuanto tuviera un descanso iría a casa de D. Cleto, hombre entendido en manejos de curiales; le consultaría el asunto y acaso le diera luces para evitar en buena ley que le robasen sus tierras, sin que hubiera menester acudir al señorito, que, al fin y al cabo, aunque pareciera un sueño, pariente era y bien cercano de aquel mazorril de Mauro.

¡Mauro, Mauro!... ¿Sería capaz?

Y dió comienzo a la faena, mascullando entre dientes un rimero de interjecciones. Así que hubo ordeñado y preparado pienso a las vacas, salió.

Había entonces en el aire y en el mar una alegría como de mil vidas que despiertan. Fué una lluvia gris que cabrilleó vagamente sobre las aguas y cayó en los prados como un presentimiento de luz.

En toda la amplitud cóncava de los cielos empezó a lucir espléndido el azul, maculado a trechos por ligeros ramalones sanguinolentos; allá, en el horizonte, un montón de nubes negras permanecían apeñuscadas en remolinos, inmóviles, como monstruos petrificados, que rodeaban con hosco cinturón de tragedia el optimismo epicúreo del amanecer.

Ante ellas, majestuosas en su quietud y en su negrura, las aves marinas, de plumaje bicolor, destacaban sus cuerpos y confundían sus alas.

Las montañas que cerraban el valle dibujaron su perfil dantesco, una cadena de jorobas que se prolongaba hasta el mar, alargándose como si quisieran mirar su férrea visión retratada en las aguas. Y las cimas calvas se colorearon de una clara rojez, como un crisma que divinizara su dominio en la altura.

El disco solar, que entretanto ascendía con vencedora lentitud tras las nubes grises, extendió sobre ellas un iris de policromía infinita que dió un sello de paz al nuevo día.

Juguetonas e inquietas las gaviotas, acrecentaron sus revuelos, mientras el amanecer glorioso ponía un rojo de milagro sobre la obscuridad de sus alas.

Empezó a romperse en desgarraduras de dolor el hosco cinturón de nubes apretujadas en el horizonte. Por las heridas sangrantes precipitaron sobre el mar una catarata de luz que hizo un chisporroteo de fuego en las aguas. Y entonces, cual un torrente de clara alegría que se desata, brilló pleno y magnífico el triunfo del sol.

Y en la tierra, que como hembra ahíta pagó con sus colores de infinita armonía el fecundo halago de luz, el viejo Bartolo, como un gusano, hincaba el hierro cortante de su azada.

Y pensaba así, entre uno y otro azadazo:

—Cierto que no es don Cleto hombre de mi agrado. No sé cómo el difunto don Felipe tenía tanta ley... Allá sería por no encontrar otro que mejor entendiera de sus manejos. Hasta yo tengo de consultar con él;

porque, cómo persona entendida, la verdad, no hay otra en muchas leguas a la redonda...

Se irguió para limpiarse el sudor que anegaba las hondas arrugas de su frente. La mano ancha y callosa no llegó a la tez. Suspenso quedó, mirando hacia el camino, por donde un hombre alto y recio, de hermosa planta varonil, aunque plebeya, de grandes ojos negros lucientes como carbones en lumbre, trajeado entre señor y campesino, Mauro, ascendía a largos pasos con muestras de llevar grande preocupación y prisa.

—¿A dónde irá tan de mañana ese bergante?—se dijo—. Y añadió: Como buen mozo, lo es... No haría con él mala pareja cualquier mujer, por hermosa y bien mirada que fuera.

Perdióse Mauro en una revuelta del camino, y tornó a su tarea el aparcerero, mecánicamente.

Dadas que fueron las ocho, llegóse hasta el macizo de rosales frontero al pórtico, y gritó:

—¡Pedro, Periquillo!

Y un muchacho nervioso, flaco y sucio, con un pelo intonso y enmarañado que le salía casi de las cejas hasta el cogote y le aprisionaba el cráneo como una lepra, vino a su encuentro.

—Avíate, que vas conmigo—dijo el anciano—. Y tras de besarle metiendo la cara del chico entre el paréntesis de sus patillas grises, de «boca de hacha», miróle con ternura a través de aquellos ojillos suyos, inquietos, pequeños y sagaces.

Viejo y niño emprendieron la marcha, veredas arriba. Unos cuantos pasos adelante iba «Drago», el feroz mastín guardián de la heredad de Risco-Viejo, sacudiendo la carlanca y extendiendo hacia uno y otro lado la mirada escudriñadora de sus ojos avizores y penetrantes.

Disponíase Bartolo a ganar la portalada que separaba del camino la vivienda de D. Cleto, cuando Mauro, el causante de su visita, el mismo Mauro en persona, que salía, detúvole diciendo:

—Buenos días, viejo: ¿Son muy graves los asuntos que te traen por estos andurriales?... Ya sé que está

Gonzalo en Risco-Viejo. ¿Ha preguntado por mí?... Dile que iré a verlo un día de estos, cuando tenga un avío...

El aparcero no le escuchaba. Esquivando el cuerpo siguió adelante, casi a rastras con el muchacho.

Gruñó Mauro, de coraje. Gruñó el mastín, de recelo.

Una vez Bartolo frente a Don Cleto, antes de decir palabra y rascándose socarronamente la cabeza, se preguntaba:

—¿Qué diantre ha venido a hacer aquí este belitre?... ¿Me habrá cogido la delantera el bellaco?...

Don Cleto atisbaba al anciano tras el cristal de sus gafas de acero, montadas sobre el corvo garabato de la nariz. Los ojillos inteligentes y pícaros no pestañaban siquiera.

Era un viejo sesentón, esquelético, semi calvo; pobres huesos amarillos que levantaban raras protuberancias en la áspera y añeja piel que los confundaba. Un retrato suyo, de un solo trazo, hubo de hacerle una moza del lugar, al verle una tarde sentado a la puerta de su cubil: «a aquel señor Don Cleto le venía ancho el pellejo».

Su vida había transcurrido en constante agitación, inquieta y complicada. Desempeñó cuantos cargos de covachuela le plugo: fué escribiente, secretario del Ayuntamiento y del Juzgado, maestro de escuela y, al fin, cacique, dueño y señor de muchas voluntades que convergían en la suya propia, hasta que le privó de su «virreinato» la política liberal que a la sazón predominaba en el país. En la actualidad era consumado leguleyo, consultor y embaucador desenfrenado. Sus malas artes diéronle fama de honrado y persona de bien, y la constante inmoralidad de su vida, de hombre moral a machamartillo.

Ello determinó que en él depositaran su confianza algunos honrados varones, entre éstos don Felipe, a quien sus exclusivismos y manías acabaron por alejar de la vida en la ciudad, retirándose a su quinta con ánimo de consagrarse a la paz del campo—tan relativa

y problemática—, sin más amigos que aquella especie de murciélago, que, escatimosamente, en fuerza de habilidad y adulaciones, ganó la estimación del hidalgo, a cambio de engañarle con una insolencia inaudita.

Cuando conversaba de asuntos que a él directamente no le interesaban, lo hacía rebuscando expresiones del más pretensioso retoricismo, entre petulante e irónico, que los lugareños oían boquiabiertos, sin comprender.

—Diga, cuente, buen mantuano, sus desvelos.

Y mientras Bartolo refería sus cuitas en demanda de consejo, Don Cleto, sin parar mientes en el relato, saboreaba con íntimo deleite su gran triunfo de aquella mañana. Había conseguido su objeto largamente meditado y perseguido: atraer a Mauro, hacerle cómplice de sus maquiavelismos y rastrerías; convencerle de que en sus manos tenía la fortuna y que fuera necedad cruzarse de brazos ante un par de millones que lo mismo podían pertenecerle que llevárselos el necio embajador. El, Don Cleto, se ofrecía, con la ayuda del bastardo y de aquel fachenda de Anastasio, a desbaratar el matrimonio cuyo primer hijo arrancaría de sus garras el tesoro... Mauro había opuesto fingidos escrúpulos en un principio; mas fué tan débil como falsa la resistencia. La ambición, su única característica conocida, avivada sabiamente en el corazón del mazorra!, venció al fin. Todo era cosa de empezar la obra; sembrar la duda en el corazón de Gonzalo; fomentar los celos, haciendo pesar sobre su espíritu la incógnita de aquellos seis años de ausencia, durante los cuales cercaba Anastasio a la mocita... Anastasio se prestaría a la farsa por vanidad más que por lucro; se comprarían los criados de Lucinda si llegara el caso; se enviarían anónimos; se destruiría, en fin, el sueño de ventura y de riqueza del embajador... Y ellos, Mauro, Anastasio y Don Cleto, se repartirían la fortuna... ¡Oh, negocio espléndido y fácil, vida opulenta, vida de ricos!...

Los ojillos grises y astutos del vejete picapleitos brillaron avaros tras las gafas encaramadas en las narices.

Por fin, Bartolo, presa de repentina indignación ante el desdén y la indiferencia del antiguo cacique, terminó su relato gritando:

—¡Y ya está dicho: no consiento que me roben la comida de mis hijos, jinojo!...

Y un puñetazo formidable descargado sobre la mesa, hizo caer a Don Cleto, cuan largo era, en la realidad.

—¡Comida, habla usted de comida... y a mí! Ay, buen amigo; la inapetencia me mata, me aniquila. No como nada. En el almuerzo, dos patatas, o papas, que usted diría... y prescindo... Por la tarde la misma historia, amigo: otras dos tristes papas, y prescindo...

Se despidió Bartolo bruscamente, rezongando maldiciones, y salió de prisa, seguido a duras penas del muchachejo que le tiraba afanoso de una manga, preguntándole así:

—Padre; ah, padre: ¿prescindo es pescado?...

—¡Veneno debiera ser y que todo se lo tragara ese mal bicho, a ver si revienta de una vez!... ¡Jinojo, venirme a mí con chanzas!

*

Lucinda, de pie junto al ancho ventanal que miraba hacia los huertos floridos, releía una vez más la extraña carta que horas antes recibiera de Gonzalo; una carta llena de exaltaciones e impacencias febriles, donde se había vertido toda la inquietud y el tormento inextinguible de un alma demasiado cultivada; una carta en la que acaso hubiese algo más de cerebro que de corazón:

«...Y quién sabe, Lucinda, si en esa misma brevedad fugaz del reinado de la belleza o del imperio de un trono, esté el secreto de la muda adoración que saben arrancarnos. Adoramos y exaltamos arrebatadamente, muy de prisa, antes que muera, todo aquello que se va, lo que es mudable y transitorio, aquello que sólo vive lo que viven las rosas. «el espacio de una mañana».

«Por eso idolatramos la niñez divina; por eso ama-

mos como locos a las mujeres en el breve instante de su juventud; por eso gozamos a pleno espíritu, ávidamente, los fugitivos momentos de felicidad.

«Lo que es eterno; llega a sernos familiar e indiferente. Para ello guardamos el culto grave, perenne y frío, de un templo sin fieles. Aquello que se va, próximo a perderse en la siniestra oquedad de la muerte o en la estepa helada de un olvido, es lo que nos encadena y nos arrastra al vértice del delirio. ¡Placeres y esplendores fugitivos, vertiginosas ráfagas que poseen el secreto de dejarnos un agrídulce saborcillo a desconsuelo, junto a una estela imborrable de recuerdos!

Por eso te amo, Lucinda; porque eres bella, porque eres buena, y siento que te vas, que te alejas del fuego de mi alma, y acaso cuando logre alcanzarte sea ya tarde para que sepas perdonar mis culpas y puedas amar con toda la bondad ingenua de tu corazón...»

Tornó la carta, doblada cuidadosamente, al precioso secreto de los senos.

Lucinda, acodada en el alféizar, extendía la mirada sobre los hibleos campos sonoros; sobre los naranjos pletóricos de flor y llenos de pájaros cantores entre las ramas... Y poco a poco fué perdiéndose la vista en el mar lejano y rumoroso; luego en el cielo divinamente azul—azul etéreo y marino.

Una criada entró.

—Don Mauro desea hablar con la señorita.

—¡Mauro!—exclamó. Y luego, resuelta: —Bien, que pase.

El bastardo, en las escasas veces en que se le presentaba ocasión de hablar con su prima, tratábala con una mezcla de respeto y de insolencia que ella fingía no advertir.

—Buenas tardes, Mauro. ¿Qué te trae por aquí?

—Yo, la verdad, siento importunarla; pero como el estado de la señora no permite que se la hable, vengo a entenderme con usted, Lucinda... El caso es que la época del plantío se acerca, y quisiera saber si es que desean que este año corra yo también con la cosecha...

—Claro está, hombre; como siempre; a menos que tú así no lo dispongas.

—Bien está—dijo, y comenzó a darle vueltas al sombrero entre las manos, maquinando algo en el fondo de su cerebro egoísta y mal intencionado. Su visita, hecha de acuerdo con Don Cleto después de mucho discutirla y planearla, no tenía otro objeto que sondear la voluntad de Lucinda respecto a Gonzalo. Aquel paso, aunque difícil y escabroso, nadie más que Mauro podía darlo.

—Y también quisiera—añadió—darle a usted la enhorabuena. Ya sé que ha venido Gonzalo dispuesto a celebrar su matrimonio. Por mi parte, satisfecho quedo y feliz, con lo poco que tengo, con tal de que mi sacrificio les haga a ustedes dichosos.

La indirecta grosera coloreó de vivísimo carmín las mejillas de Lucinda. «Espíritu metalizado, rudo y sin afectos—pensó—; no podría negar a su padre, a... tío Felipe». Y en alta voz:

—Allá veremos, Mauro; nuestro matrimonio no es aún cosa decidida. De cualquier modo, te agradezco la noble intención en lo mucho que vale—, y subrayó las últimas palabras instintivamente.

Algo iba a replicar Mauro en consonancia con su avara y torpe condición: de seguro algún nuevo saetazo de su codicia indomable; pero se contuvo, mordióse los labios y quedó mirando fijamente a Lucinda que, de pie ante él, recibía como un nimbo glorioso el torrente de clara luz de la tarde, tamizada por los cristales del balcón. Envuelta en aquel halo luminoso, su figura arrogante aparecía sutilizada, casi inmaterial.

Nunca le había parecido tan bella la prima ni pudo jamás soñar que lo fuera tanto. La pasión del lucro dijérase que había adormecido en él todas las sensaciones, anulándolas en su temperamento que sólo concebía el trabajo, el negocio, el placer de contemplar el dinero en los rincones de una vieja arca de cedro, de cuya llave no se apartaba jamás.

Miró turbado a su alrededor y vió en el fondo tranquilo de un espejo dibujarse su recia figura de telamón

que se dijera obra del cincel de Miguel Angel. Experimentó una vergüenza inexplicable; comenzó a inquietarle la presencia de su prima, a solas con él, mirándole con aquellos ojos serenos y profundos. Sus labios gruesos y glotones, temblaban...; las palabras con que intentó formular la despedida, murieron estranguladas en la garganta.

Lucinda sintióse de pronto dominadora y fuerte. La curva magnífica de los senos se agitaba, enarcándose como una tentación.

Cuando Mauro hubo desaparecido de su vista, aun quedó inmóvil en medio de la sala solitaria.

Una ligera palidez que cubría el moreno mate de su rostro hacía resaltar aún más los grandes ojos negros, cuya mirada temblaba en la sima profunda y medrosa de todo su ser, lanzando breves relámpagos prometedores. Garrida y gallarda criatura, contorneada por la más pura línea ática; bella, con la belleza en serenidad y reposo de una estatua griega; esbelta, con la clásica esbeltez de un torso venusino; casqueada por un pelo riquísimo y fastuoso que se ceñía a su frente como un raro turbante negro.

La emoción repentina del bastardo habíale producido sorpresa y sobresalto a la vez. Por un momento, su feminidad halagada y triunfadora, gozó viendo a sus pies, deshecho, acaso todo un plan de aviesas acometidas y torpes recriminaciones. Mas luego, recobrada de su primera traidora impresión, sonrió con sonrisa indefinible, triste y despectiva a un tiempo.

¡Qué tontería!—exclamó. Y del precioso secreto de los senos volvió a salir la carta de Gonzalo; aquella carta exaltada e inexplicable, y otra vez sus ojos llenos de ternura y de candor, recorrieron las líneas ardientes y nerviosas que maculaban la nítida blancura del papel.

Mauro, entre tanto, se alejaba por el camino tortuoso, precipitadamente, dando tumbos y tropezones, pálido y trémulo como un delincuente perseguido.

Jamás había experimentado en la masa bruta de su ser una sensación tan extraña. Habitado a mirar a los

hombres y a sí mismo entre ellos, como a cosas sólidas y materiales, sin más fases que las externas ni más pasiones que las que inspira el dinero, ignoraba la existencia de una vida interior, más o menos domeñada por la educación o el temperamento, pero siempre apta para despertar de súbito y sumirse en una divina aurora de colores nunca vistos y músicas nunca escuchadas, llenas de armonía e infinita sentimentalidad.

Pero no era esto, no, lo que del fondo ensombrecido de aquel hombre hicieran surgir la gallarda presencia y la voz mimosa y sutil de Lucinda.

Era un terrible fuego que, cual los soplos caldeados del verano, circulaba a intervalos por la carne ruda y casta.

Y ¡oh, raro sortilegio, inexcusable misterio del deseo!: el frágil hechizo de las flores, el azul límpido del cielo, el rumor ambiguo de la fronda, los sonidos que, los más dominantes acordes, todo el encanto, en fin, del valle sereno y armonioso, lo que nunca había visto ni oído Mauro, entrábasele por los sentidos a torrentes, encalabrando su cerebro que naufragaba como ante la súbita aparición de un mundo nuevo.

Olvidóse de Don Cleto, que le aguardaba impaciente y temeroso de la suerte que corriera en su visita a Lucinda. Hasta su misma obsesión de riquezas se desvanecía ante el imperativo de la juventud triunfante, de la vida que le esclavizaba y hacía juguete de sus mandatos inexorables,

De noche ya, sentado bajo el cobertizo de su vivienda, un aire tibio y sensual envolvía su rostro enardecido; un olor acre de tierra húmeda, un perfume afrodisíaco y fuerte, dilataba sus narices que olfateaban inútil y afanosamente en la obscuridad.

*

Cuando nos exasperamos por descifrar cualquier incógnita que nos obsesiona o nos atormenta, casi siem-

pre cometemos la irreverencia de implorar el auxilio de Dios, que es la «Gran Incógnita» de la Vida.

Y Gonzalo Latorre, acaso por primera vez desde que era hombre, imploraba en vano el auxilio de Dios, en cuya grandeza infinita jamás se había detenido a meditar.

La idea de que aquellos bellacos se hubiesen atrevido a escribir a Lucinda, anónimamente, de igual modo que se habían dirigido a él, le enloquecía... ¡Canallas, serían capaces de todo!

Anastasio por despecho, o Mauro por egoísmo, o ambos por envidia..., no podían ser otros. ¿Quién, si no ellos, tuviera interés en destrozar su sueño de felicidad, su legítimo anhelo de gozar la vida apacible de un bendito amor?

¡Ah, bien claramente adivinaba el veneno y la astucia del reptil!... Pero no hacían mella en él las cobardes acusaciones, las rastreras infamias con que se pretendía cubrir de lodo la pureza ideal de Lucinda, aquella inmaculada y divina pureza que era su única fe, su afirmativa e indestructible certidumbre...

Pero... a ella, ¿qué pudieran decirle? ¿A qué vilezas acudiría el bandido? ¿Sería posible que a este rincón olvidado de Canarias, hubiese llegado la nueva de aquel final ridículo de su pasada vida de galanteos y aventuras? ¿Sería esa el arma miserable que se esgrimiera?...

Cuánto lamentaba ahora no habérselo contado todo a Lucinda, relatándole aquella historia desventurada de su vivir consumido en la pira carnal sin gloria del mundo... El lo hubiera hecho, sí, aprovechando momentos de embeleso en que la pasión ingenua de la niña entregábale por entero su alma, seguro con ello de alcanzar un piadoso perdón para sus culpas. ¡Pero... otro, dicho eso por otro antes que por él!... ¡Qué horror, qué vergüenza cuando el día inevitable de la prueba llegara!

En su cerebro en tortura bullía sin cesar aquella frase rotunda y condenadora de Pedro Antonio, el día en

que le visitara por primera vez: «¡la murmuración de esta tierra, Gonzalo!»

Su ánimo quebrantado, vencido, precipitado fatalmente a la escoria de las ruines pasiones que le rodeaban al acecho, no se sentía con valor para afrontar la mirada interrogadora, tal vez severa, ¡acaso irónica!, de Lucinda. El altivo vencedor de tantos amores, temblaba como un niño ante el único amor capaz de redimirle y purificarle.

Y entonces púsose a trazar febrilmente aquellas frases ambiguas y exaltadas, a modo de exploración, que Lucinda hallara inexplicables.

Horas más tarde paseábase por el jardín, el alma doliente y acongojada. Ante él, a unos trescientos metros de distancia, veía la quinta de Lucinda, envuelta en la verde urdimbre de los naranjos constelados de azahar.

La ponzoña taladrante de su idea fija le acosaba.

¡Aquella absoluta imposibilidad de besar la rubia cabeza soñada del hijo, fruto de un venturoso amor, que pudo haberle traído la felicidad y la fortuna!... Y luego el peligro de los enemigos en la sombra, royendo como gusanos en la diafanidad de su ensueño irrealizable...

¿Renunciar?

¡Nunca!

Seguir en su empeño, unirse a Lucinda arrostrándolo todo, despreciar las dentelladas de los canes famélicos, huir lejos, muy lejos, del contacto de aquellos hombres cuyos pensamientos, según dijera Bartolo, son como las plantas en la mala tierra: que no nacen más que a fuerza de estiércol...

Hablaría con Don Cleto, ya que era él el guardador de los papeles que acaso entrañaran la clave capaz de conjurar el terrible problema de su vida; le contaría toda la verdad; recabaría su consejo, que sin duda sería hábil y prudente. La confianza que en su albacea depositara el tío Felipe, certificaba la honradez y cariño hacia los Latorre. El mismo Don Cleto podía luego ha-

blar a Lucinda, destruir la inquietud que en su ánimo infiltraran las argucias del autor de la infamia...

—¡Bartolo, señor Bartolo!

—Diga su merced.

—Mande recad en seguida a casa de Don Cleto... Que necesito hablarle con urgencia esta misma tarde. Aquí le espero.

Dada la orden, Gonzalo respiró con mayor libertad, a pleno pulmón, saturándose de la esencia perfumada del valle.

Muy cerca, tras el tupido follaje de los árboles, una voz pura y fresca de mujer cantó una copla pasional de folías...

Quando una canaria quiere...

El metal límpido, el oro invisible que se escondía en la garganta cantora, se alzó esparciendo notas que eran como piedras preciosas y raras. Como perlas, como lágrimas purísimas y de irisaciones infinitas, se esparcieron, se esfumaron, se perdieron en el aire. Se tornaron aire mismo; brisa, rumor de brisa.

Una paz sedante, mística, casi religiosa, envolvía los campos en aquel blando atardecer del valle. Unos claveles jinglaban en el misterio de la fronda, ofreciendo su tentador hechizo de labios mudos... Un ritmo, una dulce armonía de fuentes, de hojas mecidas, de esquilas lejanas, mil sonidos diversos, plácidos y tranquilos, emergían del suelo como una oración musical a las alturas.

Miró Gonzalo el azul sin mácula del cielo a través del aire clarificado.

—¡Increíble el sarcasmo!... Bajo ese dosel milagroso y espléndido, en este oculto paraíso poblado de inagotables maravillas, ¡que aliente tanta pasión, tanta ruindad y tanta escoria!

CAPITULO III

Por Diego Crosa



Si eres, lectora, como mujer, curiosilla, y si tú, lector, seguiste con interés los anteriores capítulos de este engendro—que aun ignoro si será novela—preparate a una excursión por los fértiles campos de Tenerife; deseo que vengas conmigo al caserón de los Latorre, pues barrunto que en él han de desarrollarse los más salientes episodios de este libro y no es discreto desconozcas todavía el lugar de la escena.

Y dije te preparases porque en invierno estamos y suele el frío desmentir a veces la fama de que goza, por apacible y suave, el clima de Canarias. Ponte un grueso gabán, si de pieles mejor, y tú, linda lectora, procura un manguito, pues aunque aquí no se usen evitará que tus manos se hielen por si a las más las entregas en un saludo gentil.

...Y recorrimos en auto la carretera, adornada de chopos y eucaliptus que conduce a uno de los más pintorescos rincones de la isla, y llegamos a una llanura sobre la que se destacan, entre diversos cultivos, numerosas casitas e infinidad de charcas, que parecen trozos de espejo colocados al azar en la verde alfombra.

Nada supone al lector ni el lugar en que se encuentra ni el nombre del caserío risueño; póngale el que más

le agrade y colóquele donde quiera, siempre que sea en Tenerife y en una de esas llanadas que limitan de un lado los montes y del otro el mar, que con el caprichoso encaje de espumas aboceta los atrevidos escorzos de la costa.

En una hinchazón del terreno levántase, aislado y tétrico, como testimonio de remotas edades muertas, el antiguo caserón de los Latorre, con sus paredes llenas de cicatrices y sus tejados húmedos. Parece un hogar funesto, abandonado por los hombres... La yedra extiende por las cornisas del pórtico blasonado sus nervios en tortura y los musgos y verodes envuelven en una triste tonalidad el vetusto edificio... Un poeta hubiese permanecido ante él largo rato, en profunda melancolía, inspirándose para una leyenda medrosa, de fantasmas.

Entremos en el viejo caserón, cárcel ahora, en que, tedioso, arrastra Gonzalo sus grilletes de dudas y cavilaciones. Lo primero que se encuentra es un enorme patio, sin plantas ni adornos, frío, mudo, con pavimento de losas verdi-negras. Rodéalo una galería o claustro que se apoya en fuertes pilastras de madera con capiteles de basalto de diversos órdenes arquitectónicos y casi oculta por una frondosa bugambil que mete sus tentáculos entre las celosías. Al fondo y tras una arca, de la que cuelga un farol, de alumados cristales, está la escalera, lóbrega y oscura, con sus peldaños de grandes losas desgastadas, que conduce a la galería y a un amplio vestíbulo, de aspecto conventual, cuyas paredes se adornan con viejos retratos ennegrecidos por el polvo y las goteras del techo. Respírase en este lugar un aire húmedo, que tiene ese olor característico de los caserones viejos, deshabitados.

El salón principal, con puerta como de capilla, no está abierto. Sin duda Gonzalo se esconde en su alcoba, defendiéndose de las molestias de un constante, abrumador visiteo de parientes y amigos.

Busquemos la cocina; son las ocho de la noche y posible será que los de la servidumbre estén cenando:

ellos, en su conversación murmuradora, nos harán mil cuentos de sus señores, que siempre fué de criados descubrir, chismosos, lo que aquéllos ocultan.

En el patio trasero del caserón, depósito de toneles vacíos y mazorcas de maíz, encuéntrase la cocina que buscamos. Con su techo de vigas de tea, sin labrar, sus paredes rotas, su piso de hormigón lleno de baches, su renegrido horno y su ahumada chimenea, parece el antro pavoroso de una de esas brujas preparadoras de amuletos y bebedizos. Una luz mal oliente de gas acetileno alumbra la estancia, agitando su lengüecilla de fuego como si quisiera lamer las sombras; las arañas tejen la urdimbre de sus telas entre las toscas vigas del techo, y un gato maullador atisba, con la fosforescencia de sus ojos, desde una oquedad siniestra...

El anciano aparcero, con sus calzones de cordón y sus polainas llenas de barro, aguarda, impaciente, por la cena, haciendo sonar a tirones los huesecillos de sus dedos callosos; Carmen, su hija, la moza montaraz, con su sombrero de palma, su corpiño rojo y la saya corta que descubre el encanto de sus pantorrillas, dispónese a servir a los suyos, limpiando platos y cucharas y poniendo en una botella el vino del garrafón.

Con cara alegre y ademán brioso, exuberante y bigotuda, luciendo, desnudos, sus brazos fuertes, la señora Dorotea prepara junto al poyo el potaje de coles recalentado, añadiéndole unos trozos de cerdo, que toma de la barrica en que los guarda conservados en su propia manteca.

—No te hagas remolona y a ver si traes el ayanto, que el hambre, como paciencia no tiene...—dice el viejo Bartolo. —Y tú, Carmilla, apaña lo preciso que esperamos...

—No corra, padre, que se desrisca...

—La mozueta es un tesoro, un capullo recién desabotonado por el sol...—añade Deogracias, el sacristán, que asistía muy a menudo a las cenas de la casona.

Era el tal un tipo pintoresco, delgaducho, con las piernas en forma de paréntesis, algo hundido el tórax;

de semblante picado de viruelas, ensombrecido por un rastrojo de barba y bigote que solamente se rasuraba los sábados; de ojillos pequeños y pitañosos, y de boca, a grande distancia de la nariz, desprovista de dientes. Dicharachero y sagaz, en todas partes se le encontraba, no faltando nunca ni a expediciones ni a jolgorios, serenatas ni bailes.

Carpintero de oficio, apenas si permanecía unas horas en su pequeño taller, donde pergeñaba cofres con escanillo, «catres de viento» y tal cual cajón de difunto, a cuatro pesos «la pieza». Sus quehaceres de sacristán quitábanle mucho tiempo, pues tenía que vestir las imágenes, barrer la iglesia, ayudar a misa y hasta coser las ropas encarnadas de los hermanos del Santísimo... Por las tardes a sus campanas; por las noches a sus maitines y tarde y noche o en el muro del correo de charla con... los políticos, o en la venta de seña Benita, guitarra al brazo.

A pesar de su tipo poco atrayente, fué gran conquistador en sus mocedades y cuentan que más de una vez el bueno de D. Fabio, cura ecónomo perpetuo de la parroquia, jamás provista en propiedad, lo pescó en el bautisterio, platicando de amores con una agraciada feligresa...

—Dígole que es un tesoro la moza, abuelo; igual hace blusas caladas para los ingleses, y se ajeita a las labores del campo, en la trilla y con la azada, que adorna una mesa, al decir, más propia de pulidos señores que de brutos como nosotros.

—Déjate de pamplinas, Deogracias—responde Carmen—, que tú lo mismo comes en mesa que en dornajo...

Y diligente, pone a cada cual una escudilla con gofio y llena de añejo tinto los vasos y parte en gruesas rebanadas el queso «muerte y juye», picón y sudoroso, en tanto que Dorotea coloca sobre el limpio mantel el enorme, panzudo caldero del potaje que despide un olorrete capaz de abrir el apetito al propio D. Cleto, tan desganado de suyo.

—Si el señorito lo trincara hincharíase el cuerpo!... —dice Juanón, que también suele acudir a las cenas de los del «Risco».

—Y falta que le hace. Viene de tierras de afuera, como esmirriado...—continúa Bartolo. Siempre en su alcoba metido, procurando no ver a ninguno de sus parientes, y de día y de noche cavila que te cavila... ¡El amo parece atormentado por una extraña pesadumbre!

—¡Si no se ajeita al gofio, está perdido!...—dice Juanón—. Mucho habrá gozado en esas ciudades de afuera que son un veneno...

—Así se encuentra, como uno de esos arbolillos que desde jóvenes precisan de un puntal para sostenerse—dice Deogracias.

—Ese puntal es la herencia del tío, tan codiciada—añade Dorotea, interviniendo, chismosa.

—¡Unos tanto, y otros tan poco!—exclama con dejos de pesares, Carmilla, que ya se ha sentado junto a la mesa con los demás.

—¿Lo dices por lo que te pasa con Antonillo?—pregunta, indiscreto, Juanón.

—Lo dije... por lo que lo dije.

Y con la punta del delantal limpióse una lágrima de latora que humedecía sus grandes ojos negros.

Y en verdad que anduvo torpe Juanón recordando a la moza sus amores con Antonillo, el que con ella se criara al calor de la gañanía; el que siempre la prefirió en las saltonas de casa del secretario; el que oculto tras los zarzales del huerto la improvisaba folías, folías dulces, tiernas, para después, en la soledad de los montes, declararle, sin alzar los ojos del suelo, su cariño santo; el que un día, por salvarse de las quintas, se fugó para las Américas, amontonado con otros emigrantes, en la cubierta mal oliente de un viejo buque.

¡Cuán distintos—pensaría la mozoela en aquellos instantes de dulce recordar—los amores de don Gonzalo y la señorita, y los míos con el ausente! Nosotros nos queremos, porque nos queremos; en tanto que ellos pue-

de que se adoren porque su amor es fortuna, es herencia. ¡Malhaya los cariños interesados!

—Pensativa te quedaste con la broma de Juanón— insinúa Deogracias, pretendiendo cerrar aquel paréntesis de tristeza en la alegría del ayanto—. No hay para qué afligirse: tu novio volverá si es de ley...

—Como vino el de mi señorita—añade Juanón—, que como tú, esperaba... esperaba...

—Tomen por otra vereda y basta de fantasías—replicó, adusto, el anciano—. A ver si concluyen que hay que rezar el tercio...

—Y ahora con más motivo que nunca...—dice el sacristán—. Este es un caserón de malos agüeros y maldiciones y es necesario ahuyentar al demonio que lo cerca...

—¿También crees que hay aquí dinero enterrado, comediante?—pregunta Carmita, con curiosidad medrosa.

—Eso dicen y bastantes ruidos se escuchan por las noches en el sótano—añade Dorotea.

—Lo mismo ocurre, según voces, en la casa de «Los Naranjos»... ¡La señorita Lucinda pasará unos miedos!... Cuando en un antiguo caserón hay una anciana enferma y encorvadita como para buscar un cachito de tierra en que dormir, dicen que se aparecen espíritus del otro mundo, almas en pena, que acuden a buscarla...

—Sí que eres belitre, sacristán...—interrumpe Juanón, acordándose de la madre, enferma, de Lucinda.

—Tú te callas, por lo que te callas...—dice el sacristán—. Los hijos de seña Rosario la bizca aseguran que antier noche vieron un fantasma apoyado en el lomo del paredón que da a la gañanía, y añaden que a los ladridos del «Tigre» escurrióse, echando a correr hasta llegar a un recodo de la tapia del cementerio donde se agazapó...

—¡Perro maldito!... exclama Dorotea, santiguándose.

—¿También crees en brujas, sacristán del demonstre?—interroga Bartolo.

—¡Y yo para no creer! Pregúntele a la sobrina del curá lo que una noche le aconteció al venir de la ciudad con los bizcochos de las monjas; ella misma lo cuenta. Al llegar al cruce de los tres caminos descubrió, entre las sombras espesas, como una figura blanca que se movía de un lado a otro... La muchacha no pudo dar un paso; restregóse los ojos para convencerse de lo que veía y... la vió, vaya si la vió... panzuda... alargada... con los brazos abiertos y moviéndose... siempre moviéndose... Dando gritos de socorro echó a correr al fin, y, jadeante, sin resuello, llegó a su casa... Al día siguiente estaba enferma del pomo.

—Yo también ví esa bruja, enredador...—dice el aparcerero—. Y la bruja es la manta que por las noches cuelga de un árbol mi compadre Jacinto...

—Así son todos los cuentos de brujería—interrumpe Dorotea, para ahuyentar los temores de Carmen y su hermanillo que siguen con infantil interés los embustes de Deogracias.

—¿Y lo que me pasó a mí mismo—añade éste— la tarde en que sustituí, por enfermo, al organista?

—¿Otra bolada?—interroga el viejo.

—Que lo cuente—gritan los demás.

—Pues como íbamos diciendo, una tarde, en la fiesta, fuíme al coro para cantar un «Ave María» que aprendí con el sochantre de la Catedral. Entraba la procesión cuando me senté al órgano; saquéle dos registros, el de las flautas y el de las armonías; coloqué mis dedos agarrotados en un acorde que llaman de Re Mayor y al llegar la Virgen, principié... ¡Cuál no sería mi susto al notar que el piso del coro vacilaba bajo mis pies, subiendo... subiendo... y yo con el piso... y con el órgano... y con el «Ave María»!... ¡Qué pudo ser aquello sino cosas de brujas!...

—¡Demasiado lo sabes tú, que conoces la iglesia!—responde Bartolo.— Las brujas s los monaguillos; ellos suben el coro, que está a la altura de la mitad de la puerta, para que así pase la imagen. ¿No has visto

que tiene sus sogas y garruchas a los lados? ¿Cuántas veces haz hecho de bruja, Deogracias?

—Ya lo sé...

—Guárdate tus cuentos y *no* nos vengas con más mentiras, que eres muy dado a inventar historias como las que contaste en casa de seña Benita, respectivo a nuestros amos...

—¿Y qué dijo—pregunta Bartolo con impaciencia...

—Nada; que si el indino de Mauro fué a visitar a D. Cleto; que si quieren hacer una trampa al señorito Gonzalo, que si a usted mismo le van a echar una zancadilla con la cuestión de los mojonés...

—Ese D. Cleto sabe mucho de letras y pretende mandar en todos... y quién sabe si hasta en el amo—concluye diciendo el aparcerero—. En esta casa estuvo; no mintió el sacristán, y con el señorito metióse en el cuarto que fué de don Alonso (que en gloria esté). De allí salió más tarde el vejete frotándose las manos y con una sonrisita socarrona entre sus dientes torcidos... ¡Qué demontres tramará!...

Y levantándose, saca su pipa, que llena de tabaco virginiño, encendiéndola con tres golpes de eslabón.

—¿No es tampoco verdad la otra visita?—pregunta Deogracias, mirando con ojos escudriñadores a Juanón. ¿La de Mauro a la señorita Lucinda y de la que éste salió, no como D. Cleto, sino precipitadamente, como el que acaba de cometer un crimen?...

—Brujerías y más que brujerías—exclama la robusta Dorotea...

—Brujerías y... malas intenciones—añade Bartolo—. Así son los lances que cuentan de este viejo caserón en que me he criado... El letrado que está en el escudo de la puerta grande y que lee y releen todos los que por aquí pasan, es el causante de mil historias y consejas. Puede que algún día sepamos lo que ese letrado significa y entonces callarán las lenguas murmuradoras... ¡Máxima culpa!... ¡Máxima culpa!... ¿Qué culpa ni qué máxima?...

En la estancia domina un silencio triste, amargador...

Súbitamente, un viento de huracán hace crujir las puertas y ventanas del caserón dormido y el golpe metálico y monótono de la lluvia, azota los cristales. A lo lejos, las campanas de la iglesia, con son pausado, dan el toque de Animas, y Bartolo y los suyos, y Juanón y el sacristán se arrodillan, en tanto que Dorotea, santiguándose, comienza a rezar...

«Padre nuestro que estás en los cielos...»

De pronto, en la muda lejanía, se oye un grito angustioso, desgarrante...

Después voces de una hueca resonancia.

—¡Atájenlo!... ¡Atájenlo!...

El viento apaga la luz de la cocina, y mil sombras fantásticas dibújanse en sus muros.

Y las voces vuelven a resonar:

—¡Atájenlo!... ¡Atájenlo!...

Después, nada.

Sólo se oye el ladrido del mastín, a lo lejos.



CAPITULO IV

Por Domingo J. Manrique

Un estremecimiento de terror supersticioso conmovió, como una descarga eléctrica, los ánimos de los congregados en la cocina de la casa de Gonzalo.

Aquellas lastimeras voces, más que por cosa natural, tomáronlas por quejidos de algún alma del otro mundo que viniera a éste a purgar sus culpas y pecados.

Tras de buscar, presurosa, la caja de fósforos de palo en el bolsillo de su delantal, tornó Dorotea a encender la luz de acetileno.

—¡Qué es esto, María Santísima!—dijo, cruzando las manos y elevando al techo sus espantados ojos—; ¿han matado a alguien?

Bartolo, oprimiendo nerviosamente entre sus labios trémulos la humeante pipa, dirigióse hacia la puerta.

—¡No abra, padre!, gimió Carmilla, toda temblorosa.

—Pero si no debe ser nada, mujer, dijo Bartolo a su hija; tu madre siempre ha de hacer aspavientos: ¡matar a alguien aquí, entre nosotros!... eso es imposible; es que tenéis la cabeza atiborrada con todas esas monsergas que os cuenta Deogracias.

Y tenía razón el aparcerero: era el pueblo donde estaba asentado Risco-Viejo lugar apacible y tranquilo; sus moradores de costumbres sanas y vivir bucólico, casi

nunca daban que hacer a la justicia; si con alguien estaban reñidos era con el papel sellado; sólo, alguna vez, en época de elecciones, solían acalorarse los ánimos, no porque ello fuera propio y natural de aquellas gentes, sino porque el vinillo de la tierra y las insinuaciones malévolas de los muñidores hacían entonces de las suyas, dando pábulo a que se recordaran viejos resentimientos, ya casi olvidados, y que, por ende, se rompiera alguna que otra vara de membrillero sobre las nervudas costillas de los contendientes en política.

Claro está que había de todo. ¿Qué buen campo de trigo no tiene entre sus matas alguna cizaña?

Buena prueba de ello era que en este rinconcito de gloria existían D. Cleto y Mauro, quienes, como ya se deja entrever, eran dos pájaros de cuenta.

Ya tenía Bartolo la mano puesta en el pestillo de la puerta, a pesar de las súplicas de Carmilla que repetía, sin cesar: —¡No abra, padre, no abra!, cuando resonaron precipitados pasos en el corredor.

El espanto llegó a su colmo.

Como empujada por un huracán, la puerta se abrió violentamente y apareció Gonzalo en el dintel, pálido y con los vestidos empapados en agua.

—Pronto, Juanón, dijo, desata a «Drago» y sígueme.

—Allá voy, señor—respondió aquél poniéndose en marcha diligente, ya más tranquilizado, al ver que no se trataba de almas en pena.

Bajaron amo y criado y, luego, en unión del perro, desaparecieron en las densas negruras de la noche.

*

He aquí el extraño suceso que acababa de ocurrir.

Más temprano de lo de costumbre había regresado Gonzalo aquella tarde de la próxima ciudad, a donde, a caballo, iba casi todos los días en busca de solaz y esparcimiento para su abatido espíritu.

Por el camino hizo el firme propósito de sincerarse con Lucinda, de contarle todos los errores de su acci-

dentada vida, de aquella vida de disipación y aventuras que tan deplorables consecuencias le acarrearón. No, ciertamente, no merecía aquella criatura angelical las reservas de un criminal silencio. Fuese necesario, era absolutamente preciso, que ella conociese, además, todas las angustias de su alma. Su corazón, a fuer de noble y leal, rechazaba cualquier asomo de felonía.

Exento de toda ambición de lucro que no fuera por medios lícitos, atendía sólo a los dictados de su conciencia severa y honrada.

Por otra parte, pensaba en la mañana de su presente situación. Aun resonaban en sus oídos las palabras de su amigo Pedro Antonio: «Lo demás, una herencia de dos millones, que sea para la descendencia de Lucinda y Gonzalo». ¡Oh, qué crueles sarcasmos tiene la vida!

Y él venía a buscar en aquel rincón de todos sus amores la fuente de agua mansa, pura y cristalina que mitigara la sed infinita a cosas grandes y puras en que se abrasaba, para que luego le salieran al paso, como si fuesen pocas sus desventuras, las socialinas y trapacerías de D. Cleto y de Mauro, de cuyas sinistras maquinaciones ya tenía alguna sospecha.

Ya era obscurecido cuando Gonzalo llegó a su quinta de Risco-Viejo.

El aroma acre de los eucaliptus y el suave perfume de las magnolias en flor, tonificaron un tanto sus exaltados nervios.

Apeöse de la cabalgadura, que entregó al criado, y fuese a su cuarto, del que, tras un breve arreglo en el desaliño de su traje, salió sin que ninguno de los de la servidumbre lo advirtiese.

Cafía una lluvia menuda y persistente sobre la tierra empapada, y en el silencio de la noche, como notas de una canción interminable, oíanse los lejanos rumores de las playas.

Encaminó Gonzalo sus pasos hacia la morada de su prima.

Las blancas tapias de la casa de Lucinda destacábanse entre las sombras, medio envueltas por tupidas

enredaderas. Por la ventana baja salía un haz de luz que bordaba con tonalidades de plata las siluetas de los rosales.

Apenas hubo llegado Gonzalo, el busto maravilloso de Lucinda surgió divinamente del fondo de la estancia.

—No te esperaba, le dijo; la noche se ha vuelto fría y lluviosa, y temo que vayas a enfermar.

—El amor es insensible a los rigores atmosféricos, repuso Gonzalo, riendo.

—El amor, sí; pero no lo es nuestra frágil naturaleza.

—¿Temes por ti?

—No, solamente por ti.

—Es que tengo que hablarte de cosas graves, de cosas que tal vez decidan nuestra suerte.

—Pues empieza, Gonzalo, dijo Lucinda, un tanto turbada.

—Tengo que hablarte de cosas de mi vida; por duro y difícil que me sea confesarte las torturas que me destrozan el alma, no puedo ni debo permanecer en silencio.

La voz de Gonzalo adquirió de pronto un tono sombrío.

Lucinda le miró con extrañeza.

No sabía a qué atribuir aquel cambio repentino.

—¿Es que te pesa, acaso, haber venido?—dijole ella, envolviéndole en la caricia aterciopelada de sus ojos—, ¿te pesa abandonar tu libre vida de soltero, tus alegres correrías por esos mundos?

—No, Lucinda, lo único que me pesa es no haber llegado antes; temo haber llegado tarde.

Como débil barquilla arrastrada por corriente impetuosa, pasó mi vida, febril y rápida, en la vana frivolidad de las grandes capitales; mas, en medio de aquel torbellino aniquilante, siempre me confortó el recuerdo purísimo de nuestro amor. Como un aroma suave que llega desde remotos vergeles, acudían a mí mente los días luminosos de nuestra niñez, y era un deleite para mí rememorar el florido encanto de tus labios rojos y pequeñines, cuando, junto a los míos, mor-

dían ansiosos las maduras fresas, que sabían a gloria, o las moras de zarza que arrancábamos en nuestras excursiones matinales y comíamos bañándonos en la risa del sol.

—Pero olvidarías lo demás—dijo Lucinda emocionada.

—¿Nuestras mutuas promesas? ¿Nuestros juramentos recíprocos, aquellos que más tarde sellaron nuestro destino? Jamás. Ellos fueron salvaguardia y sostén de la firmeza de mi espíritu. Mi amor hacia ti, ola serena que me trae a esta tierra bendita, es imperecedero. Mas, ¡ay, Lucinda!, una grande implacable fatalidad ha roto, tal vez para siempre, el crisol de nuestra dicha...

Aquí llegaba Gonzalo en la iniciación de sus amargas revelaciones, cuando, de pronto, la lluvia que hasta entonces había sido menuda y ligera, arreció vertemente, obligando a los enamorados a interrumpir su diálogo.

Retiróse Gonzalo para guarecerse, hasta que pasara el chaparrón, y penetró en una glorieta, situada en la avenida de los naranjos, frente por frente a la ventana que ocupaba Lucinda.

Casi al mismo tiempo, bajo el estruendoso reborbotar del agua, una sombra, como de persona que acecha, deslizóse cautelosamente por entre los macizos de dalias, dirigiéndose al sitio donde se hallaba Gonzalo.

Apercibióse de ello Lucinda y, súbitamente, llena de terror, lanzó un grito estridente y angustioso que repercutió, lastimero, dominando el ruido potente de la lluvia.

Aquel grito fué el que oyeron los servidores de Gonzalo en el momento de disponerse a rezar el tercio.

Acudió Berta, la doncella de Lucinda, toda alarmada, y recibió en sus brazos el cuerpo desfallecido de su ama.

Al grito de Lucinda, Gonzalo se precipitó fuera de la glorieta y en el mismo instante, la sombra en acecho, separándose del tronco de una palmera, se abalanzó sobre él.

Brilló un momento, herida por la luz lejana, como

un zig-zag de relámpago, la hoja acerada de un puñal... Oyóse el fatigoso jadear de dos hombres que luchan. Luego, tras breve pausa, una desenfrenada carrera a través de arbustos y malezas.

Era el agresor que huía.

Gonzalo, de pie, empuñando con mano firme su revólver, apuntaba en la dirección del fugitivo.

Las dos mujeres que, desde lejos, confusamente, presenciaban esta escena, sollozaban sobrecogidas de espanto.

—¡Gonzalo! ¡Gonzalo!, clamaba Lucinda.

—¡Atájenlo!, ¡atájenlo!, gritaba Berta.

Y, a lo lejos, el perro empezó a ladrar desenfrenadamente. Acercóse Gonzalo a su prima para tranquilizarla. No estaba herido; habían querido matarle, pero, afortunadamente, pudo esquivar el golpe sujetando la mano del agresor y haciéndole huir.

—Necesito conocer al criminal y no hay tiempo que perder, dijo a Lucinda, tendiéndole los brazos.

Y sin escuchar los lamentos de su novia que desesperadamente le rogaba que se quedase, que no emprendiera tan peligrosa aventura, se dirigió veloz a su casa.



Dejémosle en este punto y trasladémonos de nuevo a la morada de Lucinda, immaculado santuario, guardador envidiable de aquel tesoro de belleza, bondad y recato.

Presa de indecible congoja quedó la joven, sin que fueran suficientes a tranquilizarla las palabras de consuelo que, solícita, le prodigara su fiel sirvienta.

Amaba entrañablemente a Gonzalo; al menos así parecía decirselo su corazón, aquel corazón plétórico de exquisiteces y ternuras de virgen, y así lo creían sus amigos y conocidos; por lo demás ¿quién puede penetrar en el misterio que encierra toda alma de mujer, misterio incomprensible aun para ellas mismas?

Como Ariadna en la isla desierta, ella, lejos del pro-

metido, desde muy niña, escrutaba, anhelosa, los horizontes, esperando la buena nueva de una dicha jamás gustada.

Ahora, en el momento en que suponía a Gonzalo correr irreflexivo, probablemente tras una muerte trágica, sintió como un derrumbamiento de todo su ser y quiso lanzarse en pos del amado, e interponerse, si era necesario, entre el cuerpo querido y el arma homicida.

Berta la contuvo.

—No está bien, le dijo, que la señorita se aventure a salir; por una parte la hora, el riesgo que pueda correr, las murmuraciones, y por la otra, que el señorito Gonzalo es hombre animoso y valiente que no se amilana por nada; ya ha visto su merced cómo ha hecho huir al desconocido.

—Pero ¿quién puede ser ese miserable?, decía Lucinda, ¿quién puede ser ese que ocultándose, de noche, en mi propia casa, procura asesinar a Gonzalo?, ¿y por qué, ¡Dios mío!, por qué quieren matarle?, ¿qué daño ha hecho? Si es un hombre honrado, ¿cómo es que acaba de llegar de tierras distantes y tiene aquí enemigos?

Detúvose Lucinda; una vaga sospecha, un extraño presentimiento, acababa de pasar por su febril imaginación.

—Libreme Dios de hacer malos juicios, dijo Berta, mas ya su merced sabe que aquí hay dos o tres alimañas que no han visto con buenos ojos la llegada del señorito y... ¿quién sabe si alguno de esos malvados sería capaz?... luego, en este pueblo es muy posible la maten a una y nadie se entere.

En esto último no estaba Berta en lo firme.

En algunas casas próximas a la de Lucinda era evidente se habían enterado de todo o parte del suceso, a juzgar por los delatadores hilillos de luz que se filtraban por las rendijas de las cerradas puertas, indicando que allí se permanecía en medrosa vigilia.

Solamente allá, en la casona de Gonzalo, oscilaba en las sombras, culebreando entre el ramaje, la pálida luz

de un farol y se oía resonar de voces y el ir y venir de pasos apresurados como de gente que no acierta qué rumbo tomar.

Era muy probable que Bartolo, Dorotea, Carmilla, Deogracias y Periquillo, ignorantes aún de la magnitud de lo ocurrido, anduviesen de un lado para otro, comentando a su manera la precipitada marcha del amo.

—No podemos permanecer aquí, mientras Gonzalo corre el riesgo de que le maten, dijo Lucinda; salgamos y al menos procuremos reclamar el auxilio de algún vecino.

Había cesado la lluvia. En el horizonte, como remembranza de un amanecer, clareaba, con suavidades plácidas, el níveo fulgor de la luna que, pausadamente, alzaba su disco de oro tras el obscuro perfil de una montaña.

La noche, serenándose, poco a poco, envolvíase, húmeda, en un manto sensual de aromosos estuvios primaverales.

Y en la profundidad de los cielos parpadeaban las estrellas, como pupilas escudriñadoras del infinito.



CAPITULO V

Por Juan Franchy

Gonzalo y Juanón regresaron a casa.

Después de inútiles pesquisas en busca del agresor que había huído, Gonzalo pensó dejar aquel asunto para el día próximo.

—Te has portado mal, amigo «Drago»—dijo Gonzalo halagando al mastín.

—Verá su merced. El perro es bueno y fiel; mas esta maldecida lluvia hace confundir los rastros y perder la pista—replicó Juanón, saliendo a la defensa de «Drago», que jadeaba impaciente.

—Bueno, bueno... Otra vez será. Ahora, a acostarse. Cuanto menos se hable, mejor, ¿entiendes? Llégate a casa de Lucinda y mira si hay luz todavía. En este caso dile a Lucinda y a todos los demás, que no ha ocurrido nada. Hasta mañana, pues.

Y Juanón, pensando en todo lo sucedido aquella noche, se dirigió a la finca de «Los Naranjos» mascullando amenazas.

—¿Quién habrá sido el condenado, que...?

De pronto, ante él vió que un hombre, de elevada talla, avanzaba resuelto.

—¡Aquí «Drago»—gritó asustado Juanón.

«Drago» lanzó un ladrido, uno solo, como mastín de buena sangre, y después se quedó a pie firme rezon-

gando y enseñando los dientes. No esperaba más que la voz del amo, para arrojarse sobre el aparecido.

—Aguanta el perro, Juanón, que no hay que apurarse... ¿No me conoces? Mauro...

—Ya... ya veo... Pero al principio me sorprendió. ¿Y qué busca a estas horas, don Mauro?

—Nada... Es que la familia del tío Antonio, los vecinos de «Los Naranjos», dijéronme que doña Lucinda les había llamado contápdole no sé qué fechorías...

—Si; quisieron matar a don Gonzalo.

—¡Bah!...

—Como usted lo oye.

—Y qué, ¿le hicieron mal?

Otro cualquiera más perspicaz que Juanón hubiera advertido cierto dejo de ansiedad en estas palabras de Mauro.

—Gracias a don Gonzalo que se defendió, el otro ochó a huir.

—¡Caray!—exclamó Mauro.

Aquella interjección había sido más bien colérica, que de alegría por la noticia.

Pero Mauro trató de disimular.

—Caray—repitió—, si no llega a defenderse...

—Lo matan, de seguro.

—Tal vez... Pero me alegro... Me alegro que no haya pasado más. ¿Y se sabe quién fué?

—Ya, ya daremos con él, que la sabandija ha de salir algún día a tomar el sol...

—Naturalmente... Menos mal que no fué nada. Nada... Buenas noches, Juanón.

Y Mauro se fué, tan bruscamente como había venido.

Hasta que sus pasos no se extinguieron, «Drago» no dejó de gruñir. Y era que Mauro imponía, con su estatura extraordinaria.

Pero más extraordinarios que su figura, eran en el momento aquel, sus propios pensamientos:

—Falló, falló...—se decía—. ¿Y por dónde habría echado a correr ese gallina de Fortún?...

Mauro caminaba agitando los brazos como si invocara a alguien en las sombras.

Entraba en aquel momento por el «Camino Ancho». El «Camino Ancho»...

Aquel camino tenía su historia, que merece contarse. Historia extraña y misteriosa, cuyos hechos pertenecen a los buenos tiempos de la mocedad de don Felipe, el difunto tío de Gonzalo Latorre.

Oid esta historia.

Era una clara noche de luna que alteraba, falseándolo, el conocimiento de las formas

Las noches de luna son falaces y traidoras. En ellas, el alma de la noche «espíritu de la muerte», intenta parecer iluminado irradiando luz sobre la romántica cabeza del hombre.

Pero su luz es una luz llena de falsedad y traición. No es la luz cálida, de esplendores reales que muestra generosa el camino firme; es la luz fría y engañosa de los fuegos fatuos, que conduce nuestros pies al borde de un precipicio o a la tierra pantanosa que se hunde.

El hidalgo don Felipe Latorre caminaba impulsando sus pasos la pasión y el deseo.

El «Camino Ancho» se extendía ante sus ojos, a trechos erizado por ariscos guijarros, a trechos amarillo y blando como senda abierta en arcilla modosa.

La luna alumbraba el camino poniendo hoyos donde había montículos, y salientes en las llanas superficies. Las sombras parecían temblar.

El hidalgo atisbaba receloso por su amor culpable y escondido...

De súbito, a su espalda, oyó que en mitad del silencio gritaron con voz premiosa:

—¡No avance más, si no dice quién es!

Don Felipe volvió rápido la cabeza, y vio que por sobre el pequeño muro del camino se alzaba la figura de un hombre.

—Van a conocer mi secreto—pensó don Felipe.

Don Felipe era hombre que, en sus hábitos de gran señor, no reparaba en inconvenientes. Subióse más el

embozo de la capa y extendió el brazo en dirección al hombre que le miraba. Sonó un disparo de arma excelente, que apenas causó ruido, ni produjo eco en los campos sembrados.

Después escudriñó el hidalgo, a distancia, el punto sobre el que hiciera fuego... El muro se extendía recto e inmóvil como si nada hubiera ocurrido. Y quizá fuera así; quizá fuera ilusión suya aquella figura de hombre que le hablara y que creyó ver...

Precisamente en el mismo sitio del aparecido había ahora una gran piedra, que la luna hacía enorme y alargada...

—De todas maneras—pensó al fin don Felipe—si era un importuno, huiría; y si nadie era, mejor que mejor.

El hidalgo aceleró el paso, y pronto llegó a una casita habitada por antiguos servidores de los Latorre. A través de una de sus puertas, filtrábase la luz.

Don Felipe tocó suavemente con los nudillos en esta puerta y al momento casi, la franqueó una esbelta y garrida moza.

—¡Al fin!—exclamó don Felipe.

Aquella moza era Isabel, la sirvienta Isabel, cuya belleza había alcanzado fama en todo el país, llegando a obsesionar a don Felipe que la cortejaba en secreto por temor al buen tío Francisco, el padre de la muchacha, que de bonachón y llano en todos sus asuntos, se tornaba, en cuanto a su hija, en fiero guardador de su honra.

De nada le valiera. Tras don Felipe cerróse la puerta de la habitación de Isabel, y la rueda de la fortuna arrolló a la humilde sirvienta, que hizo ofrenda de su espléndida hermosura a su dueño y señor...

Pero allá, a altas horas del amanecer, fué turbada la paz del nido amoroso. Fuertes golpes, ruidos extraños, precipitadas carreras, oyeron inquietos los dos amantes:

—¡Arriba, arriba todo el mundo!

Y en la propia puerta del cuarto de Isabel, dieron rudos golpes, mientras una voz de niña angustiada y llorosa, gritaba:

—¡Arriba Isabel!... ¡Ay, Isabel, que han matado a padre!... Isabel... Isabel...

Esto era cierto. Un labrador que en las primeras horas de la mañana iba a su trabajo, había tropezado con el cadáver de Francisco Martínez, padre de Isabel, a la vera del camino, detrás del muro.

Don Felipe vistióse rápidamente. Dijo dos o tres palabras de excusa a Isabel que en su trastorno apenas si oía nada; saltó por una ventana que daba al corral y sin que nadie lo viera, corrió a perderse en los campos de trigo.

Alboreaba...

El día azotó con rayos luminosos a la noche que huía. La luna palideció, hipócrita, hasta que soberbias nubes, esponjadas por la solar caricia, se precipitaron raudas y sepultaron, audaces, al satélite muerto...

Bajo la influencia del alma de aquella noche de luna plácida y serena, trágica y traidora que huía, fué Mauro engendrado. Su madre, la sirvienta Isabel, lloró a un tiempo mismo la muerte de su padre y la pérdida de su honor...

Don Felipe pensó al principio con horror en la extraña aventura de la muerte de Francisco Martínez, aventura que nadie había podido desentrañar; pero después se consoló con esta reflexión:

—Si hubiera sabido que era él, no le hubiese disparado.

Su conciencia egoísta se contentaba con poco.

Hizo un corto viaje unos días después del suceso, y a su vuelta a casa llamó a Isabel y la prodigó frases consoladoras.

Y desgraciada Isabel y muerto su padre, no había por qué guardar el secreto: desde aquel día todo el mundo supo el nombre de la barragana de don Felipe, que frecuentaba a menudo la casita del «Camino Ancho».

Nació Mauro y mientras crecía fornido y robusto, su madre se extinguía como herida por una maldición.

Cuando Mauro tenía diez y ocho años, murió Isabel.

Mauro lloró su muerte como lloraron todos los que conocían a la «buena Isabel», que así la llamaban...

Pero ya solo, lejos de la vista de curiosos y amigos, Mauro, aquel mozalbete idolatrado por su madre, exclamó ardoroso, como un tigre liberto:

—¡Descansa en paz, madre, que me afrentabas!

Indudablemente Mauro era hijo legítimo de aquella noche de luna plácida y falaz, que lo engendró.

Y ahora, en aquel mismo «Camino Ancho», la figura de Mauro se alzaba imponente y amenazadora.

Mauro se había detenido, y con la mano bajo la barba, meditaba.

Pensaba Mauro en Gonzalo. Era su obsesión. ¡Y se le había escapado esta vez!

A Mauro le inquietaban ideas distintas. Por un lado su codicia ambicionadora de riquezas; por otra parte su despecho.

¡Oh!, aquel petimetre de Gonzalo, apuesto y distinguido que había deslumbrado a Lucinda, a aquella Lucinda que él deseaba en un momento pasional que nunca olvidaría!...

Mauro sacudió con energía todo su cuerpo de gigante estremecido por el deseo.

El «Camino Ancho» se extendía, como en tiempos de don Felipe, solitario y mudo. La noche hacía gala de sus sombras y misterios. El ambiente nocturno invitaba a cubrir con su manto de tragedia, cualquier desacato o cualquier crimen.

Y Mauro, en su grandeza corporal, parecía entonces más alto, más sombrío, más imponente que nunca. Semejaba un coloso que demandara algo.

Cualquiera que hubiera conocido la siniestra aventura de don Felipe Latorre, habría dicho que Mauro era un vengador...

Mauro echó a andar nuevamente.

Sin él notarlo, la ancha faja que le cubría el vientre, y en la que escondía un precioso cuchillo canario, iba desenrollándose poco a poco.

A un nuevo movimiento de Mauro, la faja terminó de desenvolverse y se extendió como una enorme víbora, al mismo tiempo que el cuchillo, sin nada ya que le sujetara a la cintura de su dueño, cayó por tierra junto a un extremo de la faja.

Libre del todo de la presión de ésta, Mauro al fin lo advirtió. Retrocedió unos pasos y recogió la faja sin reparar en el cuchillo.

La víbora dejaba los dientes.

Mauro se alejó con rapidez, como impulsado por una idea repentina...

Mientras tanto la luna besaba con cariño, cual a un amigo predilecto, el cuchillo canario, que brillaba fatídico, sobre la senda del «Camino Ancho».



Gonzalo, lejos de realizar lo que había aconsejado a Juanón, no se había acostado. No le hubiera sido posible dormir con el estado de excitación que le poseía.

—A fe que soy totalmente un degenerado—decíase Gonzalo, vagando por los alrededores de la casona.

—Cualquiera de mis antepasados—continuó diciéndose—hubiera revuelto y quemado estos contornos, hasta dar con el cobarde bandido que hubiese querido matarle traidóramente...

Se hallaba ahora al pie del Risco-Viejo. Sobre la cabeza de Gonzalo se alzaba, legendario y eterno, aquel peñón del Risco, cuna de su raza y asiento orgulloso de su nombre.

Y vió cómo de lo más alto del Risco se había desprendido un grueso guijarro. Aquel guijarro corrió por la vertiente hasta que, cual si lo hubiera animado una intención, vino a parar a los mismos pies de Gonzalo, haciéndole estremecerse.

—¡Es horrible, es horrible!—exclamó Gonzalo.

Supersticioso y excitado por la fiebre de aquella noche, se figuró Gonzalo que el Risco-Viejo, la firme roca de su apellido, le lanzaba para castigo de su culpa,

desde la cumbre de su fortaleza y varonía, la primera piedra...

Pero luego Gonzalo se irguió.

—¡No, no!—gritó reponiéndose.—No, ya no esperaré más. Todavía soy fuerte, y ratifico mi decisión. Mi redención está en Lucinda y a Lucinda confesaré mi culpa...

Y alzó la vista hasta lo más alto del Risco, como si quisiera sincerarse. Después, con paso firme, entró en la casona, altivo y señorial, como en ella entraran antaño los hidalgos, sus abuelos.

Pensó luego en sus enemigos que, agrediéndole aquella noche, habían hecho retardar su confesión a Lucinda.

Hizo un recuento de todos ellos... Don Cleto, el más ladino, cuyas intenciones adivinara, cuando cometió la locura de irle a consultar; Anastasio, aquel mentecato pobre de espíritu, al que no tuvo un día más que cogerle enérgicamente de las solapas de la chaqueta, para que confesara todo aquel enredo del anónimo que tanto le atormentara; y, por último, Mauro. Este era el más bruto, el más tosco de ellos, pero era también el más interesado... y le temía.

—Dios quiera que no haya tenido parte en la acción canalla de esta noche—acabó por decirse Gonzalo.

Estaba resuelto. Mañana en cuanto amaneciera, iría a tranquilizar a Lucinda y al mismo tiempo le diría su culpa, su máxima culpa...

Y ya sin fiebre, en paz la conciencia, alegre casi, durmió un par de horas.

*

Y fué...

Gonzalo, en mitad del encantamiento de palabras de amor que tenían dejos de demanda piadosa, contó a Lucinda su culpa.

De tanto sentimiento y delicadeza supo Gonzalo matizar su relato, que el alma ingenua de Lucinda más bien adivinó que comprendió la extraña historia.

Fué un milagro de su arrepentimiento, Gonzalo puso

todo su corazón y todo su cerebro en aquella confesión que hacía de su gran pecado.

Y con ansias redentoras, llegó a suplicar la absolución suprema:

—Lucinda, Lucinda, ¿me quieres?...

Sabía Gonzalo que esta pregunta era el «alea jacta est» de su vida.

Lucinda no contestó. Abstraída en ignorados pensamientos, sólo había dejado traslucir una lágrima...

Aquella lágrima la consideró Gonzalo como la mitad de su victoria. Quizá se engañaba. Lucinda podía llorar lo mismo de angustia y desilusión que de amor y piedad.

Gonzalo habló de nuevo:

—Lucinda, mi Lucinda... Dijiste una vez que nosotros, los hombres, necesitábamos conocer muchas mujeres, para luego amar a una sola... De esta necesidad nació mi culpa... Lucinda, mi adorada Lucinda, ¿me quieres culpable?

Lucinda lloraba silenciosamente.

—Gonzalo...—suspiró.

—¿Qué?...—preguntó ansioso Latorre—. ¿Por qué dices Gonzalo?...

—Es tu nombre...

La ansiedad volvió a atormentarle.

—Lucinda, mi adorada Lucinda, ¿por qué no dices mi Gonzalo?...

Lucinda levantó los ojos, sus grandes ojos llenos de lágrimas.

Después, dulcemente, vencida por la fe de su amor, suspiró otra vez:

—No digo «mi Gonzalo» porque... porque no sé si Gonzalo me querrá siempre.

¡Sublime generosidad de aquella alma femenina!

Fueron estas palabras de Lucinda, como divina misericordia. La única pena que imponía la gran culpa de Gonzalo, era su protesta de cariño...

¡Perdonado! Gonzalo apenas si acertaba a creerlo mientras besaba con recogimiento santo aquellas pre-

ciosas manos de mujer que habían trazado sobre la tumba de su ruina el signo de la resurrección.

—¡Perdonado! ¡Ah, gracias, mi Lucinda, gracias!

Ahora quería Gonzalo ser enérgico y audaz, con el atrevimiento de los recios varones que fundaron su estirpe... Ahora, que el perdón de Lucinda alentaba su alma, quería regenerar su raza y enaltecer su nombre.

¡Romántico!... Sí, era un romántico, con el romanticismo de aquellos que conquistaban mundos y levantaban castillos sólo con el esfuerzo de su voluntad impulsada por su gran corazón.

Pero este romanticismo era para el medio en que vivía un grave inconveniente.

Por eso tuvo su idea. A la verdad que si esta idea suya—pensaba—pudiera ser realidad, sería una gran cosa... El hubiera querido una vida sorda, ciega, sin pituitaria y muda. Fuera todo, menos el tacto, porque a él el aislamiento corporal le disgustaba. No comprendía, como era natural, un polo sin el otro. ¿Podía haber energía sin contacto? Hasta la misma luz brillaba más cuando chocaba con un reflector sabio y potente... El no comprendía la vida sin el entusiasmo de un abrazo estrechísimo, o la efusión de un beso apasionado.

Pero lo demás sí. Fuera los oídos que todo lo escuchan; fuera los ojos, que todo lo ven, y la nariz y la lengua, que todo lo huelen y lo hablan. ¡Fuera, fuera!

Y soñó...

¡Oh! ¡Qué agradable era así la vida! Así la quería él. Impasible como una estatua y discreta como una flor.

Y en mitad de su sueño, él gozaba plenamente de la vida; de la vida ciega, sorda y muda.

Avanzó hacia la amada y le besó las manos, aquellas manos de deditos blancos, suaves, y de uñitas de fuego. Después se hincó de rodillas y esparció en el seno de la bella un montón de flores.

Claveles de múltiples colores, como pedazos de estrellas caprichosas; nardos blancos, como la leche; orquídeas espléndidas, como la espuma; tulipanes negros, como el manto aterciopelado de Nuestra Señora; gran-

des-duques perfumados, como el camarín de una reina,

La estancia se ungió con el perfume milagroso de las flores. Pero la vida, ciega, muda, sorda y sin olfato, permaneció impasible.

Gonzalo habló:

—Vida, vida mía; cielo de mi alma y encanto de mi ser: Para ti me han dado un beso la rosa, un suspiro la violeta. Un milagro florido florece en tu regazo. Dime, reina: ¿eres rosa o violeta? ¿Me quieres mucho, o me quieres bien?

La eterna pregunta de los amantes vibró en el aire con dejos de pasión. Pero la vida, sorda, fué insensible.

—¿Me quieres, vida?

La vida no contestó. Sus grandes ojos fijos parecían que reflejaban la opacidad de su alma. El, entonces, se aproximó, y desdenando los labios de la amada, que como siempre incitaban al deseo, la besó en la frente. Aquel beso dejó sobre las sienes de la muy querida un sudorcillo de aliento, como si hubiera besado el mármol de una estatua.

Era el beso de la desilusión.

—Vida, vida mía...—gritó Gonzalo en un alarido de desesperación.

Pero la vida, su bien amada, no respondió. Sólo su cuerpo palpitaba, pleno de deseos, incitante... Y el alma romántica de Gonzalo sintió miedo de que nunca más tuviera gemela que la acompañara por el mundo; nadie que le hablara, que le viera, que le oyera, que aspirara su perfume espiritual.

Lloró la soledad de su alma... A través de sus lágrimas, contempló a la vida sorda, muda, ciega y sin nervios olfatorios, que sólo le ofrecía el grosero contacto de las palpitaciones de su cuerpo.

Espantado, huyó, como loco. Creyó que le perseguían, azotándole con látigos de fuego.

Despertó...

Gonzalo era romántico, aunque no quisiera serlo...

Y seguiría siendo romántico toda su vida. Mas ahora, que había hallado en el alma de Lucinda, su alma ge-

mela... ahora, como antes, en auxilio de Gonzalo volaba, rápido y potente, batiendo sus alas incansables, el glorioso romanticismo.

*

Al salir de la casa de «Los Naranjos», se admiró Gonzalo.

—¡Don Gonzalo! ¡Don Gonzalo!

—¿Qué es eso, Bartolo? ¿Qué escándalo es ese?

—Dispense su merced... Su merced verá...

Y el señor Bartolo sacó de debajo de su camisa un reluciente y magnífico cuchillo canario.

—¿Qué es eso, Bartolo?—repitió Gonzalo.

—¿No lo ve su merced?... Un cuchillo, ¡jinojo!...

Verá su merced. Esta mañana, aclarando el día, salió Pedro, Periquillo, mi hijo el más pequeño, a despararrar el ganado por las laderas, y jugando, mientras el ganado caminaba adelante, se subió al muro del «Camino Ancho», y echó a andar por él. De pronto vió que allí, sobre el camino, había un cuchillo canario. Bajó del muro a dentro del camino y lo recogió. «Enséñame dónde lo encontraste», le dije a Periquillo. Y allá fuimos los dos... En el barro del camino, que la lluvia produjo anoche, están señaladas las formas de unos zapatos de hombre...

—¿Y por qué no me has traído antes el cuchillo?—preguntó Gonzalo.

—Verá su merced... Periquillo se lo guardó en el seno hasta que viniera a almorzar. Pero crea su merced, que para el caso, igual importa. Yo mismo ví las pisadas de hombre en el «Camino Ancho»...

—¿Y eso, qué?—dijo Gonzalo.

—Que por el «Camino Ancho» se va hasta la casa de...

—¿De quién?—interrogó Gonzalo impaciente.

El anciano Bartolo parecía temeroso de acabar lo que había empezado a decir.

Gonzalo miró inconscientemente el cuchillo que el

viejo le entregara. Y leyó atónito, sobre la ancha hoja de acero, un nombre. Aquel nombre decía: «Mauro Martínez».

Súbitamente pensó en la agresión de que había sido víctima la noche anterior.

Gonzalo no sospechaba siquiera que aquel cuchillo lo había perdido Mauro casualmente en el «Camino Ancho».



CAPITULO VI

Por Leoncio Rodriguez

Un hondo desfallecimiento se apoderaba del espíritu de Gonzalo. Dijérase que todo un mundo de ensueños y alegrías derrumbábase en lo más profundo de su ser. ¡Adiós la vida! ¡Adiós la juventud! ¡Adiós el amor!

Y consternado ante la sombría perspectiva de un porvenir lleno de incertidumbres y amenazas, presintió toda la magnitud de su catástrofe física y moral. Era un derrotado, un irredento, un náufrago sin energías para resistir la tormenta y bracear con el fiero oleaje de pasiones que se desencadenaba en torno de él.

—¡Vencido! ¡Vencido!—exclamó.

Y al ver que sus fuerzas flaqueaban bajo el peso muerto de aquella juventud deshecha y ruinosa que amenazaba sepultarle entre sus escombros, sintió como un estremecimiento de angustia indefinible.

Tuvo entonces miedo de su soledad, miedo de sí mismo, miedo de los demás. De buenas ganas hubiese llorado como un niño; pero era inútil. No podía. Las fuentes de su sensibilidad estaban exhaustas. Todo lo había prodigado en noches de placeres locos, al encendido contacto de unos labios de fresa, cálidos e insaciables.

¡Horrible, horrible sequedad la de su espíritu!, pen-

só Gonzalo. Y a la vez que estos pensamientos le torturaban la imaginación, un temblor extraño, sospechoso, invadía su cuerpo. Después, una desabrida sensación, un hondo escalofrío, un malestar indescifrable. Temblaba en su lecho como si le hubiesen sumido de pronto en un baño de agua helada. Millares de agujas se le clavaban en los huesos.

Gonzalo quiso gritar, pedir auxilio, huir... Intento vano; los labios torpes, insensibles, no acertaban a pronunciar una sílaba. Parecía como si las palabras se le hubiesen congelado en la boca. Gonzalo se llevó las manos a la garganta. Quería deshacer aquel nudo que le ahogaba...

Por fortuna, el terrible escalofrío pasó pronto. Pero Gonzalo quedaba en un estado de sopor que infundía graves temores. Estaba enfermo, sumamente enfermo, pensó. El cuerpo movíalo con embarazo. Una extraña laxitud desvigorizaba sus músculos; a cortos intervalos sentía como unas sacudidas eléctricas, y, a veces, como si un hilillo de aire cálido, displicente, le corriese por la espina dorsal, cosquilleándole en las vértebras...

Y se arrojaba en el lecho y pedía que le encendiesen lumbre en la habitación. ¡Lumbre para desvanecer aquel frío de muerte que le atería los miembros!

El ambiente glacial extendíase por toda la alcoba. Flotaba en ella una angustiosa soledad, un vago desabrimiento de silencio sepulcral.

Las oscilantes llamas de las bujías que alumbraban la habitación parecíanle a Gonzalo, en sus delirios de enfermo, como los fuegos fatuos que había visto vagar entre las cercas del camposanto. Unas veces se alargaban como llamas de antorcha, haciendo muecas trágicas en las sombras; otras adquirían un tinte pálido, verdoso, como sus ojeras de enfermo...

Por los cristales del ventanal de la estancia penetró un ramalazo de luz, y, alborozado ante el resplandor mágico, maravilloso, que anunciaba el nuevo día, mandó que apagasen las luces; aquellas llamas de cirios, con sus macabras contorsiones y retorcimientos

de almas en pena, habían hecho más torturantes sus dolores y más lúgubres y sombríos sus pensamientos.

—¡El día! ¡El día!—exclamó Gonzalo—. ¡Ah, qué suave, qué grato calorillo el de la luz solar!

Adivinaba el desperezar alegre de la campiña en aquellas horas de resurrección bendita; el azul del mar, con reflejos de nácares y esmeraldas; y, por último, el velo de sangre de los horizontes, asaetado y desgarrado por millares de haces luminosos, que fulguraban como espadas diamantinas.

—¡Sáname, sáname!—decía Gonzalo en un suave embeleso.

Y el sol, como un chicuelo reidor y bullicioso, seguía invadiendo la alcoba con su carcajada de luz, que parecía infundir vida nueva al enfermo. ¡Animo! ¡Nada de cobardías!

Comenzaba a sentir un leve bienestar; sus pulmones dilatábanse como si le hubiesen sacado de las profundidades de una cisterna.

Gonzalo intentó incorporarse en el lecho; quería vivir; pero, ¡terrible desilusión!, seguíanle faltando cada vez más las energías. Los músculos, lacios, no respondían al imperio de su voluntad ni de sus nervios: creyérase que aquellas piernas y aquellos brazos no eran los de él, que se los habían puesto de otra carne aquella noche de desgracia y horrible tortura. —¡Dios mío! ¡Dios mío!, gritó Gonzalo.—Y entonces sí que lloró como un niño; lloró amargamente, insaciablemente, como no había llorado más que una sola vez, al morir su madre... Lloraba su juventud perdida, su destino truncado, roto, hecho polvo... ¡Dios mío! ¡Dios mío!, seguía exclamando Gonzalo.

—Señorito—oyó que decía de pronto, con voz muy queda, uno de los sirvientes—: acaba de llegar el automóvil del médico...

—¡Ah, sí, Pedro Antonio, el amigo del alma, el compañero de la infancia. Que suba en seguida.

Y mientras el criado salía al encuentro del médico,

al que ya le era familiar la casona de Risco-Viejo, Gonzalo pensaba: Sí, él me salvará.

No tardó mucho en aparecer en la habitación el entrañable amigo.

—¡Pedro Antonio!

—¡Mi querido Gonzalo!

Y el enfermo, incorporándose en el lecho, estrechó entre sus brazos a Pedro Antonio.

Este procuraba disimular la emoción que le había causado el aspecto de Gonzalo. La palidez de su cara, el brillo tenue de sus ojos, el acento débil de su voz, todo confirmábase que la enfermedad había hecho estragos mortales en su amigo.

—No te preocupes—dijo Pedro Antonio—, es necesario ante todo tranquilidad, serenidad de espíritu. Los hombres fuertes como tú no pueden ni deben acobardarse.

—Gracias, gracias—decía Gonzalo besando las manos del médico—. Sí, es necesario que me salves; te lo suplico y te lo ordeno en nombre de nuestro antiguo afecto. Te lo pido también en nombre de nuestros padres, que eran como nosotros dos buenos hermanos.

Pedro Antonio, sentado en el borde del lecho, seguía aparentando tranquilidad de ánimo. Había que alejar de la mente de Gonzalo el temor que en realidad inspiraba su estado de postración y sobre todo aquel embarazo de las piernas, que era uno de los síntomas que más le alarmaban.

Hizo un detenido reconocimiento del enfermo, y cuando hubo terminado su observación médica, dijo:

—No es tanto como supones, Gonzalo. Esto pasará; yo tengo la convicción de que pasará pronto.

—¿Me lo dices como doctor o como amigo?

—Como doctor, ¿qué duda cabe? Bien—añadió—; es necesario que deseches toda clase de cobardías y desalientos, que tengas confianza en tí mismo. Esta es la primera medicina que requiere tu especial enfermedad. Nada de drogas ni emplastos por ahora. Primero, a curarte el espíritu; después a sanarte el cuerpo. Comen-

ce mos por combatir la causa del mal: Es necesario que te despojes de esas pasiones turbulentas, incendiarias, de esas fiebres de voluptuosidad que te han enfermado el alma. ¡Eres un romántico, un enamorado incorregible, un amador impenitente! A tus años no están bien esas exaltaciones pasionales de muchacho calavera. ¡Las mujeres, las mujeres! ¡Máxima culpa, Gonzalo! Te estás abrasando en la propia llama de tus deseos e insaciables apetitos. Y eso no está bien; no está bien en todo un señor diplomático como tú, que aspira en breve a adquirir estado y a ser tal vez un respetable padre de familia... Sigo, pues, recetando: supresión total de la servidumbre femenina.

—¡Bah, siempre de chanzas, Pedro Antonio! Veo que cada vez tienes menos formalidad.

El semblante de Gonzalo comenzaba a iluminarse con una vaga sonrisa. Quería mostrarse expansivo; sacudir aquella pesantez moral y aquella depresión física que envolvía su cuerpo como un sudario.

La alegre luz matinal esparcíase ya por toda la estancia. Un rayo de sol besaba las sienes fatigadas del enfermo.

—¡Qué bella es la luz! Y abría los ojos febriles, como si quisiese saciar sus ansias de vida en aquel rayo de sol...

—Podemos abrir la ventana, dijo Pedro Antonio. El día está en calma y no te hará mal el aire.

—Sí, ábrela; me deleita el campo; quiero percibir sus rumores; ver el mar... ¡el mar!, Pedro Antonio.

Y el médico abrió el ancho ventanal. Una vaharada intensa, oliendo a azahares, a jazmines, a brezos en flor, impregnó el ambiente como un sahumerio perfumado por las más suaves y exquisitas esencias. Percibíase también el aroma de las sementeras nuevas, mezclado con el acre olorcillo a heno y amoníaco de los establos.

Gonzalo aspiraba con avidez la tufarada que despedía la tierra húmeda, y adormecíase al ruido de las aguas

que descendían alborotadas de las cumbres, turbando con su canción la paz de la campiña.

Pedro Antonio, sentado en una butaca, junto al lecho de Gonzalo, parecía también meditabundo. Callaba, dejando que el enfermo saturase su espíritu con los aires del campo y el diáfano y sereno resplandor de los horizontes.

Como si quisiera abarcar con la mirada la grandiosidad del Océano, sus pupilas dilatábanse en la contemplación de la inmensa planicie azul, en cuyas lejanías un barco pescador tremolaba los albos lienzos como banderas de paz...

—Pedro Antonio—murmuró Gonzalo—¡qué triste parece hoy el mar! ¿Ves aquellas velas blancas que se alejan?... ¡Todo se va, Pedro Antonio!... ¡Se va todo... todo... todo!

Gonzalo deliraba. Sentía fiebre. Sus sienes se abrasaban. Fué necesario aplicarle una inyección.

Después, Pedro Antonio apresuróse a cerrar la ventana porque había demasiada luz, y el enfermo necesitaba reposo.

—Conviene—dijo—que le dejemos solo unos minutos. Está fatigado por la larga vigilia de la noche anterior. Dejémosle dormir.

Y, entristecido, desalentado al ver los rápidos progresos que el mal había hecho en Gonzalo, dirigióse a la habitación próxima, donde la servidumbre esperaba impaciente noticias del estado del señorito.

—No es nada—decía a todos Pedro Antonio—. La enfermedad pasará en breve.

Luego, dirigiéndose a Bartolo, que estaba muy apesadumbrado:

—Vaya usted a casa de la señorita Lucinda. Dígala usted que no se alarme, que D. Gonzalo está mejor, que dentro de breves momentos irá a ver a su mamá.

¿Han sabido ustedes—añadió—cómo sigue doña Asunción?

—Muy delicada, señor—respondió Dorotea.—Desde hace días se dice que le están dando unos ataques en el

corazón. La pobre señora me parece que va a dar un disgusto a doña Lucinda. ¡Está tan viejecita!

—Vea usted qué desgracia—añadió Carmen—, en estos momentos en que la señorita Lucinda se halla tan affigida, se enferma también nuestro amo. A mí que no me digan. La culpa la tienen esos bandoleros que han querido matar al señorito.

Los criados refirieron entonces lo que corría por el pueblo. Se decía que la justicia había ido a casa de Mauro a preguntar dónde estuvo la noche del atentado. Se decía también que Mauro había probado la coartada. Después se susurró que si a Fortún, el hijo del guarda, le vieron correr aquella noche por el camino que baja de la casa de Lucinda. Y añadíase que nadie se atrevía a declarar eso por temor a los hijos del guarda, que tenían malas pulgas, y a los formidables puños de Mauro, protector de la familia.

Por último, murmurábase que don Cleto había hecho varios viajes a la ciudad, y que todo lo tenían arreglado para que no se metiera más la justicia con Mauro ni con Fortún.

—¡Admirable justicia!—exclamó Pedro Antonio—. Y más admirable aún la sumisión del rebaño y la indiferencia de las personas de bien ante semejantes villanías.

Y como si filosofara consigo mismo, añadió: —Si yo mandase alguna vez en esta tierra, haría fijar en todos los edificios dedicados a la diosa Themis, una inscripción que consagrara el estribillo popular: «¿Dicen que mataron al marqués? ¡Eso dicen!»

Los criados, que no habían entendido la mitad del discurso del médico, adivinaron por la menos la moraleja, y todos dijeron a una:

—Tiene usted razón, señor doctor.

Pedro Antonio, que como se ha dicho tenía el genio alegre y expansivo, placiase en departir con aquellas buenas gentes que le oían con profunda atención.

Después, encarándose con Carmen, preguntóle con cierto dejo de malicia.

—¿Cuándo te casas, buena moza? Porque veo que estas echando muchas caderas...

—Señor—intervino Dorotea—, es que ahora, después que dejó al indiano, tiene un poco más de apetito... Mas temo, señor, que vuelva a enflaquecer.

—¿Otro indiano?

—No; ahora le hace la rosca Serafín; ¿no sabe su merced quién es Serafín?

Y la vieja puso al médico en antecedentes de los nuevos amores.

—Sí, señor; Serafín Pérez, el hijo del Mayordomo, que estuvo de seminarista en la ciudad, y que a mí me parece que tiene tanto de cura como yo de madre abadesa...

—Enhorabuena—dijo Pedro Antonio.

A Carmen se le ponía la cara como una amapola. Un color se le iba y otro se le venía. ¡Las cosas de don Pedro Antonio!

Fué necesario interrumpir la grata charla, porque el señorito llamaba.

Cuando Pedro Antonio entró en la habitación, Gonzalo parecía que se desperezaba de un largo sueño. Su semblante estaba más animado.

—Ya ves, Gonzalo, qué bien estás ahora.

—He dormido algo. La inyección me ha sentado muy bien. Ya sabía que eras un gran médico.

—Gracias, gracias por la lisonja; pero ya sabes que a mí no me envanece nada; absolutamente nada, querido amigo.

El enfermo comenzaba a adquirir cierta vivacidad. ¿Tendría razón Pedro Antonio?

Gonzalo rogó a su amigo que le abriese de nuevo la ventana. Quería seguir disfrutando de la luz, del paisaje, de los effuvios del campo. Y otra vez su mirada buscó en la lejanía del mar las velas blancas que antes parecióle que se alejaban para perderse en el misterio de los horizontes.

—¡Ah!—exclamó con alborozo—. Navegan hacia acá,

hacia tierra... Vienen como un ensueño hacia la playa... ¿Será la esperanza que vuelve?...

—¡Otra vez el romanticismo! ¡Cuándo dejarás de ser romántico!—exclamó Pedro Antonio.

Y en su tonillo peculiar de despectiva reflexión sobre las flaquezas humanas, añadió: Tienes, Gonzalo, un grave inconveniente; tomas la vida demasiado en serio. Fíjate, fíjate en mí: siempre impasible, inalterable y frío como una estatua. Ya, ya me pueden azotar los vendavales. Mi espíritu está abroquelado contra todo: llevo coraza de acero para las maldades de los hombres y cubierta de amianto para las pasiones de fuego de las mujeres. En achaques de amor puedes llamarme el hombre incombustible. Aquí de mis ensayos químicos: soy de un metal que no se deja atacar por los ácidos ni se funde al soplete. ¿Te acuerdas cuando en los bailes del Casino me daban bromas con una de tus parientas, aquella platónica de los ojos verdes y la voz angelical?... Pues aun está esperando que me decida. Ahora hay que ver cómo me pone la mamá. Lo menos que dice es que soy un curandero despreciable, un mediquejo adocenado. Pues ni aun eso me ha causado mella. Y aquí me tienes; con la esperanza de hacerle algún día a esa señora una operación en la lengua...

Este soy yo—continuó Pedro Antonio paseándose, al tivo, a lo largo de la alcoba—; no admito imposiciones ni tutelas de nadie. Me fastidia todo autoritarismo. En eso soy irreductible; tan irreductible como aquel fraile famoso que guardaba entre sus libros de misa un papel que decía: «Lista de las muchas personas que me molestan y joroban: El prior del Convento, sea el que fuere.» Y seguía una retahila de nombres...

¡Así es la vida!—terminó diciendo—tómala como yo; a chacota, y serás feliz.

—Me admira tu elocuencia, Pedro Antonio. Con tu buen humor y tus recetas amorosas y espirituales, vas a ser el galeno más afortunado del orbe. Por lo que a mí se refiere, me entrego incondicionalmente a tus consejos. Desde hoy, no más romanticismo...

Fué necesario despedirse por breves horas. Pedro Antonio quería visitar a doña Asunción.

Hasta aquel momento no había querido hablar de Lucinda al enfermo. Su estado nervioso requería un sedante de olvido. Y, hábilmente, Pedro Antonio distraía la atención de Gonzalo de sus pensamientos amorosos. Llegó hasta creer que en el cerebro del enfermo había como un claro-oscuro en que se borraba el recuerdo de las personas queridas. En verdad que era bien extraño que Gonzalo no le hubiese hablado de su prometedida. Sin duda había en su imaginación un vacío, una caverna llena de sombras, en la que se desdibujaban o empequeñecían las ideas.

Conviene hacer una exploración, pensó Pedro Antonio; ver el efecto que le causaría el nombre de la prima.

—Gonzalo, te abandono por breves instantes. ¿Necesitas mandar algún recado a la señorita Lucinda?

—No—contestó el enfermo como despreocupado e indiferente a la pregunta—; dile que iré a verla muy pronto; tal vez mañana, tal vez pasado, si esto de las piernas va mejor. Procura tranquilizarla. Ella cree que no tengo más que un enfriamiento, y es necesario que siga en esa creencia.

Y añadió: ¿sabes que nos casamos en primavera? Ya he dicho a Lucinda que arregle sus asuntos; que es necesario santificar nuestro amor de una vez. ¿Te parece bien, Pedro Antonio?

—Admirable idea, como todas las tuyas. ¿Con que váis a hacer vuestro nido de amor en primavera, como dos alegres tortolitos?

—Sí, y tú serás mi padrino. Y después... después a viajar por el mundo. Ya sabes que estas gentes me quieren muy mal. ¡Mira el trofeo que tengo sobre la mesa!

Y señaló para el cuchillo canario, de reluciente hoja, encontrado en el Camino-Ancho.

—Eso—dijo Pedro Antonio—lo único que demuestra es que eres un hombre de envidiable suerte; que hasta los «guapos» temen a la puntería de tu browning...

De todas maneras, tranquilidad, serenidad de ánimo, —añadió Pedro Antonio.

—Antes—interrumpió Gonzalo con ansiedad—necesito que me digas con toda franqueza: ¿Cuándo podré abandonar el lecho? Y estas piernas, que me tiemblan, que no obedecen a mi voluntad, ¿cuándo recobrarán sus energías?

—Pronto, pronto—decía Pedro Antonio, medio confuso, casi vacilante.

Y salió presuroso.

Las palabras de Gonzalo le atormentaban el alma. ¡Pobre amigo!

*

La sirena del automóvil turbó el silencio en que quedaba sumida la casa de Gonzalo.

Aquel sonido ronco, exótico, en medio de la plácida soledad de la comarca, repercutía en los claustros desiertos de la casona y llegó, con fuerte vibración, hasta la alcoba de Gonzalo.

Pedro Antonio se alejaba, absorto en sus cavilaciones. La aguda enfermedad de su amigo le preocupaba seriamente. Era una de las pocas personas por quien sentía predilección y afecto entrañable. La historia de desventura que se cernía sobre el camarada enfermo, juntamente con los viejos vínculos de amistad que a él le ligaban, imponíanle un sagrado deber de lealtad. ¿Sería un predestinado? Parecía que sí. Y lo era o lo iba a ser en uno de los momentos más culminantes de su vida, cuando se disponía a contraer matrimonio con la prima.

Preocupábale, además, lo difícil de su situación: por una parte, Gonzalo; por otra, Lucinda y su madre, ambas también personas de su más estrecha amistad: tampoco podía abandonarlas, ni menos aún hacerlas víctimas de un engaño vil. ¿Qué diría a Lucinda? ¿Qué aconsejaría a doña Asunción? ¿quello no era un caso clínico que pudiera solucionarlo el bisturí... Por

primera vez, pensó, se encontraba ante un nebuloso problema de la vida.

En estos pensamientos iba abstraído Pedro Antonio, cuando el automóvil paró ante la quinta de Lucinda.

Al fondo de la avenida destacábase la fachada de la casa, media oculta entre el follaje de los árboles. Una banda de palomas, con ritmo blando y acorde, hendía la diafanidad azul del espacio, revolando en torno de las copas de los naranjos... Parecía como un símbolo eucarístico sobre el santuario de una diosa.

¡Qué contraste, pensó, entre el sombrío caserón de Risco-Viejo, con sus renegridos paredones de castillo feudal, y esta casita alegre, soleada, alba y rumorosa de Lucinda! Y a su imaginación vínosele de nuevo el recuerdo de Gonzalo, postrado en su lecho de dolor...

No había llegado aún a la glorieta, cuando divisó a Lucinda! Hallábase en faenas de jardinera, atareada en eliminar los tallos secos de unos rosales que festoneaban la entrada del portal.

La joven no había notado la presencia de Pedro Antonio. Esté pasaba ya de la glorieta. De pronto, vió que Lucinda subíase a un poyo para continuar afanosa su labor.

—¿Se puede pasar?—preguntó.

Sorprendióse la joven, pero al ver que el doctor avanzaba resuelto hacia la casa, apresúrose a recibirle con todos los honores que merecía el simpático huésped.

—¡Bienvenido, ilustre doctor!—Y añadió, con acento de gentil excusa: —Dispense usted que le reciba en esta facha...

Pedro Antonio fué a darle la mano para ayudarla a descender del poyo.

Lucinda vaciló.

—Aguarde usted porque veo que se me ha trabado el vestido de las ramas. Estoy prisionera. —¡Berta! ¡Berta!—clamó llamando a su doncella—. Baje usted.

Pedro Antonio no quiso insistir. Pero viendo el desasosiego cada vez mayor de Lucinda, no le pareció bien permanecer inactivo. Y comenzó, cuidadosamente, es-

crupulosamente, a quitar una a una las trabas que retenían cautiva a su amiga.

Cuando llegó la doncella, ya Pedro Antonio había terminado su misión libertadora.

—Está visto—dijo—que los médicos servimos para todo, hasta para redimir cautivas.

Lucinda intentaba inútilmente disimular su turbación. Aceptó, por último, la mano de Pedro Antonio, y descendió...

—Veo que se ha hecho usted sangre, dijo Lucinda.

—¿Sangre?

—Sí, se ha herido usted. Vea esa manchita en el dedo...

—¡Ah, sí; esos malditos picos!... Primera herida que recibo en el campo de batalla... Merezco, amiga Lucinda, una cruz por mérito de guerra.

Y en amable discreto, Lucinda y Pedro Antonio caminaban en dirección al pórtico: ella, altiva y seductora, delante; él, pensativo y cabizbajo, detrás...

¡Real moza la primita de Gonzalo!, pensaba.

Estaba en verdad muy garrida con su falda oscura y su blusa blanca que dejaba entrever bajo la urdimbre sutil la gracia mórbida de su busto, guardador de divinos secretos...

—Vamos a ver a mamá—dijo ella—. Hace días que está impaciente. Siente verdadera debilidad por usted.

A los pocos momentos, Pedro Antonio entraba en la alcoba de doña Asunción. Había en la estancia un silencio profundo. Una media luz daba un tono de vaguedad y misterio a las sombras. En uno de los rincones veíase encendida una lámpara ante una imagen y en un testero de la pared, un extenso cuadro con un Cristo exangüe y dolorido...

En el fondo, entre la penumbra del lecho, resaltaba la cabellera blanca de la anciana.

Al ver a Pedro Antonio rebotó su semblante de júbilo, y sacando fuerzas de flaqueza hizo un movimiento para incorporarse en el lecho.

Pedro Antonio besó las manos de doña Asunción.

La «abuelita», como la llamaba desde sus tiempos de estudiante, cuando le llevaban por vacaciones a pasar unos días en la quinta, era una dama de expresión dulce y amable. Había en ella un sello de ternura y distinción: una de esas damas que parecen llevar en el rostro toda la ejecutoria de su nobleza. No era una aristócrata propiamente dicha, pues carecía de linajudos títulos. Pudo haber sido marquesa de Latorré, y no lo fué por su modestia y también porque repugnaban a su carácter ostentaciones y vanidades. Conformábase con que la llamasen doña Asunción, a secas, sin más apodos ni requilorios. ¡Nada de pergaminos, nada de oropeles, nada de vanaglorias! Eso, para sus parientes, que tenían más escudos y chirimbolos de nobleza, que doblones sus arcas, vacías y apolladas...

Frisaba su edad en los sesenta. Hasta diez años atrás había conservado un gran vigor físico; después, los constantes disgustos de familia convirtiéronla en una ruina. Casi siempre estaba encamada, llena de lacras y reuma... ¡Ah, la familia! cuántas contrariedades, cuántos sinsabores habíale causado la familia. Era, puede decirse, una víctima más de aquellos Latorre pródigos, libidinosos, mujeriegos, que metían sus hembras hasta en la alcoba matrimonial, ebrios de placeres, irrespetuosos con sus propias esposas...

No quería ofender la memoria de su marido; mas era indispensable contárselo todo a Pedro Antonio. ¿A quién mejor que a su médico? Además, no estaba bien hablar de aquellas cosas inmundas a quien hubiese de prestarle, en la hora suprema, los auxilios espirituales... Y lo contó todo, refirió hasta los más íntimos secretos de familia. Habló, entre otras cosas, de la licenciada vida de don Julián, su marido, uno de los más calaveras de la estirpe; de cómo se pasaba meses enteros en diversiones, bailes y bautizos con las medianeras... No le iba en zaga, aunque creyéranle las gentes un virtuoso, don Alonso, el padre de Gonzalo, que parecía un verdadero misántropo... Dábale por los amores misteriosos, de escaleras arriba... Tenían, además, todos

aquellos Latorre una desenfadada pasión por el dinero; disputábanse como lobos hambrientos las herencias. Por obtenerlas, hasta eran capaces de deshojar sus blasones a los pies de una criada rica...

Con todas aquellas impudicias se habían amasado los dos millones del tío Felipe... Doña Asunción sentía como una honda repugnancia cuando le hablaban de que aquella fortuna pasaría a Gonzalo y Lucinda, si la suerte les deparaba un vástago... Además, había que pensar en aquel ladino de Don Cleto y en aquel mocetón ambicioso de Mauro, que había tenido la osadía de presentársele a Lucinda. Aquella gente no cesaría de urdir complots y preparar encrucijadas, disputándose los millones de los Latorre...

¡Ah, la familia!, parecía decir constantemente el rostro afigido, surcado de lágrimas, de doña Asunción. Y, tristemente, llena de rubor, terminó por decir: —Aún hay más, Pedro Antonio: Uno de aquellos señorones, al ver que sus hijos nacían roídos de podre y desaparecían luego, uno a uno, como heridos por el rayo, mandó que se grabase en la casa de Risco-Viejo la inscripción que aun se conserva: «Mea máxima culpa»... ¡Aquel Latorre quería execrar su delito y aliviar su conciencia!...

Cuando hubo terminado doña Asunción la historia de la familia, pidió a Pedro Antonio noticias del estado de Gonzalo. Quería saber toda la verdad.

Pedro Antonio no debía ocultarla. Sería indigno de él, indigno de la confianza que en él había depositado aquella buena y desventurada señora, poner sordina a sus pesimismo.

—Gonzalo—dijo—, muy grave; cada vez más grave...

Y refirió a la anciana los progresos que había hecho la enfermedad, los delirios de Gonzalo, sus exaltaciones y sus olvidos...

—¿Pero es posible?—preguntó—. ¿El, que no soñaba más que con la prima?

Hubo un momento de silencio, de tenebrosidad, de comunión espiritual entre el alma joven de Pedro An-

tonio, presintiendo la tremenda catástrofe que se venía encima, y el alma desgarrada de la madre, pensando en el cruel sacrificio de su hija... ¡La hija del alma, sin otro amparo ni otro amor que aquel hombre enfermo, inútil, desvalido!...

Pedro Antonio no osaba decir palabra. Temía aumentar las tribulaciones de la anciana, ahondar la herida que podía acelerar su fin.

Quiso hablar de otras cosas, pero comprendió que era inútil su intento. Doña Asunción se preocupaba más y más de la suerte de su hija. Veía que la tormenta se acercaba a pasos agigantados...

No había tiempo que perder; era necesario que la joven se diese cuenta de su situación, y, sobre todo, quería saber, antes de entregar su ánima a Dios, qué iba a ser de Lucinda, qué iba a ser de aquel tesoro de honestidad y virtudes excelsas. Quería saberlo pronto, pronto...

La anciana se fatigaba demasiado. Con frecuencia llevábase las manos temblorosas al corazón enfermo, que palpitaba acelerado, doliente, como el «tic-tac» de un reloj descompuesto, sin gobierno...

—Pedro Antonio—dijo—, conviene avisar a Lucinda de la gravedad del primo Gonzalo... No ocultarle nada. Es necesario hacerlo enseguida, rápidamente. Me atormenta el terrible contraste de ver a su primo herido de muerte, y a ella, alegre, preparando sus ropas de boda... ¿Qué dices tú, Pedro Antonio?

—¿Yo?...

La voz se le añadaba en la garganta.

Hubo otro silencio. Doña Asunción no podía ya resistir más... Hundió su cabeza en la almohada, y dió rienda suelta a su llanto... ¡Mi hija!... ¡Mi hija!...

A Pedro Antonio aguáronsele también los ojos...

Tuvo un instante de vacilación e incertidumbre. Pensó en decirsele todo a doña Asunción; pero desistió en el acto de su idea. No puede ser, se dijo, sería una villanía, una traición a Gonzalo... Y procuró disimular

aquella lucha sorda, que comenzaba a inquietarle: ¡a él, el hombre sereno, inmovible, sin pasiones!...

Quería salir de una vez de la alcoba. Respirar aire, ensanchar sus pulmones, reposar su imaginación extrañada.

A Pedro Antonio le seguía destrozando el alma aquella súplica enternecida de doña Asunción: «¡Mi hija!... ¡Mi hija!...» Y parecía como si estas palabras le martillasen en el cerebro.

—¿Por qué no la defiendes? ¿Por qué no la salvas?... —decíale la atribulada dama.

Había que tomar una resolución rápida, enérgica, decisiva.

—Perdone la «abuelita» —dijo— volveré a la noche. Ahora me espera Gonzalo. No hay tiempo que perder.

Y besó las manos de la anciana, que se le tendían en ademán maternal, de infinita ternura.



Cuando Pedro Antonio salió al corredor soleado y alegre, entreabrióse la puerta de la estancia de Lucinda, y la espléndida moza adelantóse, risueña, hacia él.

—¿Cómo encuentra usted a mamá?—le preguntó.

—Aliviada, bastante aliviada, Lucinda. Sin embargo, no la abandone usted. Esas enfermedades del corazón requieren una estrecha vigilancia. Por lo demás, no hay que preocuparse de nada. Aun hay «abuelita» para rato.

Y preguntó: ¿Qué ha hecho usted que la veo tan fatigada?

—Nada, Pedro Antonio; es que estoy ahora de confitera... ¿No ha oído usted hablar a Gonzalo de mis famosos bizcochos?...

—¡Ah, sí!—exclamó Pedro Antonio—sabía que son unos bizcochos celebérrimos, dignos de la inmortalidad... Ya sabe usted que a mí los dulces no me sientan bien...

—Es usted un hombre especial, único, admirable en todo. Ni le gustan los dulces ni las novias, ni nada. De-

be usféd resultar muy económico para una casa de familia...

—Rectifique usted—dijo Pedro Antonio—, me gustan las mujeres que hacen bizcochos... aunque no los coma. Y respecto a las novias, ya sabe usted lo que he dicho en otras ocasiones: hay muchas platónicas en este mundo...

Y abandonó la galería, llena de sol y de gorjeos de pájaros, y dispúose a descender por la escalera.

Lucinda quiso acompañar a Pedro Antonio hasta la puerta.

—No se moleste usted—díjole con galante reverencia—. Volveré a la noche a ver a su mamá. No la abandone usted...

Cuando salía por el portal, Pedro Antonio parecía que iba ensimismado.

¿Qué extrañas ideas le abejoneaban en la cabeza? ¿Habría cometido la tontería de enamorarse? ¿Qué imbecilidad!, pensó; sería una claudicación imperdonable.

De pronto, al llegar al jardín, acordóse de la escena en que pocos momentos antes había intervenido. Pensó en la turbación de Lucinda, en las suaves manos que habían estrechado las suyas, y en aquella gotita de sangre que vió brillar en sus dedos, pequeña y encendida como un rubí...

Pero ahora no era Lucinda, la espléndida doncella de Lucinda, lo que se hallaba en rehenes.

Era él, el hombre hermético, «incombustible», el que parecía prisionero allí, con toda su infusa ciencia de doctor.

Y, rápido, nervioso, excitado, desapareció por los senderos del jardín...

Volvía a casa del enfermo.

CAPITULO VII

Por Ramón Gil-Roldán

La mañana de un domingo en la plaza de la Constitución.

Un grupo de «chauffeurs» sale del Café Belga y se aposta en la esquina del Hotel Victoria, a la cabeza de su escuadrón de automóviles inmóviles, alineados a lo largo de la calle. Estos coches recién lavados y engrasados tienen el aire dominguero y parecen como satisfechos de su limpieza y conscientes del buen día que harán pasar a sus alquiladores, los buenos muchachos del comercio que saldrán hoy a los pueblos del interior, de francachela y merendona, o tal cual familia burguesa que irá a comer su chesne con papas a la sombra del parral en la finquita propia, gratamente extendida en la falda de un cerro, entre la fronda del monte y el dorado mar de trigo de las medianías.

Otros grupos de jóvenes peripuestos con vistosos trajes de lanilla, sombreros de palma, y clavel al ojal, ocupan las esquinas de la calle del Castillo, hablando alto y alegremente, mientras dicen y compran flores a las vendedoras campesinas, que les sacan donosamente las pesetas entre sonrisas y guiños de ojos y un zafio y rotundo replicar por lo claro a cada frase o piropo de doble sentido.

Circulan contoneantes y ligeras las criaditas de ser-

vicio que vienen de hacer su compra en la Recova o la Pescadería. Las más bonitas y jóvenes ponen gran empeño en cubrir con el mantón los cestos que delatan el bajo menester a que se dedican sus bellas portadoras, y mientras se recogen la falda, con afectado aire señorial, surgen de entre los flecos, el verde pompón de una escarola chorreante de rocío, la rojez agresiva y brilladora de un manojo de rábanos o el ojo lacrimoso de un besugo, que parece mirar con resignada impotencia el zapato de charol y la media calada que aseman en los bajos de la chica, dando indiscretos motivos para que el besugo sospeche que no sea la gentil mocita muy fiel guardadora del séptimo ni el octavo, ni acaso de algún otro mandamiento de la Ley de Dios.

Pululan los limpiabotas yendo de uno a otro banco de la plaza para desempeñar su académica tarea de limpiar, fijar y dar esplendor a los pies del prójimo.

Allá, frente a San Francisco, algunos cocheros, tumbados en decúbito lateral sobre sus pescantes, delectan los periódicos de la mañana, que los chiquillos pregonan con un sonsonete rítmico y estridente, como el canto de los versistas de Catedral. En los cafés entran y salen los bebedores mañaneros, militares que se dirigen al cuartel; tenorios madrugadores que ya han recorrido el mercado y el muelle, a la conquista de domésticas frágiles, de las que dan razón al besugo susodicho; empleados de casas consignatarias que van al despacho de vapores. Todos ellos son parroquianos fijos, que cumplen religiosamente con el deber de ingerir cada mañana tres o cuatro copas de cazalla o ron Bacardí. Más tarde llegarán consumidores de los llamados aperitivos: el «ruso», el «mojo» y el «gin and bitter», brevajés de mixtura que requieren ser bebidos poco antes de almorzar para que surtan su efecto de quitar en absoluto las ganas.

Los mercaderes indios han abierto ya sus tiendas, y después de marchar algunos con su petate a la espalda en dirección al puerto, otros se aplican a tender en las paredes y puertas del bazar vistosas telas orientales y

ricos calados del país, esforzándose supersticiosos por vender en seguida cualquier objeto para asegurar un buen día de negocio... «Señor, compra esto, blusa seda barato, fino... esto aneja bueno, fino... esto traba, peine, prata India fino...»

Ya comienzan a formarse en la acera de la cervecería de las «Cuatro Naciones» los grupos de parroquianos y tertulios del agradable mentidero.

Un señor desocupado, asiduo concurrente a la puerta del café, hace media hora que llegó y ya se ha ocupado a voces del problema de la traída de aguas, del impuesto sobre el azúcar, de la guerra y de «La garra». Da su opinión sobre todo en términos violentos y agresivos, a pesar de que es conservador y ortodoxo. Lo mismo se mete con el alcalde, que con los periodistas, que con el generalísimo Joffre. Con una agilidad de pensamiento verdaderamente aeronáutico, salta de la galería de Roque Negro a la orilla derecha del Iser, y de los lagos mazurianos a la Junta de Obras del Puerto de Santa Cruz.

Muchos de los concurrentes le escuchan declamar contra el Universo, acompañándose con recios golpes de su bastón en el piso de la acera y los más se dedican a hacer apostillas y chistes cada vez que emite un juicio el implacable Catón.

En el interior del café y sentados alrededor de las mesas llenas de números trazados con lápiz, se reúnen los «porreadores», seres de complicada psicología que invierten horas y horas en jugar a los dados pasando de la mano al velador el cubilete de suela, y del mármol a la boca el brillante cáliz donde hierve en espuma el «mojo» aromático, amarillea el «ruso» pastoso y acre o dan reflejos opalinos el «gin and bitter» y el cazalla con sifón:

Un señor de Icod, largo y seco, como la momia de un mencey guanche, preside y lleva la voz en una de las mesas de «porreadores»... «quientas... seiscientas... mil » a él no le toca nadie, todos los miembros de la trinca están bajo su mando; y en un avance de sus

brazos luengos y sarmentosos arroja de un golpe el cubilete y saltan los dados, como vivos, en todas direcciones, mientras lanza una carcajada el señor largo y seco e inunda de un solo trago su gaznate con el contenido de un gran vaso, en que la mano próspera de Andrés combinó en detonante mezcla whisky, fernet, vermouth y demonios coronados.

—¡Ja, ja, ja! Todos están bajo mi reino.

Rompiendo con los codos la muralla de «parroquianos» que ya cierra las entradas del establecimiento, aparece el simpático Manolo Villa. Este personaje, gran amigo de Gonzalo Latorre y de Pedro Antonio el médico, es un sujeto alegre que da a la vida su cara siempre sonreidora; derrocha a troche moche su ingenio, y sabe siempre poner en romance paladino los graves y los jocosos acaecimientos que van hilando la historia de estas siete carabelas de basalto, que el cataclismo de la Atlántida dejó flotando en el mar, como un grato mesón hospitalario erigido en la mitad de la ruta de ambos mundos.

Poeta y pintor, sus versos y sus apuntes dánle rápido acceso al camerino de toda clase de artistas, entre las cuales vive y triunfa a pincelada y seguidilla limpias. No hay cómica que haya posado su planta en Tenerife que no le conserve en sus recuerdos y todas le recomiendan a las que llegan por primera vez, viniendo así a ser el mozo como una especie de agente consular del arte femenino.

Es correcto de traje, completamente rasurado, ágil y ligero como una ardilla, y tiene sonrosada la tez, cual la de esos señores obispos que vemos retratados en algunos templos de aldea. Le acompaña un campechano portugués, bajo de estatura, grueso de abdomen, corto de cuello y anchísimo de hombros, sobre los cuales se posa una gorda cara placentera y sonriente. No queriendo perder el tiempo, ambos se dirigen al mostrador y de pie apuran, rápidamente el portugués y a pequeños sorbos el poeta, sendos vasos de whisky con soda.

—¡Salud!, ilustre Archimencey, dice el poeta, diri-

giéndose al jefe de la trinca porreadora, en reverente actitud.

—«Saude e fraternidade», añade el portugués; y el Mencey replica, levantando casi hasta el techo un nuevo y enorme vaso de mixtura infernal.

—¡Salud al egregio vate! ¡Salud a las naciones extranjeras! Vengan a sentarse aquí, bajo mi reino. Cuenten, cuenten noticias; alegradme la vida, vasallos.

—Noticias frescas. Ya tenemos aquí la compañía de opereta. De un momento a otro saltarán las adorables vienesitas de biscuit; las divinas walkirias germanas; las polacas, las rusas corpulentas y macizas.

—Muchacho, tráeme un «ruso».

—A mí una rusa; que me traigan una rusa, para tenerla bajo mi reino.

—De Las Palmas han llegado anoche don Cleofás y Periquito Firme. Acabo de saludarlos. Regresaban de a bordo del «Citta di Génova», en que viaja la compañía, y aseguran que es fantástico el trapío y tono de las artistas... Para que nombren al ruín de Roma: Aquí está don Cleofás. ¡Amigo, y lo que se trae el hombre!

El enorme don Cleofás, una especie de coloso de Rodas con sotabarba marinera, avanza por el centro de la cervecería, paseando entre las mesas su imponente personalidad mayestática y abriendo camino hasta el rincón de los porreadores, hacia un velador desocupado, a una gentilísima mujer del más elegante y distinguido porte: una belleza retadora, agresiva, señorial.

Bajo el velo de viaje, la cabellera de oro auténtico, se arrolla como una corona olímpica en derredor de la cabeza majestuosa y arrogante, de puro contorno griego. Dijérase una Minerva resucitada, o más bien, por el aire dominador y regio del firme paso, la visión acabada y avasallante de lo que debió ser en su integridad gloriosa la «Victoria de Samotracia».

En pos marcha un pequeño de cinco a seis años, rubio como ella, pálido de tez y con unos grandes ojos negros escrutadores, cuya mirada inteligente y viva pretende penetrar las intenciones. Mira a los circuns-

tantes con recelo agresivo y toma asiento en una silla al lado de la dama, que le acaricia la sedeña y rizada melena de paje.

Don Cleofás, el empresario, hace las presentaciones.

—La señora Elza Liéder, famosa diva... El señor Manolo Villa, poeta y pintor...

—Poeta y aldeano, gentil señora.

—Tanto honor; y la Victoria de Samotracia inclina sonriente su espléndida cabeza rediviva.

—Me alegra—añade con levísimo acento francés—reconocer a usted, señor de Villa. Ya le conocía a usted de nombre.

—¿A mí, bella señora? Afortunado fui si llegó hasta usted mi humilde nombre provinciano.

—La fortuna fué mía, que pude aprender cómo no se pasa tan mal entre las canarias, de semblante y corazón iguales a los del Teide, ni tan aburrido entre los cuatro muros y el ciprés del cementerio aldeano...

La cara del poeta se le pone de a vara. Abre desmesuradamente los ojos y exclama alborozado y admirado:

—Señora, usted me confunde, me aplasta. ¿Cómo puede ser?...

—Sabiendo cantar folías.

—¡Cantar folías! ¡Hurra!... Mas, ¿cómo explicarme esto?... Su correctísimo castellano... las folías...

Historia antigua. Tuve un marido español que vivió muchos años en Canarias.

—¿Me conoce?

—Acaso.

—¿Se llama?

—No es interesante por el momento. Sepa que quiero ser una buena amiga de usted; lo que se llama una buena amiga; y recalco estas palabras, marcando cada sílaba al compás de batuta de su índice derecho, donde brillaba una enorme esmeralda enmarcada de diamantes.

Fuera sonaron aproximándose los maracanes de la banda del Regimiento que marchaba a la Misa al

compás de un pasodoble compuesto sobre motivos de opereta.

El café se despuebla casi por completo. Los parroquianos salen a la calle precipitadamente y se alinean sobre los pretilos de las aceras para presenciar la marcha arrogante y bizarra de los soldaditos. La misma diva se acerca a la puerta para tomar en brazos a su hijo, que contempla muy grave, por cima de las cabezas alineadas, el paso de la tropa.

El Regimiento se iba alejando; todavía se escuchaban, desgarrados por las cornetas, los últimos compases del pasa-calle de «La viuda alegre».

«¡La viuda alegre!», insinuó el poeta.

—Sí: «La viuda... alegre». ¡Triste viudez la mía!, amigo Villa... Nada; lo dicho: tenemos que ser grandes amigos, replicó la diva, mientras apretaba la mano de su vecino; y en la clara pupila centelleante, destelló por un segundo una lágrima que desapareció apenas nacida, dejando sobre las córneas dilatadas un brillo de puñal trágico.

... ..
Otras dos gallardas mozas rubias y cimbreantes, ataviadas con caprichosas «toilettes», gorros de raras formas y velos y tules de colores pálidos, se acercaron a la mesa de la diva en unión de Periquito Firme.

El «ricardito» estaba en su elemento. Ya sabría él convertir en espuma de champagne la generosa corriente del agua cantarina que allá, en la fértil vega de Arucas hacía fructificar los predios paternos para regocijo y dilapidación del alegre y enamorado vástago mimado del viejo labrador rústico y manirroto.

Pronto quedó establecida entre todos esa franca y amistosa cordialidad que tan fácilmente nace entre artistas de teatro.

... ..
En otra mesa contigua tomaron asiento tres personajes.

Uno de ellos era el doctor Pedro Antonio del Castillo. Los otros dos, un notable literato, todo nervio y

alma de artista, a quien la política aconsejó tomar la vida demasiado en serio, y un abogadillo de pobres que por tomarla demasiado en broma, anduvo siempre con ella a tropezones.

Los tres hablaron de esta suerte:

—¿Con qué dices que está mejor?—preguntó el literato.

—Sí; bastante mejor, y no digo curado, porque de este género de enfermedades de los nervios se sabe sólo esto: que son de los nervios; y cuando menos se piensa o se recrudecen y complican en mil formas siempre distintas y funestas o desaparecen tan rápidamente como vinieron.

—Pero en el caso de Gonzalo...

—En el caso de Gonzalo, como en todos los casos, la tranquilidad de ánimo, la vida reposada y serena, la ausencia de trabajos mentales son las más eficaces medicinas. ¡La terapéutica de la felicidad, chico!... y convengamos en que jugando al cedacito de la felicidad, más de un cristiano iría por ella a la casa en que Gonzalo piensa encontrarla... En los primeros momentos, por la forma del ataque, temí seriamente un desenlace triste y rápido; pero después, a los pocos días, cuando ví la celeridad de la curación y noté rehacerse al hombre, sacando fuerzas de sí mismo en progresión asombrosa, llegué a convencerme de que allí había reservas; que aquello no pasó de ser una simple alteración funcional; algo que puso en serio peligro la vida de Gonzalo, mientras pudo más que él la causa ignota que alteró sus funciones; pero que no existe lesión orgánica, y que por consiguiente tenemos otra vez hombre, gracias a Dios.

—No sabes cuánto me alegro.

He pensado mucho en él durante estos dos meses que han pasado desde que enfermó.

—Pues felicitémonos, porque todo hace pensar que la curación tiene trazas de ser definitiva. Quizá recaiga; todo es posible y más en este caso; pero lo cierto es que, por de pronto, parece bien.

—Y sanará, dijo el abogadillo. Con esa terapéutica de la felicidad y después de la boda unos cuantos vejigatorios de mil pesetas en la parte de la región torácica bacía donde cae la cartera de bolsillo, se cura hasta la neurastenia de Guillermo II... ¡Eso sí que es terapéutica, amadísimo Pedro Antonio! La «pesetoterapia». Toma nota para que apliques el sistema a las clases menesterosas.

—Calla, ganso, replicó el político, atajando la verborrea del abogado.

—Callo porque tú lo mandas, pero que te conste que fueron precisamente los gansos, los que en una ocasión previnieron a Roma contra la barbarie... Las águilas volaban entonces, como ahora, más arriba de la realidad.

—¡Calla águila!

—Ya callo, Breno.

—Haya paz y habladme de vosotros, interrumpió el médico riendo.

—¿De nosotros? Ahora sí que no callo... Este hace elecciones y novelas sentimentales... Yo, cuando no defiendo insolventes, hago literatura barata para echar de comer a las fieras... Déjanos a nosotros; no tenemos interés para el público, que ya nos conoce. Continuemos hablando de Gonzalo Latorre. ¿Se casa pronto?...

Y prosiguió la charla entre los tres amigos, no tan en baja voz que no se percatasen de sus palabras los de la mesa vecina.

Periquito Firme, por no desmentir su esplendidez proverbial había invitado a todos los de la mesa para una excursión en automóvil al interior de la isla... Un paseo encantador. Gran programa. El almuerzo en Taoronte; luego correrse hasta la Orotava para tomar el té en el Gran Hotel Taoro, y de regreso a comer en «Quisisana»... y «a meterse en la cama después».

La proposición fué aceptada con regocijo por todos los circunstantes a excepción de la seora Liéder, que cortésmente dió las gracias y se excusó.

La bella Elza departía confidencialmente con Villa, y a medida que avanzaba la conversación de los de la mesa de al lado, parecía interesarse más por lo que éstos hablaban que por las bromas y chanzas de los de su corrillo.

Ultimamente, cuando oyó pronunciar el nombre de Gonzalo Latorre, palideció, hizo un movimiento como para retirarse; pero, reponiéndose luego, reanudó más aceleradamente sus confidencias con Villa, que le respondía procurando calmar su agitación.

Quando Periquito Firme, que había salido a preparar el viaje, regresaba diciendo que ya esperaban los coches, se dirigió a él y le dijo, con voz entrecortada:

—Excúseme, señor, si he cambiado de opinión... ¡Haría de aburrirme tanto, aquí sola!... ¿Quedará un sitio para mí y para mi pequeño?

—¡Encantado, señora, encantado!

Y partieron los coches escoltados en un corto trecho por la tropa bullanguera y marcial, que regresaba de la Misa, esparciendo en el ambiente luminoso la sana alegría de su rataplán alegre y cascabelero.



Durante los dos meses que han transcurrido desde aquel día en que Gonzalo, después de su terrible delirio, enfermara de tanta gravedad, acaecieron hechos que si no restablecieron la armonía que siempre pareció reinar entre las gentes de Risco-Viejo y sus vecinos, al menos trajeron el imperio de una aparente paz que prometía ser duradera.

Mejorado Gonzalo de su dolencia; resignada Lucinda a la renunciación de la maternidad; habiendo sabido ahogar Pedro Antonio aquel principio de amor que turbaba momentáneamente su habitual estoicismo; castigada la tentativa de homicidio con el procesamiento de

Fortún, el hijo del guarda montes, que supo callar la participación que en el hecho tuviera Mauro; muy medido Don Cleto en sus papeles y trabacuentas, el desenvolvimiento de la vida de todos volvió a ser como siempre, normal.

Sin embargo, una inmensa amargura latente en el alma de los buenos y la larva ponzoñosa de la envidia y el crimen que germinaba en el corazón de los malvados, creaba para todos una segunda vida interior, torturante y ansiosa, que poco a poco acabaría por destruir todos los planes de felicidad y ventura cimentados sobre la exterioridad de las palabras y de las apariencias... ¡Pobres vidas truncadas por la realidad de su ineficacia para el bien!

Solamente en el alma de Gonzalo, el aliento de su inmenso amor ponía destellos de esperanza a la miseria de su condición impotente y crudelísima.

Si, conseguido el perdón de la amada, el colmo de la felicidad le sería dado de añadidura. ¡No podrían tener hijo propio! Pues lo buscarían ajeno. Cualquiera campesina pasiega de esas que ejercen la lucrativa industria de nodrizas; que dan criaturas al hospicio para agenciar monedas con que rellenar el arcón, aceptaría el acuerdo... Cuestión de un viaje... unas cuantas pesetas y luego el regreso a la tierra canaria con el roorro que habría de traer la fortuna... Así quedarían defraudados todos; confundidos todos: los malvados, los perversos, los envidiosos, los protervos... todos confundidos y aniquilados... incluso la execrable memoria de aquel libidinoso, del tío Felipe, que hasta en el estertor de su agonía de viejo sátiro lacroso, dejó la baba de ruindad repulsiva en las páginas de aquel testamento desposeedor e injuriante.

¡Sí; irían en busca del hijo portador de la felicidad... ¿Fraude?... ¿Delito?... ¡No! Obra de misericordia... Este fraude, este delito, traería para una criatura miserable la seguridad de una inmensa fortuna, desde el instante mismo de su perpetración. Sin este fraude, el niño elegido, abandonado por la madre bestial, que so-

lo lo concibiera como un aspecto de la idea de lucro, crecería en una inclusa, entre los hijos del crimen y de la barraganía, y sin calor de hogar ni besos maternos, arrastraría, si llegaba a hombre, el peso de una existencia innominada y marcada de infamia... carne de cañón para las guerras, carnaza de proletario inclusero, que la injusticia social arrojaría al presidio o a la manebía...

¡No, no será esto mi hijo, nuestro hijo!, seguía pensando Gonzalo, sin querer comprender el alcance del sofisma que formulaba, llevado en volandas de su gran amor, al que bastardeaba, sin saberlo, con el bajo interés de la ambición por los caudales ansiados.

¡No, no será esto mi hijo, nuestro hijo!, y llegaba a figurárselo rubio como las panojas de la mies, blanco como la flor del almendro, lindo y puro como la conciencia de su madre adoptiva... y veíalo acercar a la cara paternal sus dos manecitas gordueñas y acariciantes...

No sería carne de sus carnes el hijo ya amado, pero sería alma de sus almas: ellos sabrían formar su espíritu, y esto, al cabo, es la más gloriosa paternidad... Para el placer y la crápula fueron la juventud y la sanidad del cuerpo... ¡No, no heredará mi hijo esta miseria orgánica! ¡Para ti, hijo mío, y para tu gloria lo más noble y levantado que te puede ofrecer el linaje de los Latorre: los timbres de su apellido, la fortuna de sus arcas y el alma entera del último vástago gentilicio que supo, redimiéndose por ti de sus bajas culpas, transmitirte, remozado y redentor, el lustre de sus blasones.

Divagaba así Gonzalo Latorre, paseándose a grandes trancos por el salón de su vetusta casa, desde cuyas paredes los retratos de los antepasados parecían mirarle burlones o coléricos con la impavidez inerte de sus pupilas pintadas...

Abajo, en el patio del caserón, sonaron voces medrosas de mujer.

—¡Ave María Purísima! ¡Desgracia mayor!

—Pero, ¿se han matado?

Y replicaba la grave voz de sochantre del maestro Deogracias.

—Más pudo ser. Gracias a Dios no se ha matado nadie, pero, ¿quién sabe?... están muy heridos.

Gonzalo salió a la galería presintiendo una catástrofe.

—¿Qué es ello? ¿Qué pasa? ¿Por qué alborotáis de ese modo?

Ya subían Dorotea y el sacristán para traer las nuevas al señorito.

—Cuéntalo tú, Deogracias.

—Pues nada, señor; que en casa de la señorita Lucinda...

—¿Qué, qué ha pasado? Hablabas de muerte, de sangre... ¿Qué ha pasado? ¡Por Dios, habla pronto!

—No se asuste su merced que no es para tanto. Y el sacristán relató el desdichado accidente.

Por la carretera y en dirección a la capital, venían aquella tarde cuatro automóviles. Periquillo el de señor Bartolo, con Juanillo el Pelón y el de la Pecosá—¡cosas de muchachos!—, jugaban a arrastrar un cochejo que habían fabricado con carozos de millo y palas de tunera... En la revuelta grande, frente al lagar de la Condesa, pusiéronse a reñir... Distráidos en su disputa—¡cosas de muchachos!—no oyeron las bocinas de los coches que bajaban como centellas y se les venían encima sin remedio... Después—¡no se quería acordar!—, él mismo lo había visto: el «chauffeur» delantero, para evitar el atropello de los chicos, dió un viraje rápido, y perdiendo camino, precipitó por el talud al coche, que fué dando tumbos sin volcar hasta las huertas bajas de Don Felipe... Allí quedó empotrado en un pajar y de allí sacaron entre él y los otros pasajeros que venían detrás, a los que viajaban en el coche caído... ¡Un dolor, señorito Gonzalo! El «chauffeur» sin sentido; una señora, más guapa que una rosa de mayo, con una gran herida en la cabeza; un pequeño niño, también guapo como un sol, igualmente herido en la frente... el único del coche que salió ileso fué un caballero de la capital que era amigo del señorito.

Para prestarles auxilio los trasladaron a la casa más próxima, la desocupada que fué de los medianeros de la señorita Lucinda... y allí estaban, atendidos por ella —¡manos de plata!— y por el señorito Pedro Antonio, que regresaba de la capital cuando conducían a los heridos.

Gonzalo respiró. Lamentable era el caso, pero la desgracia no había dañado directamente a Lucinda, como al principio del relato se figurara.

Vistióse rápidamente el gabán y salió de la casa con el intento de ir a la de su novia y auxiliarle si era menester en el cuidado de las víctimas.

Apenas había dado unos pasos fuera de la portalada, cuando vió acercársele jadeante y descompuesto a su amigo Manolo Villa.

—¡Manolo! ¿Qué te trae? ¿Eres de la expedición? ¡Qué desgracia! ¿Estas ileso? ¿Quiénes son los demás?... Yo iba a casa de Lucinda. Vamos allá.

—No, Gonzalo, he venido precisamente a evitar tu presencia en aquella casa; es decir en la casa en que están los heridos. Te lo ruega Pedro Antonio; te lo suplico yo; escúchame; tenemos que hablar: Tú no puedes ir a aquella casa. ¡Por tu tranquilidad! ¡Por el amor de Lucinda!

—Pero, ¿tú estás loco, o lo estoy yo? ¿Qué le pasa a Lucinda? ¿Por qué no puedo verla? ¡Habla!

—A Lucinda no le pasa nada; te lo juro, escúchame, ¡por Dios!, ¡por la memoria de tu madre!, escúchame. Entremos en tu casa; yo reclamo, por caridad, un momento de descanso.

Gonzalo volvió sobre sus pasos y ya en el salón oyó de Villa el relato de otra inmensa desventura que se atravesaba de nuevo, como una pirámide de dolor, en el camino de su felicidad eternamente soñada y desvanecida.

La mujer que atendía Lucinda era la antigua amante de Gonzalo en Viena, Elza Liéder, la famosa diva de gran ópera, que ahora se había presentado en Tenerife formando parte de una compañía de opereta, con

el firme propósito de obligarle a que reparara su deshonra casándose con ella y legitimando al hijo de ambos que traía consigo.

Villa había intentado disuadirle de su propósito. Ella, que se había unido a la expedición con el fin de conocer la casa de Gonzalo y evitar la próxima boda, que conocía por una conversación de Pedro Antonio en el café, aquella misma mañana, no logró su intención a la ida, porque Villa procuró distraerla con el paisaje diciéndole por último que ya habían pasado. Al regreso, Villa recomendó al chauffeur que acelerase la marcha al enfrentar Risco-Viejo; y la fatalidad puso en el camino unos chicos que reñían por un juguete, para que por no aplastarlos el conductor, se echara encima de todos la catástrofe.

Duro era el trance, pero preferible mil veces que supiera Gonzalo la verdad, a que se le revelase en casa de Lucinda, frente a Elza herida y al hijo también sangrante y lesionado.

Gonzalo escuché el relato, perplejo en un principio, y como anonadado y vencido; mas a medida que el buen amigo avanzaba en su relación, la realidad fué surgiendo a su vista y una ola de amargura infinita que parecía brotarle a raudales y borbotones de las mismas entrañas del alma, donde tiene la vida su rai-gambre misteriosa, y que ascendía por el pecho en espasmos asfixiantes, le atenazó la garganta como una garra carnífera.

Pálido, desencajado, cadavérico, púsose en pie rápidamente; llevó sus manos crispadas al cuello, cual si pretendiera arrancarse de un zarpazo aquel dogal que le ahogaba y pudo al fin lanzar un grito estridente, agudo, desgarrador como el de un apuñaleado y después, cayendo de nuevo en el sillón, un sollozo de congoja inacabable... Lloró, lloró a torrentes el malaventurado caballero, sobre la tumba de su porvenir destruido, las culpas de su pasado de amor.

¡Su pasado de amor! La actualidad terrible y amar-guísima, al descostrar la llaga viva del recuerdo, hacía

imposible el puro amor de ahora, las ansias de redención por el amor de Lucinda, ante la presencia de aquel otro amor que también fué puro para la inocencia atropellada y escarnecida de la triste Elza Liéder, la noble dama vienesa que se entregara a la seductora prestancia del galanteador diplomático y que abandonada después viniera a caer rodando, como un alud de miserias, desde su alta alcurnia aristocrática a la pobre condición de una artista asalariada de opereta bufa...

¡Y luego el hijo! ¡Aquel hijo suyo, de Gonzalo Latorre, carne y sangre de su cuerpo mismo! Hijo, hijo de verdad; no supuesto ni comprado para tapadera y coonestación de un insano afán de riquezas.

El, Gonzalo Latorre, tenía un hijo, y este hijo auténtico de un amor culpable, se presentaba ahora como un vengador, blandiendo en sus débiles manos infantiles, sobre la mísera cabeza del padre engañador, la espada de sus derechos...

Recordaba su nacimiento en aquella casita de los arrabales de la gran urbe austriaca, en brazos de la madre sonriente, que se lo mostraba como un trofeo de su amor, orgullosa de él y convencida de que este amor sería eterno, consagrado por las prometidas nupcias siempre aplazadas y finalmente rotas, aquel día en que él buscó el pretexto fútil de una discusión baladí para poner tierra de por medio y abrir campo a su afán donjuanesco y fanfarrón de nuevos amores.

Se horrorizaba de sí mismo. El no había hecho cosa distinta que lo que hacen aquellas madres industriales a quienes quería ahora comprar un hijo para acrecer fortuna, engañándose con la sombra de una paternidad espiritual que no era más que una careta con que impudicamente pretendía disfrazar la ruina de su propia personalidad, como un mascarón grotesco y borracho, que pagado del brillo de sus lentejuelas, diera en no conocer su ridícula persona creyéndose un gran señor.

Aquí estaba el hijo verdadero; y él—¡oh, Dios!—no

corría hacia el inocente para levantarlo en sus brazos y entronizarlo en el solio de sus derechos.

—Expiación, Karma, Destino! ¡Deidades infernales o angélicas! ¡Gravitación de las almas a su Centro!... Lo que fueran la vida y la muerte, lo que fuesen la Verdad y el Sendero, fuérale revelado—¡oh, Dios!—y rasgárase el velo de las sombras aunque fuera con un rayo del Cielo! y Gonzalo Latorre lloraba, lloraba el mísero... y el velo de las sombras no se rasgó y las tinieblas caóticas del remordimiento siguieron anegando los medrosos rincones de su pobre alma atormentada.

Largos minutos duró la crisis desesperante...

Villa había mandado a buscar a Pedro Antonio...

Pedro Antonio entró.

—No, amigo, hermano mío, no es el médico quien me hace falta; el amigo, sí; el hermano, sí; pero el amigo y el hermano no me han de dar la solución de este inmenso conflicto que me mata.

—¿Qué hacer?... ¡Hacer el bien! Pero, ¿cuál es el bien? ¿En qué regiones siderales se esconde que no baja sobre mí y me encauza por su senda.

¿Renunciar a las riquezas?... ¡Lo de menos! ¿Renunciar al amor sin mancha y redentor de Lucinda? ¡Es demasiado!... ¿Reanudar un amor cuyos lazos se rompieron, arrastrando la vida farandulera, en la pasiva condición cobarde de marido o «souteneur» de la «prima donna»?... ¡Espantoso!... Pero, ¿y ese hijo al que no sé si quiero y al que debo querer?... ¡Pedro Antonio, Villa, amigos míos, iluminadme, decidme, por Dios vivo, el camino que debo seguir!

—Gonzalo—replicó gravemente Pedro Antonio—, el hermano y el médico te ordena reposo, reposo absoluto. Para estos momentos decisivos de la vida, nada puede prestar la ciencia más que el abandono al tiempo que todo lo resuelve... Sobre esto otro del bien y el mal; del buen camino y del mal camino, nada tampoco puedo yo aconsejarte; que también marchó a ciegas por el mundo, ahogando muchas veces los impulsos de mi corazón para no quebrar mis deberes ni macular mis afectos.

tos... así y todo, aún a pesar de mi coraza estoica y de mi reir a la vida, la fatalidad puso también piedras en mi camino y aún me lapidó despiadada con los guijarros de la senda de otros; también yo sufro, Gonzalo, y no me preguntes por qué ni por quienes... Compadézco tu dolor moral, pero no puedo calmarlo... Reposa, amigo, y no vayas, por caridad, a la casa de los beridos, mientras estén en ella Lucinda y esa desdichada mujer.

Gonzalo continuaba llorando.

Villa intervino solícito.

—Amigo, trances son estos en que la opinión nuestra nada puede resolver. Pobres de espíritu, soñadores o prácticos, no tenemos los hombres del día más moral que la de nuestros poemas o nuestros libros de caja. No somos ni buenos, ni malos. Miramos a la vida como un sport o como un yunque, donde gastamos nuestras energías o forjamos nuestros trabajos. Para estos trances vale más el consejo de cualquier anciano bondadoso. Un hombre bueno, que mire más arriba de las tejas, no en poética ensoñación ni en demanda de consuelo, sino en cumplimiento de un deber de pleitesía y culto hacia lo desconocido, que ellos presienten y aman, acaso porque están más cerca de la Verdad...

—Razón tenéis, amigos, mi alma necesita del reposado consejo de un justo, que no esté cegado por los destellos fatales de las pasiones terrenas. Por favor, traedme al bueno de Don Benigno; prevenidle del terrible caso y rogadle que venga. A él abriré mi alma, y ponga Dios en mi corazón la luz que tanto he menester.

... ..

Dos horas largas duró la entrevista... En la obscuridad del salón vetusto confundíanse las palabras desgarradas de Latorre con la débil voz del anciano, cariñosa y armonizante... Al terminar, Gonzalo acongojado, con la triste cabeza cogida entre los puños crispados y

fríos, balbuceaba contrito entre sollozōs, mientras el viejo sacerdote trazaba en los aires la señal de la Cruz,

«Mea culpa, mea culpa,
mea máxima culpa.»

*

Transcurrieron los días. Ya los enfermos mejoraban y pronto habrían de sanar. Las heridas no fueron de tanta gravedad como temiera Deogracias, en su fantasía ponderativa y noveladora.

Lucinda seguía atendiéndolos y pasaba largos ratos con ellos, cuando se lo permitían los cuidados de su madre, cada vez más achacosa.

El continuo trato y la compasión inspirada por el dolor, engendraron entre las dos mujeres un afecto fraternal y hondo, de simpatías que se compenetran y funden.

Gonzalo veía a Lucinda en su casa, excusándose de visitar a los heridos por prescripción de Pedro Antonio, que le ordenara no sufrir emociones después de su última enfermedad.

A nadie había contado Latorre sus propósitos ante los nuevos accidentes surgidos.

Una tarde Lucinda contó a Gonzalo sus amistades con la bella señora herida. Habíala hecho conocer Lucinda sus amores y el proyecto de sus próximas bodas... Aquella señora, tan bondadosa, debía tener una gran pena oculta... mal de amores seguramente... Cuando le relatara sus sueños de felicidad, la bella había palidecido y llorado... muchas veces la sintió después llorar a solas; mas nunca llegó la artista a revelar su secreto...

Ahora la acariciaba mucho y la besaba y prodigaba insaciable prolongadas caricias a su hijo.

Gonzalo oyó la relación de su novia pugnando por disimular su intranquilidad... Se despidió antes que de costumbre.

Aquello no podía continuar así, y se decidió a entrevistarse con Elza y abrazar a su hijo. Era su deber.

Elza posó en la frente de su hijo dormido un beso largo y silencioso; después le arropó cuidadosamente y con leve paso salió de la estancia.

Ya fuera de ella, requirió un chal de abrigo que echó sobre sus hombros y encargando el cuidado del niño a una servidora que Lucinda dejaba en la pequeña casa, salió también de ésta y emprendió, carretera arriba, el camino de Risco-Viejo.

La noche era clara y estrellada.

En la inmensidad del cielo, el disco lunar brillaba como una luciente patena litúrgica, bañando en la tibieza de su luz todos los puntos culminantes de la campiña dormida; ponía pálidos destellos en las aristas de las rocas y en el filo de los setos vivos; se reflejaba juguetona en los cristales de los viejos balcones de algún solariego caserón; filtrábase temblorosa y titilante por entre las copas de los eucaliptus pintando, en lucha con la sombra de las hojas, sobre el polvo menudo del camino y en el seno de los surcos de labor, mil y mil arabescos movedizos y caprichosos; dejaba sobre el área de los plantíos y sembrados como una pincelada de blaucuzca tonalidad y extendía, en pleno triunfo de las sombras, sobre la infinita planicie del mar en calma, todo el haz transparente de su manto, argentino y sutil, como un velo de novia.

Tres majestades presidían el misterio nocturno.

Abajo, en la lejanía del horizonte, empezaba el imperio del mar aquietado, terso e inmóvil como un incommensurable espejo de acero, bruñido por la luna... la claridad grisácea de su inmensa superficie aparecía surcada de múltiples fajas de diverso tono y en el centro mismo de la gran estepa líquida abría, como un milagro la ancha franja centelleante de claridad lunar, que se perdía en la línea del horizonte, igual a un ca-

mino de hadas que condujera vía recta a la Eternidad y al Infinito.

Acá, en la tierra, a partir de la línea sinuosa de la costa, ascendía la isla en pendiente quebrada por escalones de cerros y vegas, hasta el filo recortado de las cumbres altísimas, como un ingente anfiteatro de titanes dispuestos para presenciar sobre la inmensa palestra del mar, terribles y épicas luchas de las fuerzas de la naturaleza... Sobre todo esto erguía-se, con imponente hieratismo sacerdotal, el triángulo de plata del Teide, apoyando los ángulos de su base sobre el círculo de Las Cañadas y dirigiendo la agudísima punta de su vértice hacia la celeste comba infinita, como el símbolo de la aspiración eterna de la tierra pugnando por acercarse a Dios...

Abrazando a estas dos majestades, la suprema majestad del Cielo cubría como un fanal a la tierra y a las aguas y parecía complacida de contemplar cómo, bajo el amparo de su regazo, el mar y el Teide, ambos en su cegadora brillantez argéntea, rivalizaban con destellos luminosos, disputándose en irisaciones de rayos reflejados la alba gloria de sus nupcias con la luz sideral...

Caminaba Elza solitaria en medio de la noche, y había en el ritmo firme de su seguro paso toda la serenidad alada de una figura angélica, y toda la sobriedad mayestática de una pagana escultura...

En la portada de la quinta de Risco-Viejo, el señor Bartolo, inmóvil y admirado, sujetando al mastín que no ladró a la bella, como si le sobrecogiese su visión, dió paso a la aparecida.

Sin llamar, guiada por la luz de la estancia, penetró en el salón de la casona.

Gonzalo sufrió un estremecimiento ante la presencia de su antigua amada.

Tembloroso y vacilante avanzó hacia ella;

—¡Elza, perdón!... Iba a verte... ¡El niño!

—Excusa, sentimentalismos vanos... Perdón, no...
¡Misericordia!

—¡Mi hijo!

—«Aún», no es tu hijo; no lo verás mientras no seas digno de él... Vine aquí en tu busca; vine por mi honra y por el nombre de mi hijo... Me iré sin lo primero y probablemente sin lo otro... Tú decidirás.

Conozco a tu novia, sé de sus amores puros... ¡Que seas muy feliz, Gonzalo Latorre!

¡También yo fui pura y caí por tus celadas y por mi gran amor!

Caí y en mi caída llegué hasta la vergüenza de venir a implorar tu mano como una menesterosa. Las manos blancas y cándidas de tu prometida, al restañar la sangre del hijo mío, cuidado por aquella inocente con cariño materno, me señalaron otro camino... No ansío ya tu nombre para mí. Si quieres dárselo al hijo que engendraste, hazlo cuando quieras... Espero que sabrás hacerlo... yo sabré inventar una historia mentida, para que cuando llegue a ser un hombre no maldiga tu memoria.

Vengo a decirte que me voy y te dejo en libertad de que triunfes y goces. No porque te perdone, sino porque me inspiras misericordia, y sobre todo porque la gratitud que debo a esa ingenua muchacha me niega el derecho para truncar violentamente su felicidad y su vida.

Gonzalo, trémulo, replicó:

—¡Perdón!, también tu perdón, divina Elza.

—Perdón, nunca. Piedad, sí; misericordia, sí... ¡Perdón, no; perdón, nunca!

Han sido muchas mis lágrimas para que yo te perdone. Renuñación, si persistes en dejarme. Perdón, no.

Hizo un movimiento como para partir y, a su pesar, quedó clavada al suelo.

Luego prorrumpió en sollozos...

—Creí encontrar en ti un resto de amor... Veo que

eres frío y plañidero, como aquel «máxima culpa» de tus blasones, que te envanecía de falsa bondad... Pues bien; yo quiero ser contigo más generosa que el mendicante mote de tu escudo... ¡Hombre miserable y vano, egoísta empedernido!, sabe que yo, Elza Liéder, la víctima de tus concupiscencias, tu querida abandonada, tu antigua carne de placer... ¡yo te perdono!

— ¡Elza!

— Te perdono y huyo de ti con el tesoro de mi hijo... Huyo de ti para llorar la triste viudez de mi vida, cantando gayas canciones de opereta cómica... La triste viuda de Gonzalo Latorre tornaráse en la viuda alegre del cartel de colorines, anunciado con bombo y platillos en las esquinas de las pequeñas ciudades provincianas.

¡Te perdono y huyo de ti, porque, a mi pesar, te amo!... Te amo, Gonzalo, con la misma pasión con que entregara a las exigencias de tu lascivia las primicias de mi carne virginal!

¡Adiós, te amo y te perdono!... ¡Que seas muy feliz, Gonzalo Latorre!

Y partió anegada en llanto.

.....

Pasados dos días se comentaba en el café de las Cuatro Naciones el siguiente suelto que publicaron los periódicos de la mañana:

«Anoche, a consecuencia de un síncope que sufrió en el momento mismo de salir a escena la diva Elza Liéder, que hacía su debut, fué necesario suspender en el Teatro del Parque la representación de «La viuda alegre» en que tanto se distingue la famosa cantante.

Nos dicen que la salud de la artista inspira serios temores.»

— ¡Neurasténica perdida!—dijo Periquito Firme—. ¿A qué mujer de teatro se le ocurre pasarse la tarde llorando a lágrima y moco y entonando el «mea culpa» antes de salir a enseñar las pantorrillas y a cantar «La viuda alegre»?

Una carcajada general acogió el dudoso chiste.

CAPITULO VIII

Por Guillermo Perera

Hora es ya de dirigir una mirada hacia atrás, a manera de investigación, para poderos explicar algunos de los hechos acaecidos en esta historia.

Cuando al día siguiente de su llegada a la casa solariega, después de seis años de ausencia, vió Gonzalo Latorre en el pórtico del claustro la para él fatídica inscripción: «Mea máxima culpa», recordarán los lectores su inexplicable sorpresa por no haber reparado en ella hasta aquel preciso momento.

¿Cómo no me he fijado antes en tal letrero?, se preguntó entonces lleno de confusión. ¿Qué significan esas letras, que aunque no dicen más de lo que dicen, en mi alma parece que se reflejan como en el espejo de mi vida, pero de una vida que siendo mía no he vivido?

Y cada uno de los viejos caracteres de la vieja inscripción le parecían ojos de sibila que le hablaran de un pasado desconocido y de un futuro ignorado, como ojos que salieran de sus órbitas hinchadas por el espanto.

Mas no es de extrañar la ignorancia de Gonzalo sobre el origen de aquella inscripción que tanto le preocupara.

La mayor parte de su existencia la pasó el joven diplomático ausente del hogar paterno.

Sus estudios del bachillerato, primero, y los de su carrera, después, tuvieronle recluso, año tras año, en colegios y universidades, con los breves paréntesis de las fugaces vacaciones, rayitos de sol que alumbraban la mañana de su amor por Lucinda.

A la vista del enigmático letrado, latió, sin embargo, aunque débilmente, una celdilla de su memoria recordándole vagas y confusas impresiones de su niñez, cuando en la cocina, sitio donde al mismo tiempo que chisporroteaba la leña del hogar, oía a los criados narrar consejas e historietas.

Pero por más que esforzó su imaginación, no se hizo luz en la obscuridad de sus recuerdos. Pasábale lo que al que despierta de un mal sueño sin poder precisar lo que ha soñado.

Entonces pensó en Bartolo.

—Dime Bartolo, tú que has nacido y has vivido siempre en esta casa, ¿conoces el origen de la inscripción que está en el pórtico que da entrada al claustro?

—Señor, aunque no soy muy viejo, sesenta años, una hora de la vida, como quien dice, algo he oído de lo que su merced me pregunta; pero como agua pasada no mueve molino...

—Vamos, cuéntame lo que sepas.

Y Bartolo contó; y nosotros, siquiera sea por la influencia que en el conturbado espíritu de Gonzalo ejercieron siempre aquellos signos, relataremos brevemente lo que el viejo contara.

La causa aparente, o por lo menos lo que de público se decía, de la determinación de aquel pretérito Latorre de hacer esculpir la célebre inscripción, fué el remordimiento de ver morir a sus hijos víctimas de las culpas de su padre, quien al engendrarlos les transmitía el virus de su crapulosa existencia.

Pero en el seno de la familia, al calor del hogar, había en aquellos tiempos quien, a boca chiquita, diera distinta versión a tan sencillo suceso.

Desde muy joven no desmintió este Latorre el espíritu de su raza. La ley del atavismo encontró en él per-

fecta encarnación. Tenía todos los vicios de sus antepasados: tenorioesco, sensual y derrochador. Su carácter era harto complejo, a veces bondadoso, otras díscolo e irascible.

Casado con una bella y virtuosa joven, pudo haber sido feliz; pero pasados los primeros transportes de su ilusorio amor, la dejaba abandonada meses enteros en las soledades del caserón de Risco-Viejo, pues el campo de sus conquistas no se limitaba al pueblo de sus dominios.

Santa Cruz, La Laguna y la Orotava fueron testigos de sus orgías y aventuras amorosas.

De tiempo en tiempo hacía también sus viajes al extranjero, pues, como él decía, los hombres para serlo de verdad necesitan correr mundo.

En medio de sus grandes defectos tenía rasgos caballerosos que le hacían simpático a cuantos le trataban. Era pundoñoso a su manera y estaba orgulloso de su cuna.

Y en tanto él hacía vida de libertinaje y crápula, la santa y virtuosa esposa lloraba entre los paredones de su casa la prematura pérdida de sus hijos y el abandono del esposo adorado.

Cuando éste, cansado, hastiado de sus correrías, regresaba al hogar, nunca escuchó de la cariñosa mujer ni el más ligero reproche, ni notó en sus palabras un dejo de amargura ni un gesto de ira ni siquiera de mal humor. Solamente en sus miradas podía leerse todo un poema de ternura, un raudal de piedad y compasión por aquel iluso que tan locamente dilapidaba su fortuna y derrochaba sus energías y el tesoro de su juventud.

En estos cortos intervalos, la vida de la noble dama parecía deslizarse sosegadamente, pero cuando la ausencia del esposo desplegaba su manto de melancolías sobre su alma, vivía en una continua angustia, en una tenebrosa noche de pesares, donde no se vislumbraban otros resplandores que los que vierten desde el cielo de los ensueños las estrellas del reverdo y de la esperanza.

En Risco-Viejo solía pasar parte del verano un sobri-

no del señor Latorre, a quien, tanto éste como su esposa, querían entrañablemente.

Su carácter dulce y afable, sus excepcionales condiciones de ingenuidad y sencillez, sus morigeradas costumbres y su natural elegancia, le atraían todas las simpatías y los afectos de todos.

Una señorita de compañía que se había visto obligada a tomar doña Beatriz—así se llamaba aquella santa mujer—a causa de las frecuentes y largas ausencias del marido, no tardó mucho en sentirse enamorada del apuesto galán.

La llana y afectuosa cortesanía con que el joven la trataba, hicieronle concebir infundadas esperanzas.

El, ni siquiera se había dado cuenta de los sentimientos que inspiraba a la inflamable doncella, por más que ésta, lejos de ocultarlos, procuraba ponerlos de manifiesto en cuantas ocasiones se le ofrecían.

Conociendo los acerbos pesares de la tía, por quien sentía piadosa conmiseración, todos los anhelos del joven iban dirigidos a mitigarlos con filial cariño; por ella se sentía capaz de inmensos sacrificios y de la más sublime abnegación.

A su lado se sentía dichoso hasta con la tristeza que le inspiraba la tristeza de ella. Con infinita dulzura, con solícito mimo, procuraba siempre adivinar sus más íntimos deseos y sus más ocultos pensamientos para convertirlos en halagüeña realidad.

Ella le pagaba con igual ternura. Todos los cariños maternos, que, viudos por la muerte de sus hijos, lloraban sus nostalgias en su lacerado corazón, celebraron con sosegado regocijo nuevas nupcias con aquel otro hijo que brotara, si no de sus entrañas, de su alma noble, fecunda en sentimientos elevados y esplendrosos.

Pronto comprendió la señorita de compañía con la intuición de los enamorados y con la perspicacia de la mujer celosa, que el corazón del joven ardía por doña Beatriz, inconscientemente, en fervorosa adoración.

El despecho que este descubrimiento le produjo llegó

hasta el frenesí. Al fin comprendió por qué su belleza pasaba inadvertida para el hombre adorado y por qué sus encantos no tenían poder bastante para atraerle.

Rebelóse su orgullo herido, y una sórdida lucha entablóse en su mente y en su pecho.

¡Ah! los celos son malos consejeros y peores enemigos...

A pesar de la intimidad confiada en que vivían tía y sobrino, nunca el dardo de la maledicencia hirió sus corazones. La conciencia de ambos, pura e inmaculada, era, mejor que cota de malla, coraza impenetrable contra el puñal de la traidora sospecha y de la hipócrita duda. El crisol de la calumnia, hirviendo y destructor como volcán, no podría derretir el oro de la honradez de él ni el de la inocencia de ella.

Pero llegó un día en que en el sereno ambiente en que vivían aquellos dos seres, sopló sutil y penetrante el cierzo de la murmuración.

Las hablillas de los pueblos son como los microbios. Nadie sabe de dónde ni cómo vienen, pero todo el mundo nota sus terribles efectos.

A nuestro joven llegó primero que a nadie la fatal noticia.

Ciertas veladas insinuaciones y maliciosas reticencias fueron en esta ocasión los hilos conductores de la infame calumnia.

El noble mancebo quedó aterrado al adivinar las insidias de que era objeto. No lo sentía por él, aunque comprendía las atroces consecuencias que sobrevendrían; sentíalo por los nuevos sufrimientos que había de experimentar aquella noble señora a quien creía amar como a una madre.

¡Siempre los maldicientes actuando de galeotós!

Para conjurar los peligros que presentía y poner dique al oleaje de la murmuración y mordaza a la calumnia, pensó en abandonar la casa de Risco-Viejo; pero cuando nadie lo esperaba regresó el tío Latorre de París, en donde desde algunos meses residía.

Dijose después que alguien, anónimamente, le había escrito lo que en el pueblo se comentaba.

El caso es que de nada se dió por enterado el aventurero señor. Antes por el contrario, nunca estuvo tan cariñoso con la esposa ni tan consecuente con el simpático sobrino.

La tranquilidad, casi la dicha, volvió a reinar en el histórico caserón.

Pero la fatalidad, siempre de víctimas en acecho, llevó un día al apacible hogar el luto y la desesperación.

El desgraciado suceso acaeció estando el señor Latorre de caza con su sobrino.

Al querer éste saltar una pared se apoyó en su escopeta, con tan mala fortuna que se le disparó, matándolo instantáneamente.

Al principio todo el mundo creyó que la muerte del infortunado joven fué debida a tan funesta casualidad; pero muy pronto en el espíritu popular surgió la duda.

¡Cuán dañina es la duda! No tiene nunca para el alma que la alimenta los albores del amanecer ni las negruras de la noche; es un vago crepúsculo que vela con sus tenues sombras, creencias e ilusiones.

El pueblo tuvo dudas y la duda engendra la sospecha.

¿Sería muerto o asesinado?

Nunca se pudo saber.

Poco tiempo después de la aciaga fecha en que ocurrió el horrible accidente que acabamos de contar, la señorita de compañía de doña Beatriz, con gran extrañeza del vecindario, ingresó en un convento de la ciudad de los Adelantados decidida a profesar.

En cuanto al señor Latorre, varió completamente de carácter. No salía nunca de sus habitaciones, no recibía visitas, ni siquiera a la servidumbre dirigía la palabra. Una gran pesadumbre le iba aniquilando.

Una tarde se presentó en la casa de Latorre el Capellán de uno de los monasterios de La Laguna manifestando deseos de hablar con él.

—El señor no recibe, le dijeron.

Pero el sacerdote insistió:

—Dígale que es absolutamente necesario que yo le vea, que tengo que descubrirle un secreto que ha depositado en mí con esa precisa condición una penitente.

Latorre, alarmado por tales palabras consintió en recibir al clérigo.

La entrevista fué un poco larga; pero nadie logró averiguar lo que hablaron durante aquellas horas.

La servidumbre vió luego, con estupefacción, que el señor, con los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado, salía a despedir al visitante hasta el mismo pórtico de entrada; y que después, tras de un momento de vacilación, penetraba en las habitaciones de su esposa.

Tan pronto Latorre se halló en presencia de doña Beatriz, conteniendo las lágrimas y con la voz embargada por intensa emoción, exclamó, arrojándose a los pies de ella:

—¡Perdón, amada mía, perdón!

—¿De qué te he de perdonar, pobre hijo mío?—preguntó bondadosa la noble mártir.

—No me obligues a confesar el motivo por qué imploro tu perdón, pues decírtelo sería renovar la ofensa; no me preguntes nada y dime si perdonas todas mis culpas, todo el mal que he causado en este mundo, sea a quien sea, porque perdonándome tú me perdonará Dios. Beatriz, por toda respuesta le abrazó llorando.

A los tres días de está conmovedora escena, aparecía grabado en la cantería que a la vetusta puerta del claustro servía de hermosa guarnición, la frase

MEA MAXIMA CULPA

como un grito de dolor y de arrepentimiento.

*

Gonzalo Latorre quedó como alelado cuando Elza Lié-der, después de un supremo esfuerzo, salió de la estancia dándole el último adiós.

Viéndola llorar sintió invadido su ánimo por una gran *comiseración*.

Quiso llamar para que la detuvieran, y la voz no fué más que un ronco sonido gutural semejante a un estertor.

Entonces quiso él mismo en persona salir y correr a su alcance, y las piernas débiles y temblorosas se negaron a sostenerle, y se desplomó, casi desvanecido, en el viejo sillón, donde aquel Latorre de la historia de Bartolo, lamentara muchas veces sus desaciertos e infortunios.

Después de tantas emociones como experimentara en aquellos días, la honda impresión que le produjera la visita de su amiga adorada, fué como un mazazo que recibiera en el cerebro privándole de sus facultades; por un instante se oscureció su pensamiento, y su voluntad, de suyo vacilante y débil, quedó deshecha.

Poco a poco fué reaccionando y con viril arranque quiso rechazar sensiblerías, sentimentalismos; pero una ola de amargura subió de su corazón a la garganta, rompiéndose en un sollozo.

En aquel mismo aposento saturado de agradables recuerdos, donde de adolescente se forjó las más risueñas ilusiones, permitió el destino que sufriese el mayor de los pesares: el del remordimiento.

Dirigió a su alrededor una mirada vaga, distraída, y la estancia le pareció helada como una tumba, desierta, desamparada y triste como una cuna vacía; y él se imaginó como un niño arrojado al frío de la orfandad.

Y pensó en su hijo, en aquel hijo que sólo vió al nacer y a quien nunca había dado un beso; y al mismo tiempo creyó escuchar la voz grave y solemne del anciano y virtuoso sacerdote que le aconsejara el cumplimiento de sus deberes, hablándole de abnegaciones, de sacrificios.

Pero contra estos sentimientos que en un instante de contrición los juzgara razonables y lógicos, dignos de un alma noble y elevada, capaz del más cruento sacri-

ficio para enmendar los yerros cometidos, se rebelaba ahora.

Su amor por Lucinda, tanto más grande e imperioso cuanto más obstáculos encontraba, era el espíritu de su rebelión.

No hay sofista más hábil, más terrible y sutil, que el egoísmo humano.

Y Gonzalo escuchaba los acentos de su egoísmo, mientras acallaba los de su conciencia.

—¡Mis deberes!, se repetía recordando las palabras de don Benigno. ¿Cuáles son mis deberes?

—¿A quién verdaderamente debo una reparación? ¿A Elza o a Lucinda?

Y para convencerse a sí mismo y darse una respuesta que de algún modo desvaneciese sus escrúpulos, se argumentaba con mil peregrinos razonamientos que su fecunda imaginación le sugería.

Elza era imposible. Su orgullo de raza y su vanidad se sublevaban ante la idea de hacerla su esposa. Para él, la hermosa vienesa se había hecho «carne de teatro» desde que empezó a rodar, en aventurera peregrinación, de escenario en escenario, exhibiendo sus encantos como reclamo de taquilla; pagándole a los públicos las ovaciones con besos volados; a los periodistas, sus «bombos» y ditirambos, con apretones de manos y sonrisas prometedoras; y tal vez con dulces complacencias sus contrata, a los empresarios.

Y decíale la conciencia:

¿De quién es la culpa de todo eso que sofisticamente arguyes? ¿Quién arrojó a la incauta a esa vida que cationianamente, inexorablemente condenas hoy? La reparación la debes a Elza Liéder, tu víctima.

Pero, ¿y Lucinda?; exclamaba su amor, su grande y eterno amor.

¿La dicha de uno puede nivelar la desgracia de dos?

Y seguía argumentando...

La pobre y desgraciada prima, tan sufrida y constante; viendo año tras año florecer los naranjos de su huerto sin lograr coronarse con sus azahares a pesar de ser

tan querida y nunca olvidada por él ni en medio de sus más interesantes amoríos y devaneos; tan resignada para el dolor, tan solícita para querer, tan santa para perdonar.

¡Cuánto había sufrido por su causa! Porque ella conocía todas las aventuras en que él había intervenido durante su permanencia en el extranjero.

La mal intencionada eficiencia del estúpido Anastasio se había encargado de enterarla de cuanta acción vituperable había realizado.

Con jesuíticos procedimientos, ora fingiendo una candidez de que estaba muy lejos, o una compasión que no sentía, ya empleando la reticencia vil o el canallesco anónimo, iba tejiendo en el alma virginal de la hermosa joven el nido de las dudas y los celos.

Pero ella, que adivinaba el juego, se mostró siempre tranquila e indiferente en presencia del importuno; y cuando éste, haciendo que la cejebraba por graciosa, la refería alguna alegre calaverada del amado, disimulaba, apagando los violentos latidos de su corazón con el argentino vibrar de sus carcajadas, por más que era entonces el ruido de su risa como si el cristal de sus ilusiones se hubiese hecho pedazos.

¡Y pagarle ahora su acrisolado cariño, su lealtad y constancia con el más cruel de los desengaños! No, nunca. Sería asesinarla alevosamente.

¡Oh, si supiera Lucinda que la gentil dama a quien prestara hospitalidad y auxilios era la protagonista de una de las más escandalosas aventuras!

Al hacerse esta reflexión no fué dueño Gonzalo de reprimir un movimiento de furor.

Verdaderamente alarmado llamó a Bartolo.

—¿Ha habido alguien de la casa, le preguntó tan pronto lo tuvo en su presencia, que haya visto a la señora que ha estado aquí hace unos instantes?

—Sí, señor.

—¿Cómo!, exclamó, palideciendo, Gonzalo.

—Digo que sí, porque la hemos visto «Drago» y yo,

los servidores más fieles y leales de su merced, pero ninguno otra persona la ha visto entrar ni salir.

—Creo inútil recomendar el secreto. Estás enterado de todos mis asuntos y siempre he tenido fe y confianza en tu cariño y en tu adhesión.

—Debo hacer presente al señor que esa dama tuvo que haberse encontrado por el camino con don Mauro, que ha un momento cruzaba frente al portalón.

—Mauro no la conoce e ignorando que estuvo a verme nada puede sacar en claro.

—¿Y si observó que iba llorando, no sospechará alguna cosa? Hace días que noto que ese pájaro ronda mucho la casa de la señorita Lucinda y no poco a ésta. Algo trama el muy taimado. A Juanón le tengo advertido que me lo vigile, y por mi parte hago lo que se puede.

—Estoy harto de acechanzas, cansado de luchar y hasta de la vida, mi buen Bartolo. He venido a este lugar en que nací buscando salud para mi cuerpo y paz para mi espíritu, y me salen al paso el dolor y la traición, representados por Anastasio, el falso, el hipócrita amigo, y Mauro, el bastardo, el Trastamara de la familia.

El uno que con sus malas artes me quería robar el cariño de Lucinda, ya llevó su merecido; pero el otro, que maquina en las sombras sus maquiavélicos planes, para robar una herencia, me inspira serios temores.

—No tenga miedo el señorito, que tiene bien guardadas las espaldas. De día, a buen seguro que se atreva a nada; los ruines como él buscan, para hacer daño, las sombras de la noche, y de noche... puede que venga a buscar lana y salga trasquilimocho.

—No es eso, mi querido Bartolo; no es que tema las acometidas más o menos traicioneras de ese ambicioso de Mauro. Me preocupan otros peligros más terribles porque son desconocidos: tengo miedo de que tomen cuerpo real mis pensamientos.

Desde que leí la inscripción del pórtico, cuyo origen me has referido tú, no sé qué misteriosa relación encuentro entre sus caracteres y mi existencia. Con su

mudo lenguaje me parece que me está anunciando mi destino, mi hora de expiación, porque la culpa de los padres recae sobre los hijos.

Aquel mi antepasado hizo esculpir en el pórtico tan expresivo letrero. Yo haré más; lo llevaré mientras viva grabado en el corazón.

—Por Dios, mi amo, no piense de esa manera y acuérdesese de lo que dice don Pedro Antonio: que con el bálsamo de la esperanza se curan todos sus males. Cásese su merced y lo pasado, pasado.

.....

Quando Gonzalo leyó el suelto que daba cuenta de la enfermedad de Elza Liéder, tuvo un impulso generoso: iría a verla y la ofrecería el reconocimiento de su hijo.

Con este acto reparador tranquilizaría su conciencia que no cesaba de punzarle con los alfilerazos de los remordimientos; mas, antes era preciso confesárselo todo a la prima; sería una nueva espina que añadir a la corona que con su desatentada conducta le tejiera. Lucinda, tan bondadosa, sabría perdonarle una culpa más. Pero se lo confesaría cuando fuese su mujer; porque ella tan altruista y magnánima no había de consentir que Elza se sacrificara, aunque truncara de golpe sus sueños de felicidad.

Se casaría en aquel mismo mes, y lo pasado, pasado, como decía Bartolo.

Mauro, fracasada su tentativa de asesinar a Gonzalo, forjó nuevos planes.

La herencia de don Felipe, de su fortuito padre, era su obsesión y por todos los medios quería obtenerla.

Don Cleto, el ladino Don Cleto, enemigo de procedimientos comprometedores, le había sugerido una idea.

—Házte novio de Berta, le aconsejó. Siempre es conveniente tener un aliado en la plaza sitiada.

Y la cosa fué fácil.

La linda y apetitosa doncella de Lucinda, hecha a hábitos señoriles por el frecuente trato con sus distin-

guidas señoras, no se avenía bien a casarse con ninguno de los muchos mozos del pueblo que la cortejaban.

En cambio, por Mauro, que siempre la requebraba, sentía manifiesta predilección. La majeza y bizarría del bastardo la habían cautivado de tal modo, que acogió sus pretensiones con más presteza que la que el pudor y el recato aconsejaban.

Dueño Mauro de la voluntad de Berta, no tardó en serlo de todos sus encantos. Y desde ese instante tuvo una aliada dentro de la plaza, y Lucinda, a su vera, una inconsciente enemiga...

La nueva del próximo casamiento de los primos produjo en Mauro emoción indescriptible. Desesperado corrió a casa de Don Cleto, quien no pareció sorprenderse mucho.

—Eso, temprano o tarde, había de suceder. Pero debes, a todo trance, procurar evitarlo. Te va en ello la herencia de tu padre.

—¡Qué me importa la herencia!, exclamó arrebatadamente el mozo. Ella es el tesoro que más anhelo; la vida daría por poseerla. Nunca imaginé amar como la amo.

—Pues no eres poco ambicioso. ¡Con que a la vez la señorita y la doncella! Déjame una, glotón. Y después de reflexionar breves momentos, añadió el viejo:

—Tendrás las dos.

—¿Cómo las dos?

—Mejor dicho, las tres: la herencia, Berta y Lucinda.

Y en baja voz empezó a darle sus instrucciones y a medida que hablaba el rostro de Mauro se iluminaba con alegría satánica.

—Ahora—terminó Don Cleto—, todo depende de tus buenas mañas...

Dos días después se hallaban en el lugar de sus citas Berta y Mauro en íntimo coloquio.

El, persuasivo, aconsejador; ella, mohina y recelosa.

—No, eso no; yo no hago eso.

—¡No seas tonta, mujer! Haciendo lo que te pido el matrimonio sería imposible, porque ella no es capaz de

engañar a Gonzalo y así la riqueza será nuestra.
Protestaba ella de nuevo.

—¡No, no puede ser!

Y él redoblaba promesas y argumentos para decidirla. Nadie sabría nada, pues la misma Lucinda sería la más interesada en callar; y después de consumado el hecho se casarían los dos, Mauro y Berta, para ser ricos y felices con el hijo esperado.

Instintivamente tuvo Berta un pensamiento luminoso.

—¿Y si la señorita para borrar su deshonra consintiera en ser tu esposa?

No pudo Mauro contener un movimiento de júbilo. No había pasado por su magín la posibilidad de tal resolución que colmaría todas sus ambiciones.

Pero no, no era posible; al odio que Lucinda le profesaba añadiríase el horror.

Vamos. Elige entre tu amá y en que tu hijo tenga padre, dijo rotundamente Mauro.

Y después de breve discusión en que las súplicas y sollozos de ella fueron ahogados por las amenazas de él, quedó concertado el infame complot.

Y Mauro, dejando en las temblorosas manos de Berta un pequeño pomo, se despidió, llevando su promesa de que le esperaría a media noche para conducirlo a las habitaciones de Lucinda.

Mauro caminaba abstraído, saboreando mentalmente y por anticipado, los deleites que le esperaban aquella noche.

A la entrada del «Camino Ancho» encontró a Bartolo que bajaba con «Drago», y se detuvo para preguntarle irónicamente por Gonzalo. El perro, entretenido, lo olfateó receloso.

Mauro, prosiguiendo su camino, murmuró con repugnante cinismo:

—Tal vez antes de un año haya un nuevo bastardo en la familia.

Y Bartolo, azuzando a «Drago» a seguir el rastro que había dejado el mocetón de Mauro, le dijo:

—Anda; averigua de dónde viene ese tunante.

CAPITULO IX

Por Manuel Verdugo

Por consejo de Pedro Antonio, el simpático doctor e íntimo amigo de Gonzalo Latorre, habíase aplazado la boda de éste con su prima Lucinda.

Las hondas e inesperadas emociones que había experimentado el diplomático con la presencia de Elza Liéder y de su hijo en la Quinta de «Los Naranjos», influyeron desastrosamente en su ya quebrantada salud.

Otra vez los fenómenos nerviosos que tanto alarmaran a Pedro Antonio volvieron a manifestarse; pero con tal violencia, que hacían presagiar un final muy triste y muy próximo para el último descendiente de aquella estirpe de varones orgullosos y ardientes por cuyas venas pareció correr la sangre de los Borgias.

Moral y físicamente, Gonzalo Latorre era una verdadera ruina. Sentado en un amplio sillón del despacho, junto a la ventana, abierta de par en par, su rostro, bañado por la cruda luz del mediodía, inspiraba compasión... La frente, de una palidez ebúrnea, parecía agobiada por el peso de un poema de inconfesables dolores. Había en sus ojos una extraña fijeza de sonámbulo cuando se posaban en la azulada lejanía del mar que, en la monótona sucesión de sus olas, recordábale los golpes que sobre su vida descargaba el infortunio.

Otras veces, tenían sus pupilas fatigadas una expresión de humildad cobarde, como las de un animal acorralado y enfermo: expresión penosa de súplica, de vaga angustia, de infinito hastío...

A pesar de que el aire circulaba libremente por la vasta habitación, notábase en ella un pronunciado olor a éter mezclado con la nupcial fragancia de los azahares que languidecían en preciosos búcaros sobre una mesa enorme atestada de libros y de admirables estatuillas.

—Bartolo, mi buen Bartolo: ¡esto se va!... Tengo la visión clara de mí porvenir en todo su horror...—exclamó Gonzalo con desaliento, mientras su fiel servidor le arrojaba solícitamente las piernas con un rico «plaid» de viaje.

—Vamos, déjese su merced de pensar tales cosas. Mucho ánimo, y tenga voluntad de curarse, que el señorito don Pedro Antonio me ha dicho, ahorita mismo, al salir, que todo se arreglará, con tranquilidad y un poco de paciencia. Le conocí en la cara que iba contento de su visita... ¡A cuidarse, y nada más!... Las malditas cavilaciones son las que le tienen así a su merced...

—No me hago ilusiones, Bartolo: «¡Vida alegre y muerte triste...!»—murmuró el doliente con desmayada voz, envolviendo en una mirada rencorosa la marmórea majestad de una Venus que, desde un ángulo de la mesa, parecía sonreírle con sutil ironía...

Hubo un silencio lúgubre, acentuado por el tenue tic-tac del reloj antiguo que movía acompasadamente la péndola.

La estridente campanilla del portalón de entrada sonó a lo lejos, rompiendo la paz del zaguán.

Gonzalo se incorporó anhelante.

—¿Quién podrá ser?... A estas horas... Tal vez el correo... Vea a ver, Bartolo. Si alguien viene a visitarme dí que estoy descansando. No quiero ver a nadie, a nadie... No estoy para conversaciones banales... Deseo estar solo...

El corazón de Gonzalo latía apresuradamente como anunciándole la proximidad de un peligro.

A poco tornó el viejo servidor, con el semblante iluminado por sincera alegría.

—Señorito: ¿A qué no adivina quién pregunta por su merced?... Vamos, que a la persona que le ha de curar con su presencia, mejor que todas las medicinas que hay en botica, no puede su merced negarse a recibirla.

—¿Quién es, Bartolo?; dímelo pronto... ¿Quién?... ¿Acaso mi...?

—Su merced lo ha acertado: su prima, la propia señorita Lucinda, que desea hablarle de algo importante: asimismo me lo ha dicho.

—¡Dios mío!, ¿qué nueva sorpresa me reserva esta visita?—decía Latorre para sí, ocultando el rostro entre sus manos temblorosas—. ¿Será un nuevo eslabón que añadir a la cadena de mis desdichas?... Lucinda en mi casa... Bartolo, haz que pase inmediatamente... o si no... espera, espera un instante, que me reponga de la sorpresa... ¡Estos nervios míos indisciplinados!... Entorna un poco esa ventana: ¡hay demasiada luz!...

Bartolo ejecutó lo que le ordenaba su amo, y después de dejar el cuarto sumido en grata penumbra salió en busca de la visitante, moviendo significativamente la cabeza a uno y otro lado.

Gonzalo, con los ojos clavados en la puerta, aguardaba, esforzándose por sonreír con placentera galantería; pero sólo consiguió contraer sus labios en un rictus fríamente amargo...

La puerta, empujada con suavidad, se abrió...

—Lucinda, mi Lucinda... tú aquí, ¡cuán buena eres!

Ella permanecía de pie, inmóvil, muda; cubierto el bello rostro con un ligerísimo velo. Tenía la serena tristeza, la suprema elegancia de aquellas figuras femeninas que los artistas griegos esculpían en los bajo-relieves de sus estelas funerarias. Con la noble frente inclinada, como si rehuyese las inquietas miradas de su primo, sin estrechar la mano que le tendía, rompió al fin

la embarazosa pausa con velada voz, que tenía dejos de sollozos.

—Tenemos que hablar mucho... No nos oirá nadie, ¿verdad?... Lo que tenemos que tratar es muy grave, muy grave... Figúrate: ¡es mi vida que se ha roto; es mi felicidad que sin tú darte cuenta has matado mientras la acariciabas!...

Con melancólica dignidad arrastró una silla junto a la butaca del enfermo, que no pronunció ni una palabra.

En el silencio, preñado de trágicos augurios, parecía que un ala invisible y gigantesca del Destino se agitaba entre dos almas heridas, separándolas para siempre.

—Pobre Gonzalo!—continuó Lucinda, muy bajo— Tiemblas... ¿Acaso es de frío?... Procura dominarte, como yo... ¿No ves qué tranquila estoy?... Es preciso que me oigas con calma; necesito de toda tu atención... Las resoluciones que adoptemos en esta nuestra entrevista, que tú no esperabas, han de ser definitivas. Por lo pronto, ya he tomado una que, sin duda, ha de sorprenderte: No me casaré contigo, Gonzalo... ¡La boda no se celebrará! Por encima de tu egoísmo, de «nuestro» egoísmo, está el Deber; y debemos apartarnos del camino de risueñas perspectivas que habíamos soñado, para que emprendas tú (yo te lo señalo) el de las reparaciones, justísimas...

En cierta ocasión, Gonzalo, te dije que sabía poco de la Vida y menos de los hombres, y esto no es del todo cierto; por lo menos en lo que contigo se relacionaba. El amor, en el corazón de nosotras, pobres mujeres, desarrolla un sagaz instinto que nos hace adivinar, que nos habla muy quedo, de lo que la experiencia debía enseñarnos. Y porque te he querido mucho—como te quiero aún—adiviné lo que la Vida significaba para ti... Muchas veces me acongojaba la idea de que en medio de sus acéchanzas, tu conducta no se ajustara a la rectitud de principios con que modelaron tu espíritu, a tu innata caballerosidad... Tú eres bueno, Gonzalo, en el fondo; pero también eres débil, y por eso te perdono todos tus yerros; y para comunicarte la energía

que te falta, para que tu voluntad vacilante se apoye en la mía firmísima, he venido a verte, resuelta a no salir de aquí sin que me jures seguir paso a paso la ruta que yo he de marcarte.

Las palabras de Lucinda, al principio trémulas y acariciantes, habían ido adquiriendo a medida que se dominaba un tono resuelto, sin el más leve asomo de cólera, pero de tan persuasiva emoción, que Gonzalo apenas pudo balbucear torpemente:

—Habla... ¿Qué pretendes de mí?...

—Lo que ya tu conciencia te ha dicho: lo que te está diciendo en estos momentos: lo estoy leyendo claramente en tus ojos... Son inútiles los fingimientos, sobre Gonzalo: lo sé todo; ¡todo!... Lo que no sé si tú ignoras es que Elza Liéder, tu desgraciada víctima, está enferma y estuvo muy grave... Un extraño presentimiento me impulsó a visitarla: ¡no fué perdida la visita!... Tenía que hacer unas compras en Santa Cruz, y aproveché la ocasión para ver a la famosa cantante, de cuya enfermedad se ocupaban los periódicos. Ya sabes que durante el tiempo que permaneció en la casita de «Los Naranjos» consiguió captarse todas mis simpatías. Aunque se esforzaba por disimularlo, comprendí que el generoso corazón de aquella artista sangraba, y que en su pasado había algo muy triste que entenebrece la limpidez de sus ojos claros y la cordialidad de su risa. Conseguí que el médico me permitiera ver a Elza, la cual, tendida en la cama, con altísima fiebre, deliraba...

Ya sabes que he estudiado el alemán... ¡lo bastante para comprender las frases, en apariencia sin sentido, que ella, inconsciente, pronunció!...

—¿Qué dice?—me preguntaba el médico, un poco extrañado de la atención que prestaba a la febril exaltación de Elza Liéder que, poco a poco, fragmentariamente, me permitía reconstruir la silenciosa tragedia de su vida...

—No sé, doctor—le contestaba yo—, no puedo entenderla... No sé...

Y él, al notar mi palidez, al fijarse en la angustia que debía reflejarse en mi cara, añadió bondadosamente:

—No se alarme usted, señorita: Elza sanará: espero que mañana la fiebre habrá cedido...

Salí de la alcoba de la enferma reuniendo todas mis fuerzas para aparentar serenidad ante la amiga que me acompañó en automóvil hasta mi casa; pero al llegar a mi cuarto, cuando me ví sola, lloré, lloré como nunca he llorado, como se llora cuando se ve derrumbarse un hermoso ideal y se aprecia la magnitud del sacrificio de una mujer que oculta en lo más recóndito de su alma una pasión que es un tormento, y por gratitud y cariño hacia mí, para no impedir la realización de mis sueños, renuncia a reivindicaciones a que tiene perfectísimo derecho y se aleja conteniendo las lágrimas, con un pobre niño de la mano...

¡Ah, Gonzalo, no bajas la cabeza! Al contrario, ¡levántala dignamente y mírame con la noble franqueza de los hombres honrados!

Debemos olvidar los proyectos que formamos, debemos hasta borrar de la memoria el porvenir que entrevimos, como se olvida una quimera imposible. Así nos mostraremos a los ojos de Elza y a los nuestros propios con toda la generosa grandeza con que tu antigua amante se me ha revelado... No solamente debes reconocer a tu hijo—¡infeliz y encantadora criatura!—sino que estás obligado a casarte con Elza Liéder... ¿Me escuchas?: con Elza Liéder... ¿Y por qué no? Yo he vuelto a visitar a la diva, ya en la convalecencia; por supuesto, no he dejado traslucir ni lo más mínimo de cuanto sabía... Hemos charlado mucho, y mucho, conozco ahora de su origen, de su pasada existencia. Ella me dijo, no sin cierto rubor, que «perteneció» a una linajuda familia vienesa y que pérdidas considerables de fortuna la obligaron a dedicarse al teatro. ¡No fué mala «fortuna» la suya el conocerte a ti!... ¿Por qué la noble dama, cuyo verdadero nombre sabes mejor que yo, no ha de ser la esposa de Gonzalo Latorre?... ¿Temes acaso que la bohemia farándula de los escenarios

la haya conducido a extremos de los que tal vez mañana tuvieras que sonrojarte?... ¡Ah, no: sobre este punto estoy segura de no equivocarme!: esa mujer no tiene más sombra en su conciencia que la que tú proyectaste... y en el dolor del abandono se ha purificado y se ha redimido de aquella falta.

Quién tan cruelmente ha sufrido las consecuencias de una caída, es muy difícil, es casi imposible que vuelva a caer... Y, además, Gonzalo, la mirada de la inocencia la protege de toda impureza; la mirada precozmente escrutadora de aquel niño taciturno: aquellos ojos extraños, que buscan siempre los de la madre, y que producen la sensación de una tímida pregunta, jamás formulada; de un vago reproche; de una resignada tristeza... No lo dudes; Elza es digna de ti; mejor dicho —y no te ofendas—, tú debes, por las resoluciones que adoptes, hacerte digno de ella... Necesitas, para elevarte a su nivel, ascender un poco, aunque tengas que hollar ciertos prejuicios sociales que respetas en apariencia, pero que en el fondo te inspiran el más profundo desprecio.

Latorre miraba con estúpida fijeza a su prima, y dos hilos de lágrimas corrían por su rostro exangüe. De cuando en cuando temblaba: temblaba el misero como un reo que escuchara una sentencia atroz e irrevocable.

Lucinda se levantó de su asiento y con tierna solicitud posó en los hombros del enfermo sus manos suaves, sus castas manos de blancura ideal, eucarística...

—Gonzalo, no me guardes rencor; sé que te hago mucho daño con mis palabras. Si supieses cuánto he titubeado antes de decidirme a venir; pero era absolutamente preciso que me oyeras para que te resuelvas a dar el paso que ha de alejarte del camino que pensábamos recorrer juntos... Si, necesario es deslindar los campos y emprender cada cual la ruta que nos ha marcado esa horrible fatalidad que desencadenó sobre nuestras cabezas toda su furia como si quisiera vengar en nosotros las culpas de nuestros antepasados. Esa fatalidad nos separa; tú irás en busca de la madre de tu

hijo; yo me alejaré de Canarias, ¿por cuánto tiempo?... No lo sé. Acaso mi ausencia dure una larga temporada... Iré a Europa: seguramente encontrará la pobre mamá alivio a sus achaques en algunos de los famosos balnearios o sanatorios que tantas veces los médicos le han recomendado... Ella, como sabes, se resistió siempre a que emprendiéramos el viaje, más que por incredulidad en la eficacia de los aires nuevos, del clima, y de las aguas medicinales, por excesiva bondad, por evitarme las molestias que ocasiona siempre una enferma medio impedida, a quien le acompaña en penosa peregrinación... Pero, ahora... Ahora sabré convencerla; sí, nos iremos...

Lucinda volvió a tomar asiento y durante unos minutos permaneció callada, pensativa, dando vueltas maquinalmente a una sortija de platino en la que un claro diamante fulguraba como una lágrima.

En el bochorno del jardín se oía el repetido gorjeo de un pájaro, cada vez más distante...

Gonzalo, entre sollozos, murmuró:

—¡Por Dios, Lucinda, no te vayas; aguarda a lo menos que yo muera! ¡Y no tendrás que esperar mucho!... Haré lo que quieras; lo que tú mandes está bien, siempre está bien; pero no nos dejes, no te vayas...

—Es preciso—respondió ella, suspirando—. Yo no sé qué red invisible nos envuelve y nos estrecha a todos cada vez más y más, en estos lugares que con tanto cariño he mirado siempre y que ya empiezan a serme odiosos... Tengo miedo de ocultas acechanzas, de peligros imaginarios, tal vez absurdos... Me parece respirar una atmósfera saturada de amenazas, y recelo y desconfío de cuantas personas me rodean... ¡hasta de Berta, la doncella para quien casi no he tenido secretos; la que parecía personificar la lealtad!... Pensando estoy en despedirla... Juanón, que la vigila—¡vete a averiguar con qué fin!—me ha prevenido contra ella. Yo no sé qué extrañas maquinaciones trama en la sombra con un novio misterioso con quien tiene frecuentes citas no sé dónde... Sí, esa muchacha me hace temer alguna

traición; en sus ojos hay un artero disimulo que antes nunca ví en ellos... Hace unos días, «Tigre», nuestro hermoso y vigilante mastín, amaneció muerto... ¡sospicho que envenenado!... Dios mío, ¿esto es vida? ¿Es posible continuar así?... Hasta tal punto estoy inquieta que, por las noches, cuando no duermo en el cuarto de mi madre, cierro con llave y cerrojo la puerta de mi alcoba: ¡lo que no he hecho jamás!... Sí, es preciso poner término a esta situación insostenible. Me iré, con el corazón hecho pedazos—¿a qué ocultarlo?—, pero con la idea reconfortante y consoladora de que tanto tú como yo cumplimos con nuestro deber.

Gonzalo hizo un esfuerzo para levantarse de la butaca: quería hincar en el suelo las rodillas ante la divina y resignada criatura a quien tanto amaba; quería besar sus manos acariciadoras, sus manos puras, dignas de bendecir cuando perdonaba; pero las piernas no obedecían a la voluntad del desdichado, y volvió a quedar inmóvil, fuertemente contraídos los párpados, como si la visión de la realidad le hiciera sufrir demasiado.

Lucinda, entretanto, le observaba con piedad infinita...

La voz de Bartolo sonó discretamente detrás de la puerta:

—Señorito Gonzalo, ¿se puede pasar?

El enfermo empujó el postigo de la ventana para que la luz que penetraba en la habitación fuera aún más débil.

Repetidas veces se pasó el pañuelo por los ojos enrojecidos y trató, aunque en vano, de dar a su rostro demudado una expresión de tranquila indiferencia.

—Adelante, Bartolo, adelante...

El anciano entró, llevando una bandeja de plata con una carta y varios periódicos.

—El correo, señorito.

Y depositó la bandeja y la correspondencia, a una indicación de Latorre, sobre la mesa, al alcance de su mano.

—¿Se le ofrece alguna cosa?

—No, Bartolo; puedes retirarte.

Volvió a reinar un silencio penoso. De fuera, llegaba un tenue rumor de frondas acariciadas por la brisa primaveral y el borboteo del agua en los alcorques.

Gonzalo miraba con angustia el sobre que venía a su encuentro como un heraldo de nuevos infortunios. ¿Qué otra cosa podía ser el papel que se escondía tras de aquellos caracteres firmes, aristocráticos, que tan familiares le fueron en lejanos días?

Con un gesto de desaliento rogó a Lucinda:

—Hazme el favor, prima mía: léeme esa carta... Yo no tengo ya secretos para ti... Me faltan fuerzas para enterarme por mí mismo de lo que el corazón me previene que ha de herirnos a los dos...

Lucinda con mano trémula rompió el sobre y comenzó a leer lentamente con voz opaca:

«Gonzalo: Nada has hecho por quien todo lo sacrificó por ti.

El amor correspondido es exigente; el amor sin esperanza es misericordioso y sabe disculpar y perdonar...

Te amo demasiado para protestar indignada de tu conducta conmigo.

Tú me descubriste este tesoro absurdo que algunos locos llaman felicidad... ¡Bien vale un año de suprema dicha, cinco de sufrimientos y de lágrimas!..

La Vida es con exceso avara de sus goces para prodigarlos; y la mayoría de las veces nos hace pagar ¡muy caros! los préstamos que derrochamos insensatamente.

Me parece que te veo sonreír al pasar la vista por estos renglones... «Literatura»... ¿No es verdad? «Literatura romántica», dices, de fijo, interrumpiendo por unos instantes la lectura para encender un cigarro y posar plácidamente el pensamiento en los dos millones de tu tío Felipe...»

Lucinda hizo pausa al llegar a este punto.

Una llamarada de rubor le empurpuró el semblante; el satinado plieguecillo temblaba entre sus dedos...

—¡Oh, qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza!— exclamó mirando fijamente a Latorre.

Este protestaba confuso.

—No, no debía haber sido escrita esa burla cruel e injusta... «Me parece que te veo sonreír al pasar la vista por estos renglones...» ¿Merezco tal sarcasmo?

Lucinda continuó:

«Prolonga tu sonrisa, Gonzalo, porque quizá después de leer esta carta no vuelvas a sonreír jamás...»

Lo que tengo que decirte es muy breve, y, sin embargo, dejo correr la pluma sobre el papel encontrando un amargo deleite en expresar mis íntimos pensamientos, en dar desahogo a lo que llamarías «mis lirismos», haciéndome la ilusión de que te hablo, de que estoy a tu lado...

Esta es la última vez que tendrás comunicación conmigo.

¿La última? ¿Quién sabe!...

En la entrevista que tuvimos en tu casa de «Risco Viejo» me despedí de ti diciendo esta frase (seguramente la recordarás): «Que seas muy feliz, Gonzalo Latorre»; y una de mis primeras palabras al encontrarnos frente a frente fué ésta (seguramente la has olvidado): «Misericordia»... Misericordia, no para mí, sino para nuestro hijo, para el pobre «Fritz», que no tiene más apoyo en el mundo que una mujer desventurada y débil.

Creí que después de aquella escena dolorosa correrías a nuestro encuentro para abrazar al pequeño, para prométermelo reconocerlo, para darle tu nombre; pero de nuevo me he equivocado... Los días, las semanas, han transcurrido, y el espontáneo y generoso impulso que esperaba de ti no fué más que una ilusión...

Sin embargo, hallaré un medio para hacerte sonrojar de tu empedernido egoísmo; un medio que tal vez te mueva a piedad sacudiendo la desvencijada máquina de tus nervios, obligándote a tender la mano al inocente desamparado.

¿Conseguiré asegurar el porvenir de «Fritz» y la dignificación de aquella vida que me es mil veces más cara que la mía?... Mi corazón me responde afirmativamente.

He visto la muerte tan de cerca en estos últimos días,

Gonzalo, que me he familiarizado con ella; somos dos buenas amigas; su regazo es un poco duro, un poco frío, pero se descansa muy dulcemente en él...»

La voz de Lucinda pareció quebrarse, de repente.

Latorre, lívido, extendía los brazos como para apartar algo horrible que avanzara para aniquilarle.

—Basta... Basta, no leas más... ¿para qué? Elza no vive en estos momentos ¿verdad?... se ha matado... mejor dicho, la he matado yo... ¿no es cierto?... Sí, la he matado yo, yo...

Lucinda semejaba una estatua de piedra: Ni un estremecimiento en su pecho; ni un sollozo en su garganta, ni el brillo fugitivo de una lágrima en la negrura de sus ojos donde pareció cristalizar el espanto.

Gonzalo hablaba atropelladamente, con la exaltación de un loco.

—Soy un canalla..., sí... Mi hijo, ¿dónde está mi hijo?, ¡quiero verle!... ¿No me dices nada, Lucinda?... Es que he acertado ¿verdad?... ¡sólo faltaba este golpe!... Tal vez estemos a tiempo aún de evitarlo... ¿Qué fecha tiene esa maldita carta; cuándo ha sido escrita?

—Hace tres días. Está depositada ayer en el correo...

La viviente estatua había roto su inmovilidad de estúpido para aproximarse a la mesa.

Como animada por súbita idea desplegó, nerviosa, uno de los periódicos que se veían en la argentea bandeja, y con avidez buscó algo en la tercera plana.

—¡Ah, Virgen Santa!... ¡aquí está!... ¡Qué desgracia, Dios, mío, qué desgracia!

El periódico se escapó de sus manos y fué a caer a los pies de Gonzalo.

Con caracteres grandes, muy negros, como el remordimiento, destacábase este epígrafe que Latorre miraba fijamente con pupilas de idiota:

ULTIMA HORA

El suicidio de la famosa artista Elza Líder

CAPITULO X

Por Emilio Calzadilla

Leyó Gonzalo rápidamente la nueva infausta del trágico fin de Elza. Las sospechas de Lucinda, al leer los últimos párrafos de la carta de la artista, ya eran realidad. Elza no existía.

Lucinda y Gonzalo quedaron abstraídos, absortos, dejando que los pensamientos tristes les embargasen el alma. No se atrevían a romper el silencio, un silencio largo, pesado como las tumbas de cien generaciones sobre otra generación débil y fatigada. ¿Qué decir? ¿Qué frase pronunciar que fuese el principio del desencadenamiento de aquella situación difícil?

Gonzalo se incorporó y como si su sistema nervioso deprimido adquiriese toda la energía de los primeros años de su juventud turbulenta, comenzó a recorrer la habitación a grandes pasos, con bruscos movimientos, cual si sacudiese la carga enorme de sus pesadumbres. Lucinda le miraba atentamente, esperando una palabra que diese fin a la embarazosa escena.

—Tenemos que hablar.

—Como tú quieras, Gonzalo.

—Y hablaremos claramente, ¿lo oyes?, claramente, sin reservas mentales. Que tú sepas lo que pienso, como si mi cerebro fueses tú, y que yo sepa lo que pien-

sas, como si yo fuese el eje de tus pensamientos. Claramente, ¿lo oyes?

—Como tú quieras.

—Han de terminar hoy mis martirios; ha de salir hoy de tu boca la frase que ha de condenarme al sufrimiento eterno o conducirme a la felicidad que tanto ansío. Escúchame.

—Tranquilízate antes; te lo ruego.

—Estoy tranquilo, pierde cuidado. Ya no soy el enfermo, sino el hombre. ¿Recuerdas lo que una vez dijiste? ¿Lo recuerdas? «Que así como los hombres estudiábamos muchas cosas para después dudar de todo, así sabías que necesitábamos conocer muchas mujeres para después amar y comprender solo a una». ¿Te acuerdas? Pues eso he hecho yo. He vivido la vida de la alegría y los placeres sin tasa; he sentido un amor pasajero por esa variedad de mujeres que bullen en las ciudades populosas... Pero ese amor, Lucinda, ha sido un amor frío, un amor que, apenas producido el primer goce, hastiaba; no es el amor que te profeso, puro, grande, desinteresado.

—Palabras, palabras...

—Así es.

—Palabras para reconstituir un amor que tú mismo has hecho imposible; créelo, Gonzalo, imposible.

—¿Por qué? ¿Porque quise? ¿Porque fui uno de los que en esa complicada urdimbre de las grandes ciudades jugaron un papel más o menos importante? ¿Porque no tuve poder de voluntad para oponerme a la fuerza seductora con que la mujer mundana atrae al hombre más enemigo de la vida? ¿Pero de verdad crees eso? ¿Pues acaso todo ello no ha servido poderosamente para que compare lo anterior con lo actual y desprecie lo de ayer al pensar en la dulzura de tu amor, y renuncie a la vida de disipación, a esa misma que tú imaginas tan alegre, para venir a ti en busca de otra cosa que no sean placeres laberínticos, dichas momentáneas, goces a cambio de dinero?... Deja lo pasado y piensa sólo en el presente; cierra los ojos a lo que fué.

Hoy te quiero, te idolatro más que a nadie, puesto que todo lo abandono por ti. ¿Qué importa lo que ayer fué, si el freno de la experiencia evitará que vuelva a suceder?

—Genio y figura... Tú siempre serás el mismo, Gonzalo.

—No. Ese es el error. Ese es el resultado de tus preocupaciones, el molde en que se han ido desarrollando tus afectos. Los hombres—los hombres que hemos andado por el mundo, no los de aquí—nos adaptamos a las circunstancias y ellas nos van marcando el camino que en cada momento hemos de seguir. El niño no es lo mismo que el adulto; éstos en nada se parecen al anciano. Las travesuras del primero son disculpables, las locuras del segundo son tolerables, y los desaciertos del último, ya maestro en la vida, imperdonables. ¿Entiendes?

—Entiendo. Sigue hablando. Te escucho con interés.

—Necesito algo más: que me escuches con ganas de comprenderme.

—El intento salvará lo que en inteligencia me falte.

—Gracias. ¿Has pensado alguna vez en el criminal que cumple en la lobreguez de un calabozo la pena que la sociedad le impusiera? Cuando su espíritu se tranquiliza, cuando no se mueve al impulso vehemente de las pasiones que le llevaron al delito, quiere su rehabilitación y en su fuero interno juzga que hizo un mal. De esa meditación nace la norma de conducta a que ha de ajustar sus actos posteriores. Y recapacita y cree en que hay leyes sabias, en que hay conciencias rectas y en que hay consejos buenos. Dile a ese hombre que jamás le perdonarás y ese hombre tendrá derecho a cometer los mayores desatinos. Hazle ver lo contrario y tal vez bendiga la pena que le llevó a querer la libertad, ¿Le rechazarías tú, Lucinda?

—Le compadecería, sin olvidar nunca el estigma del presidiario.

—Está bien. No exijo por ahora más de ti. La compasión ya es un principio de amor. Está bien. Deja que

la compasión se desarrolle y ya verás—tú misma has de extrañarte al verlo—cómo rechazas indignada esos prejuicios que la sociedad te fué imponiendo; esa muralla que no deja expansión a tus sentimientos nobles. Y entonces tu amor será más abnegado.

—Amor con sacrificio.

—Eso es: amor con sacrificio; has dicho bien.

—¿Y he de ser yo la que me sacrifique?

—No. No eres tú. Soy yo también. Llego a ti haciendo renuncia de todos esos placeres que tú creas tan gratos, y que, sin embargo, en mi vida sólo dejaron una nota de tedio que tú sola puedes mitigar, un residuo de cansancio que al soplo de tu cariño desaparecerá para siempre.

—¿Y los recuerdos?

—Sólo servirán para que mi arrepentimiento sea más firme. Olvida el pasado, no hablemos de él, odiamos todo lo que no pueda engendrar alegría en la unión de nuestras almas. ¿Crees que si yo tuviera que vivir con mi pasado, podría vivir? Olvidalo, Lucinda, olvidalo. ¿Qué haces cuando vas a tu pequeño jardín? Ves la hoja seca, lo que ya fué, la arrancas, y como si no hubiese existido; y dejas lugar a lo que ha de vivir, a lo que es una esperanza. Así hago yo y así quiero que hagas tú lo que ya está seco lo tiro... Ayúdame a despojar mi huerto de hojas mustias para que florezcan lozanamente los rosales. No me niegues tu auxilio. Ayúdame.

—Busca otras mujeres, no te faltarán... Aquí mismo...

—No, si no son otras mujeres; si es una mujer lo que yo busco. ¿Necesitaría tu consejo si yo no quisiese ser el propulsor de tu vida y que tú seas el impulsor de mi existencia? Lo que yo quiero es una mujer: tú. Una sola: Lucinda. Imagina que en este momento desapareció el género humano, menos tú y yo.

—Y tu egoísmo me lleva a la tortura de pensar que has amado a otra...

—¿Y si fuera viudo? ¿Te torturaría el amor que hubiese sentido hacia la primera mujer? ¿Te molestaría

que de vez en cuando mis labios balbuceasen una oración por la que estuvo unida a mí con cadena tan inquebrantable que sólo la muerte pudo romper?

—¡Rezar tú!

—Contesta. ¿Te molestaría?

Lucinda quedó un momento vacilante. El asedio de Gonzalo estaba a punto de rendir su firmeza. ¿Tendría razón su primo? ¿Qué diferencia habría entre el amor legalizado y santificado ante los altares y el amor que sólo tuvo por solemnidad externa el rumor de un beso?

Gonzalo creyó ver un asentimiento indeciso en el silencio de Lucinda, e insistió:

—Seguro estoy de que no me habías de dirigir el menor reproche por el recuerdo de aquel amor y que si tuviese hijos de ese primer matrimonio, tu mayor complacencia sería educarles, prodigarles caricias, sacrificar-te si era preciso por ellos, para que ignorasen en lo posible la ausencia de una madre y para que yo jamás pudiese decir que con la muerte se fué la bondad de las mujeres.

Una sospecha turbó el rostro de Lucinda. Todo aquello, todo el interés que mostraba Gonzalo por ella, ¿no sería una estratagema hábil para que tuviesen cumplimiento las disposiciones reglamentarias del tío Felipe?

Gonzalo se dió cuenta de esa turbación, y

—Dime en qué piensas—preguntó.

—¿Para qué?

—Dilo; si necesitas mi súplica, con mi súplica.

—No, no lo digo.

—Quiero saber qué es lo que te turba; qué pensamiento ha alterado la placidez de tu rostro.

—No, no quiero. Temo inferirte una ofensa. No he pensado nada malo.

—¿Nada malo y temes inferirme una ofensa? Pues la contradicción te vende. No te importe mi daño. Hoy hemos de hablar claro. Es preciso decidir nuestra situación y no nos encerremos más en los recovecos del pensamiento. Habla, y que sean tus palabras reflejo fiel de tus deseos.

—Pensaba...

—Habla.

—Pensaba... No te molestes... En que si de ese modo aspiras a que se cumpla la cláusula testamentaria del tío.

—¿Tú? ¿Tú has pensado eso? No quiero comprenderte... No, no hables más. Te entiendo perfectamente. Me juzgas dominado por el vil egoísmo de sacrificar mi vida y la tuya por una herencia. Así piensas de mí.

—Perdona, Gonzalo...

—No, si me alegro que lo hayas dicho. Sería peor para mí que accedieses a mis deseos y guardases esa duda... Jamás... óyelo bien, pospuse mi felicidad al anhelo de poseer bienes de fortuna... ¿Quieres una prueba evidente? Si la ley actual, la que rige nuestra vida, a la que tenemos que ajustar nuestros actos, me manda repudiar la herencia, por mi parte ya está renunciada, aunque en esa ley se represente la voluntad de un hombre miserable, que no contento con dominar en vida a todos los que le rodearon, quiso imponer su voluntad para después de la muerte.

—Gonzalo...

—Miserable; lo he dicho por no encontrar otro calificativo más apropiado. El tío Felipe, orgulloso de sus riquezas, soberbio con su poderío caciquil, señor de Risco-Viejo, dueño de todas las voluntades que en estos contornos se rindieron a él; por cobardía, el tío Felipe no pudo avenirse a que con la muerte terminase su influencia y desecó que su capricho reinase después de su fallecimiento... Pero no será, no será. Contra esa imposición me rebelo. Yo no me he educado en esta atmósfera pestilente en que la voluntad de los muertos se sobrepone a las necesidades de la vida. Yo soy yo y no lo que los antepasados quisieron que fuese. Eso nunca, nunca, Lucinda. Dejad a los muertos que entierren a sus muertos, dijo Jesús, y yo no he de ser el que diga otra cosa.

—Por Dios, Gonzalo, respeto para los que en vida fueron nuestros parientes.

—Sí, respeto sí; pero lo que no admito es que su voluntad impere después de la muerte. ¿Qué respetos guardó el tío Felipe para nuestra dicha futura? Venero y seguiré venerando la memoria de nuestros antepasados en cuanto ellos fueron, pero no en cuanto ellos quisieron que fuesen los demás.

—Por Dios, Gonzalo...

—No te asuste el porvenir. Aun quedan restos de mi fortuna, que unida a la tuya, modesta, y a lo que he de ganar con mi profesión de abogado, será suficiente para subvenir a nuestras necesidades y crear un hogar tranquilo, santuario de la virtud. Nuestro cariño no olvidará a tu pobre madre enferma, que tal vez espera nuestro matrimonio para morir dichosa, dejándote amparada...

—Gonzalo...

—Sí, Lucinda, yo soy capaz de renunciar a todo. ¿Y tú?

—Yo, también.

—Pues la dicha es nuestra. ¡Ah, si resucitase el tío Felipe!

—Por Dios, calla.

—Con qué gusto iría a encontrarle y a decirle: ¿Dádivas con condiciones? No las quiero. Yo soy fuerte para ganar la vida. Guárdese su testamento y sus millones, viejo...

—¡Por Dios... otra vez!—dijo Lucinda, conteniéndole.

—Por ti, y ya es bastante.

—Pues por mí.

—¿Tú me quieres?

—Lo sabes.

—Nada más. Ni testamento ni millones. ¿Tú me quieres? Pues el mundo es mío. ¿Necesitas comodidades? Pues a ganar el mundo para ti.

—Tu cariño me basta.

—Pues he rescatado mi cariño de las demás mujeres y aquí lo tienes íntegro.

—Ah, Gonzalo, no eres sincero, algo quedó por allá.

—¡Si te digo que lo he rescatado!

Sentóse junto a ella, como un triunfador vencido. Ella lo miró, como vencida gloriosa. Concibieron planes para el porvenir. Se casarían sin dar cuenta a nadie. Las personas de la familia y si acaso alguna amiga íntima. Después saldrían de «Risco-Viejo» con el pretexto de la luna de miel. Y jamás volverían. Jamás. Irían a Viena para dar cristiana sepultura a los recuerdos.

—¿Y si te encuentras algunas amistades antiguas?...

—Nadie será más fuerte que tú. Pero bien; si no quieres Viena, iremos a Madrid. ¿Te gusta Madrid?

—Sí.

—Demasiado pequeña todavía la capital de España... Pero no importa; iremos a Madrid a pasar la luna de miel, que durará hasta nuestra muerte.

—Muy confiado eres.

—Tengo confianza en ti, y en mí.

Inclinó su cara sobre la de ella, y

—¿Qué haces?—exclamó, asombrada, Lucinda.

—Darte un beso. Tengo confianza en ti y en mí.

—Tienes razón.

Y le presentó nuevamente su cara, encendida por el rubor, radiante de belleza y de emoción, y Gonzalo besó otra vez, sin el menor asomo de sensualismo, como el beso de un devoto a la santa de sus ensueños, y ella lo devolvió tranquilamente, como si una madre besase, conmovida, al hijo pródigo.

Un ruido exterior les volvió a la realidad. El viejo Don Cleto, untuoso como siempre, se presentó en la habitación del enfermo que en aquel instante era como un sacrario de amor profanado por una alimaña inmundada.

—Buenas tardes, señor don Gonzalo. Buenas tardes, señorita Lucinda. ¿Esa enfermedad? Ya lo veo a usted más fuerte. Hoy tiene usted muy buen color. No sabe usted lo que me alegro de su mejoría...

—Gracias. Usted dirá—contestó Gonzalo secamente.

—Una misión difícil me trae; pero no hay más remedio. Mi deber antes que todo.

—Usted dirá—repitió Gonzalo.

—Hace días pensé decir a mi señor don Gonzalo que se acerca el plazo en que he de presentar el testamento. No he querido molestarle por su enfermedad. Pero hoy... Si no incomodo...

—Continúe usted, no me molesta.

—A ver si me explico. Cinco años señala la ley para presentar el testamento clógrafo que vuestro tío, dispensándome la honra inmerecida de ser su depositario, me entregó para que después de su muerte lo pusiese en manos del juez de primera instancia, ante quien, por disposición del código, es preciso advenirlo para que tenga la fuerza y validez que aquel cuerpo legal estatuye. No sé si me explico.

—Siga usted; le entiendo perfectamente.

—Lo celebro y continuó, alegrándose que esté aquí la señorita Lucinda, pues así es más fácil mi cometido. Próxima está la fecha en que esos cinco años se cumplen y parecióme, digo yo, un deber de gratitud y cortesía venir a hacerlo presente por si quisieran tomar alguna resolución relacionada con el testamento. ¿He hecho bien o no?

—¿A qué resolución alude usted? ¿No es el testamento la voluntad de mi tío Felipe?

—Sí, señor; del propio señor don Felipe que en gloria esté.

—Pues legalícese en buena hora, que si no se me consultó para expresar aquella voluntad, tampoco he de dar opinión sobre la forma de cumplirla. Mas he de advertirle, mi querido don Cleto, que la voluntad del tío Felipe, buena o mala, torcida o derecha, en nada ha de influir en mi conducta presente y mucho menos en mi porvenir.

—Es que no sé si sabéis que entre las cláusulas del testamento existe la que instituye por heredero al hijo que resulte del matrimonio entre mi señor don Gonzalo y la señorita Lucinda, siempre que os caséis antes de tres años, y si nouviéseis hijos o no os casáis, por cualquier motivo, que en eso yo no me meto, todo será de Mauro.

—Está bien. Que lo sea desde ahora. Nada quiero recibir de quien impuso condiciones para que tuviese efecto una mentida generosidad.

—Calma, don Gonzalo, calma; que no son despreciables dos milloncejos de pesetas.

—Cierto. Hay algo más despreciable todavía: los que piensan en ellos.

Don Cleto fingió no entender la frase y buscó mejor manera de conseguir su fin.

—Yo creo, y ustedes perdonen mi atrevimiento, que todo puede arreglarse. Si usted estuviera dispuesto a cederme una pequeña comisión... No para mí, Dios me libre, que por servir a ustedes soy capaz de todo, sino para ciertos gastos imprescindibles...

Gonzalo estuvo en trance de arrojar a aquel viejo violentamente de su casa. La mirada suplicante de Lucinda le contuvo.

—Salga usted, don Cleto, salga usted. Rechazo toda proposición que se me haga. Cumpla con su deber.

—No lo he dicho para...

—Salga usted, hágame el favor. Estoy delicado todavía y no quiero ocuparme de nada.

Don Cleto despidióse, dejando solos otra vez a Lucinda y Gonzalo.

Comenzaba a declinar la tarde.

Lucinda disponíase a partir, cuando de pronto llegó hasta la estancia un eco extraño y alarmante. Escuchó atentamente.

A lo lejos oíanse lentas campanadas.

El insistente rumor, cada vez más claro y perceptible, hacía estremecer de espanto a toda la comarca.

—¿Fuego?—gritó Lucinda.

—Sí, parece que es fuego—respondió Gonzalo con imperturbable serenidad.

Lucinda abrió la ventana. En la lejanía una gruesa columna de humo señalaba el sitio del incendio.

—¡Dios mío! ¿Dónde será?—seguida preguntando Lucinda con inmensa desolación.

—No te alarmes—volvió a decir Gonzalo—, quizá sea

en algún sitio que necesitaba del fuego para ser purificado.

—No digas eso, Gonzalo, siempre es una desgracia.

—Pero hay desgracias oportunas.

—¿Cuál?

—Mi vida anterior, que me ha traído la felicidad de amarte más.

*

Al día siguiente se comentaba el incendio ocurrido en casa de Don Cleto. Todos en el pueblo daban su parecer sobre las causas y cada uno creía tener la razón.

—A lo mejor—decía en una taberna un labriego—le ha pegado fuego a la caca el mismo Don Cleto. Debía tener allí muchas cosas malas.

—Dicen que había un testamento—exclamó otro.

—¡Vaya usted a saber! ¡Se dicen tantas cosas!

—Como no sea el señorito Gonzalo.

—¡Quita allá, hombre!

Rodrigo, que hasta entonces había escuchado pacientemente los absurdos comentarios de aquellos hombres, dijo:

—Están ustedes hablando disparates. Ya he oído hoy hablar doscientas veces sobre el mismo asunto y nadie ha dado en el clavo. Que si esto, que si lo otro, que si lo de más allá... Total, nada.

—¿Sabes tú entonces lo que ha pasado?

—Claro que lo sé.

—Pues habla de una vez, hombre.

—Pero me han de dar ustedes palabra de que en la calle no se ha de saber lo que aquí se diga.

—Palabra.

—Pues oigan.

Y Rodrigo comenzó su relato, que el lector conocerá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XI

Por Domingo Cabrera, «Carlos Cruz»

La casa ardió, porque deb'a arder; el viento aventó muchas maldades convertidas en cenizas, decía Rodrigo a todas aquellas gentes que ávidas del chismorro y del comentario le rodeaban.

El fuego comenzó en las gavillas que esa misma mañana amontonaron en el corral. La casa estaba cerrada; don Cleto había salido desde el medio día; en «Risco-Viejo» se encontraba al iniciarse el incendio. De regreso le sorprendieron en el camino las llamaradas; quiso correr, le faltaron las fuerzas, y el viejo cayó accidentado en medio de la carretera. Cuando las campanas de la parroquia pedían auxilio, ya había llegado Mauro; desesperado derrumbó la puerta; tué a lanzarse hacia adentro, impaciente, enérgico, y una enorme columna de humo le arrojó, como si quisiera impedirle la entrada; pero él, despreciando la muerte, se lanzó en medio de las llamas y trepó por la escalera, que ya comenzaba a arder, crepitantes las maderas; a su espalda se desplomó un techo; una piedra desprendida le hirió en la cabeza, y por la frente sudorosa le corría la sangre. El fuego, al verse libre, salía rugiendo con estrépito infernal; las vigas de tea eran antorchas; las ropas le comenzaron a arder, y como un loco corría de un cuarto a

otro, en busca de algo que valía para él más que la vida. La escalera cayó ardiendo; un tabique, sin apoyo ya, amenazaba aplastarle, los cristales saltaban rotos, y Mauro quedó en medio del fuego, sin salvación posible. Era un momento angustioso, desesperante; le faltaban las fuerzas, le faltaba el aire, y, sin embargo, sangrando y todo quemado, forcejeaba por salvar de un cofre de cedro el testamento. La cerraja estaba roja, candente, y él insistía en abrirla, sin reparar en las manos tostadas.

Cuando acudieron en su socorro le encontraron casi exánime, aferrado a los carbonizados restos del arcón, donde don Cleto encerraba los papeles del difunto don Felipe de Latorre.

—Ardió todo. Fué justicia del cielo, dijo Bartolo. En aquella casa no se guardaban sino malas intenciones.

—Dicen que a Mauro se le vió ardiendo—añadió Rodrigo.

—También era una mala intención, susurraron muchos por lo bajo.

En el pueblo no hubo una palabra de compasión para aquella desgracia. Ni siquiera se trató de averiguar el origen del incendio.

La enorme lumbrarada de aquella noche, con resplandores de sangre, la contemplaron todos como obra de justicia, como una reivindicación. El fuego purificó las ambiciones, la sordidez de aquellos que, como buitres hambrientos al olor de carne fresca, rondaban el testamento del viejo Latorre.

—Esto termina, Pedro Antonio; soy una luz que se apaga.

En la penumbra del dormitorio se desarrollaba una tragedia sorda, silenciosa.

Doña Asunción tendía implorante sus manos al médico.

—No la abandones, no la abandones... Lo de anoche

fué castigo del cielo; en aquella casa se encerraba el legado maldito, custodiado por todas las miserias, y el fuego terminó, de una vez para siempre, con la codicia del bastardo; pero, a pesar de esto, Lucinda no debe casarse con Gonzalo. Sería condenarle a que sacrificara el sentimiento más noble y más santo de la mujer. No, no puede ser. Hay que impedirlo, lo comprendes, hay que impedirlo. ;Sería tan desgraciada! Acércate. Pedro Antonio: tú eres honrado, tú eres justo, y, ya ves, yo me muero; sí, no trates de engañarme, me muero, tal vez hoy, tal vez mañana, pero esto se va, se va, y hay que aprovechar los momentos.

—Tenemos tiempo para meditar; cálmese, cálmese, la gravedad ha pasado.

—Volverá, no vale la pena de disgustarse; son tantos años de sufrimiento, que ya es tiempo de descansar; pero no podría descansar, ni aún muerta, si no supiera que mi hija era feliz, porque tiene derecho a la felicidad. ¡Es tan buena, es tan cándida! Si persiste en unir su juventud sana y alegre a la vejez prematura del primo será una víctima más del atavismo, de la casta. Las madres no nos equivocamos nunca. Gonzalo es una vida hipotecada al placer, carne encendida en todas las lujurias. Hay que destruir esa pasión funesta; hay que romper ese amor, porque entre ellos estará siempre, como un remordimiento vivo, ¡la muerta, Pedro Antonio, la muerta, la mártir, la pobre Elza!

Se hizo un silencio pesado, lleno de amargos temores, como si por sus almas pasara un trágico presentimiento; se miraron a los ojos largamente para sorprender el secreto del destino, y, temblorosos, como si quisieran huir de sus pensamientos, de aquellas ideas que les torturaban, hablaron de cosas fútiles, insignificantes, ajenas al dolor del momento y, sin embargo, las palabras tenían una opaca sonoridad que les traicionaban, como si expresaran lo que querían callar, como si cada una encerrara un temor, una superstición, como si ellas cargaran con la pena que agobiaba sus espíritus.

Palabras enfermas, dolientes, obligadas a sonreír, pe-

ro cuya sonrisa tiene un dejo de melancolía y de angustia. Es la palabra con que despedimos al hermano, al hijo, al amigo a quien decimos: «Hasta luego». Y mudos nos quedamos en la puerta, viéndole alejarse; mas el eco de estas dos palabras tan insignificantes, tan vulgares, se apodera del alma y la va oscureciendo, entenebrécienlo, y ya no recordamos si nos despedimos «hasta luego» o «hasta la eternidad».

La presencia de Lucinda fué como un torrente de luz rompiendo la penumbra de aquella estancia y la penumbra de aquellas almas.

En el rostro demacrado de la enferma floreció una sonrisa, y en lo más íntimo de Pedro Antonio se agitaron sentimientos que él creía eternamente dormidos.

—¿Eres tu, hija mía?

—Sí, mamá, venía a decirte que ahí está Gonzalo; después de la enfermedad es el primer día que nos visita.

—Pues id a hacerle compañía, ve tú también, Pedro Antonio. Ya estoy más tranquila, tengo fe en ti.

—Adiós, abuelita, nada de malos pensamientos, afuera con todos esos abejorros negros, y a pensar en la felicidad de Lucinda, en el amor de Lucinda, le aconsejaba el médico, acariciándole las manos, que se le tendían en un gesto de piedad infinita.

Lucinda besaba estrepitosamente la cabeza de la enferma, para quien las caricias de la hija eran un sedante a todos sus dolores.

En el corredor, a la sombra del emparrado, esperaba Gonzalo. Había envejecido en poco tiempo; las emociones de los últimos días dejaron en su rostro hondas huellas; la fatalidad y el dolor sellaron su existencia. Estaba cansado, entristecido. Era un joven sin juventud, sin arrestos, sin bríos, sin la arrogancia de sus tiempos, sin aquel romanticismo donjuanesco que de tanto le valiera en lides de amor; sólo la mirada conservaba la expresión interrogadora, penetrante. Al ver salir del dormitorio de la enferma a Lucinda y a Pedro Antonio juntos, alegres, regocijados, como si fue-

ran un pregón de vida y amor, una idea cortante se le clavó en el alma. Se vió enfermo, hecho una ruina, amenazado de neurastenia, corroído su cuerpo por lacerias mortales, y sintió que en su interior se derrumbaba un mundo de ensueños, de ilusiones.

Los brazos del amigo le estrecharon, ahuyentando todos los pesimismos. Lucinda le colocaba en el ojal una gardenia recién abierta.

—Gracias, amada mía, si yo fuera poeta inmortalizaría esta ofrenda con el más pulido madrigal.

Se sentaron, protegidos por la sombra de un rosal trépador, donde brotaron, como un sueño immaculado, centenares de rosas blancas.

—He querido ver las ruinas de la casa de don Cleto. El fuego terminó con todo; sólo quedan escombros: la voluntad del muerto, las miserias y los egoísmos, escombros son también. Allí pereció todo lo que quería oponerse a nuestro amor.

Pedro Antonio, discreto, trató de despedirse; pero Gonzalo le suplicó que se quedara. Le acompañaría luego a «Risco-Viejo».

Hablaron de cosas íntimas, en una conversación de amigos que se cuentan todos sus anhelos, sus ilusiones, cuando la melancolía con dejo amargo hacía presa del espíritu de Gonzalo, torturado por mil inquietudes, por infinitos pesares. Pedro Antonio le hablaba de cosas frívolas, ligeras, salpicando la charla de una alegre murmuración de pueblo. Lucinda ponía a todo el comentario de su risa cascabelera, acárciadora.

Del huerto subía el perfume de las acacias floridas y de los naranjas esponjados de azahares. En el brote reventón de un cerezo, un mirlo cantaba. El agua de la acequia, con su dulce murmurio, rimaba el poema de la fecundidad. La primavera, como grácil doncella que rompiera su túnica, se mostraba en todo el esplendor de su belleza pródiga y excelsa.

—La verdad, ¿dónde encontrar la verdad?, deciales Gonzalo; tal vez yo me haya empeñado en marchar de espaldas a ella, y quién sabe si también tú, Pedro An-

tonio, con tu frialdad de hombre escéptico estás matando la única verdad de tu corazón; pero aún es tiempo.

La frente del médico fué surcada por una arruga, delatora de un hondo pensamiento. Sus labios se contrajeron en una mueca de dolor, de congoja, como si una mano cruel, rompiendo la carne, le removiera las entrañas.

—También a ti, Lucinda, toda generosidad y abnegación, continuó Gonzalo, te he querido arrancar la más bella verdad de tu vida, la única verdad de toda mujer.

—Para ser feliz, le replicaba Pedro Antonio, no hay como volverle la espalda a la verdad, huírle. Los pocos hombres verdaderamente dichosos siempre procuraron no encontrarse con ella. María Magdalena es feliz mientras no oye la verdad predicada por Cristo; desde ese momento el placer se convirtió en lágrimas. De ignorar la falta de su madre, Hamlet no hubiese muerto. ¡Cuántos amores se han truncado, porque una verdad inhumana se interpuso entre ellos! ¡Cuántas vidas se han roto, porque la envidia, la amistad o el destino descorrió inoportunamente una cortina!

—Esas son las verdades crueles, que cual si fuesen de acero, se nos clavan en el pecho, dejándonos una visión de sangre; pero por sobre esas verdades está la verdad única; sólo que, para llegar a ella, casi siempre extraviamos el camino. Vamos atentos a las voces de fuera y no oímos la voz interna, la voz de nuestro propio espíritu que nos señala el sendero. Hay que vivir alerta, ya que la felicidad sólo pasa una vez por cada hogar; tengamos siempre nuestra puerta entornada.

—Yo nunca la he cerrado, exclamó Lucinda; siempre espero. ¿Y tú, Gonzalo?

—No lo sé. Hay en mí dos impulsos, dos orientaciones contrarias, y es que esta carne flaca, esta amalgama de sentimientos pequeños, de bajas pasiones, es heredada de mi padre que, a su vez, la heredó del suyo, de aquellos por quienes voy yo a expiar la «máxima culpa» para redimirme, para redimirlos, borrando de una vez para siempre ese lema nobiliario que está pidiendo

la expiación de toda una jerarquía; y el espíritu—esto que hay en mí de bueno, de generoso—es heredado de mi madre, de aquella santa y dulce mujer que siempre calló, resignada, doliente, sin que nadie la comprendiera, sin que nadie descubriese el tesoro de ternura infinita que su alma encerraba. Mi madre murió joven, siendo yo un niño, y mi espíritu es como ella, callado, resignado, y, como ella, también se halla bajo el despótico dominio de mi padre, de esta carne ruin y miserable.

Pero hoy el espíritu, amigos míos, es libre, triunfante, y quiere ir en busca de la verdad sin hacer ruido, tímido, callado, para dignificarse y engrandecerse en el sacrificio.

Lucinda no comprendía. ¿De qué sacrificio hablaba Gonzalo? ¿Por qué ese tono resignado de pecador arrependido? ¿Qué nueva pena le agobiaba? En verdad que era extraña la conducta del primo, ayer enamorado, lleno de deseos, formando planes para el porvenir, y hoy, cuando el incendio providencial de la casa del viejo don Cleto hacía desaparecer el testamento del tío, único fantasma que pudiera ensombrecer su felicidad, estaba desesperanzado, acobardado, casi indiferente. Y Lucinda recordaba la entrevista en Risco-Viejo, a donde fuera dispuesta a enterrar su amor, aconsejando a Gonzalo el cumplimiento del deber, y donde la desgracia, el golpe funesto, los volviese a unir más estrechamente. Recordaba la carta de Elza, la noticia fatal escrita con grandes caracteres en el periódico, que fué para ellos al igual que un mazazo en el cerebro, dejándoles aturdidos, idiotizados por la magnitud del dolor. La conversación, toda sinceridad, a flor de alma, el acuerdo final; todo lo recordaba ahora Lucinda, en un deseo vehemente de justificar la actitud del primo. Luego había subrayado de tal modo la palabra verdad... ¿Qué querría decir? ¿Por qué ocultaba sus ideas, temeroso de hablar claro? ¿Aludiría al sacrificio de la maternidad, a la imposibilidad de tener hijos? Y Lucinda, como si ya sintiera la nostalgia de unas manecitas tiernas que la acariciarán,

comprendió la enorme pena de una mujer condenada a no ser madre, a no oír jamás la lengüita de trapo que pide el pecho... ¡Qué triste y qué larga la vida cuando no se tiene a quien llamar hijo, ¡hijo!, con esa voz que sale de los redaños del alma! Lucinda tendió la vista sobre los dos amigos: Pedro Antonio, todo fuerza, juventud; Gonzalo, enfermo, martirizado por desconocidos dolores.

Se levantó un ligero viento; se deshojaron algunas rosas, y en la cabellera de Lucinda fué a posarse una lluvia de pétalos.

Se despidieron. Gonzalo posó un beso en la mano de la prima que, reclinada en el varandal, le vió arrastrando los pies, alejarse lentamente apoyado en el brazo recio de Pedro Antonio.

Los dos amigos subían el «Camino Ancho» en dirección a Risco-Viejo; marchaban silenciosos, abstraídos. Al pasar por el lugar del incendio, salió de entre los escombros de la casa, arrastrándose como una alimaña, el viejo don Cleto. Estaba horroroso; rotas las ropas, demacrado; los ojos hundidos tenían una insólita tsoforecencia. Al pasar Gonzalo se echó a sus pies, en ademán de súplica las manos sarmentosas, ennegrecidas, y con voz seca, estridente, ahogada por las lágrimas, exclamaba:

—Piedad, mi señor, piedad; el fuego os devolvió todo y a mí me dejó en la miseria; mi riqueza era el testamento de vuestro tío; él me hacía fuerte, temible; y ahora, ya lo véis, soy un guñapo que os pide de rodillas amparo. Todo es ya vuestro y de la señorita Lucinda. ¡Piedad, mi señor, piedad!

—Dejadme en paz, le replicó Gonzalo con tono desabrido, alejándose.

El viejo, al recibir el desprecio, blandió en el aire con ira el puño, en son de amenaza, y masculló: ¡Me las pagarás! He perdido la hacienda, per aún me queda la astucia, y sobre ti, último vástago de Latorre, caerá un estigma.

—Ahí tienes, Pedro Antonio, decíale Gonzalo, la obra

del tío Felipe: sembró ambiciones, y el fuego quemó la cosecha. Quiso imponer su voluntad después de muerto, y una voluntad más fuerte la destruyó, la aniquiló. Si creyera en la intervención de los espíritus en las cosas de la tierra pensaría que el alma del tío, agobiada con el remordimiento, incendió la casa para destruir su obra, purificándola con las llamas y el arrepentimiento.

Se acercaban a la casa solariega. En la llanura una palma solitaria daba al paisaje una nota de melancolía; en una noche de tempestad un rayo la dejó viuda, y era la suya una viudez triste, desconsolada. Dijérase que añoraba eternamente al amado.

—Un nuevo favor quiero de tu amistad, Pedro Antonio. Eres el amigo noble para quien no he de tener secretos; quién sabe si no tardare en demostrarte mi gratitud y mi cariño. Tengo un hijo.

—Lo sé, el hijo de Elza.

—Pues bien, yo deseo de ti que me lo traigas. Irás mañana a la capital; arreglarás todo, verás al cónsul y me traes mi hijo, ¡mi hijo! ¿Sabes tú lo que es un hijo, Pedro Antonio? Un hijo es nuestra alma hecha carne, y yo, miserable, lo he abandonado. Un hijo con el espíritu de mi madre, con los ojos y la boca de Elza, la siempre resignada, ¡qué hermoso debe ser mi hijo! ¡Cómo ansío besarle, estrecharle, devolverle todos los cariños que, necio, le he estado negando. ¡El pobrecito tendrá los ojos ensombrecidos de tanto llorar!

Por las mejillas de Gonzalo rodaron dos lágrimas.

—Ya me ha salvado, Pedro Antonio; tengo un hijo y lloro, ¿no lo ves?, lloro, por lo mucho que hice sufrir, porque me perdona la mártir. Tú eres bueno y me traerás a mi hijo, ¿no es verdad, amigo mío? ¡Es mi hijo, ¿entiendes?, mi hijo!

—Sí, Gonzalo, haces bien; estás en el camino de la reparación, te traeré a tu hijo, y la pobre madre, desde el cielo, te sonreirá agradecida, quizá enamorada...

Gonzalo besaba las manos del amigo, todo rectitud, todo bondad.

—Gracias, gracias. Tú no sabes lo que es para mí

este hijo; lo es todo, es el único. Para cualquier padre, un hijo siempre es un hijo, pero tiene otros, los puede tener; yo, ya no puedo tener más hijos, Pedro Antonio; es el único, ¿lo comprendes?, el único.

En el pórtico de la casona, bendecidos por un sol sangrante, en apoteosis de luz, los dos amigos se abrazaron largamente, y Gonzalo, como si hubiera sacudido el polvo de la conciencia, sonrió por primera vez aquel día.

Aquella mañana Gonzalo se sentía más ágil, más tranquilo después de una pesada y larga noche de vacilaciones, de sorda lucha espiritual.

La contienda que a solas con su conciencia y con su amor sostuviera, fué ruda, desgarradora. Hizo el examen de toda su vida, de su pasado de hombre de mundo, algo sentimental, con un sentimentalismo elegante, frívolo, adecuado para juegos de amor; sentimentalismo enfermo que le realzaba, dignificando su donjuanismo, alejándole de nuestro legendario seductor, tan amado de las niñas cursis y de las solteronas que aún sueñan con pasiones volcánicas, desbordantes de lirismo y de versos malos. No, él no fué nunca el galanteador de oficio, el galanteador vulgar; él en todos sus amores dejó algo de sí mismo, de su carne y de su alma; sólo que, como jugador prudente, no puso en una sola mujer toda su vida.

Amó a muchas, pero a ninguna amó de veras; la pena no era grande ni cuando abandonaba, ni cuando le abandonaban. Una nueva promesa, un nuevo afán de conquista le hacía sonreír al día siguiente de enterrar uno de estos amores, sin que del fondo de su alma brotara una plegaria, un recuerdo, una lágrima.

Solo Elza, la muerta, vivió en su corazón y en su memoria largo tiempo. Comprendía que casi no la había olvidado nunca; muchas veces pretendió arrancar de su alma aquella imagen, borrar el recuerdo de aquella casa de las afueras de Viena, con calor de hogar, con una íntima poesía, tan dulce, tan acariciadora; de aquellas veladas en que el espíritu torturado de Chopin sollozaba en el piano y en que su alma, como si fuera un

vaso, recogía todos los perfumes, todas las armonías. Noches de arte, de ensoñación, en que Afrodita, hecha carne en la belleza soberana de Elza, rompiera con un beso fuerte, prolongado, las recónditas melodías del músico enfermo.

Pero el recuerdo, atenuado, suavizado en los días de bullicio y placer, se avivaba en las horas de nostalgia, de congoja, y como una herida recién abierta le atormentaba, le mordía las entrañas.

Aquel idilio violentamente truncado era un eterno remordimiento, una viva acusación. Fué cobarde, desleal con aquella mujer que, por él, rompiera con la familia, con la sociedad, con los mil prejuicios que encadenan el amor.

La mentira—decíale—es indigna de esta pasión; tengo fe en ti; sólo tú has despertado los dormidos ideales de mi juventud, y en pago a este despertar de mis más nobles sentimientos, rompo con la familia, vuelvo la espalda al pasado, a los convencionalismos entecos, a la consideración de los que, hipócritas, perdonan el engaño, el adulterio, la infamia misma, y vituperan mi rebeldía; este gesto de sinceridad, de honradez, que no pone velos al pecado, si pecado es ofrecer nuestra carne al hombre a quien ya hemos entregado el alma, en la posesión de todos nuestros amores. Mis virginidades todas son para ti, mis pensamientos todos son tuyos. Sólo te pido, a cambio de esta ofrenda de mi espíritu y mi belleza, que no me ocultes nunca la verdad, siempre, sea como sea; si es cruel, cruel, si es infame, infame; pero la verdad, Gonzalo. No traiciones mi amor con una mentira piadosa, porque te despreciaría y me despreciaría yo por haberme entregado a un cobarde. ¡La verdad, la verdad siempre!

Era la mujer fuerte, consciente; la mujer dignificada en la caída que no quiere limosnas de amor, ni amor de caridad, sino todo el amor, el amor único. Y Gonzalo, ahora, en lo más íntimo de su ser, sentíase halagado del amor de Elza la gentil, cuya gentileza demandaba pleitesía.

¡Cómo recordaba aquella noche de dolor inmenso, de hondas inquietudes, de presentimientos y de temores en que Elza, lívida, doliente, bañada en sudor, rotas sus carnes, asistía al triunfo de la maternidad!... ¡Aquel ¡ay! estridente, desgarrador, le zumbaba todavía en el cerebro a Gonzalo. También recordaba el beso en la frente de la nueva madre; beso puro, ideal, sin mácula alguna. Y aquellas manos pálidas que se le tendían en un ademán suplicante, como diciéndole: Ya ves, tenemos un hijo; es tu hijo, no lo abandonarás nunca, ¿verdad, amor mío?

Y al poco tiempo el abandono, la traición cobarde. Una vida rota y nuevos amores que alegraron la existencia de Gonzalo Latorre.

El amor para Gonzalo era placer, la vanidad, la satisfacción de saberse admirado por la mujer, y la mujer en aquellos días de su juventud sana, fuerte, no era la mujer toda dulzura, bondad; la mujer que santifica el hogar; la chiquilla buena que abre las ventanas de la casa cada mañana, para que con el sol y con el canto de la alondra entren nuevas esperanzas, nuevas alegrías, nuevas ilusiones... La mujer mitad hermana, mitad amiga; la de manos piadosas que cierran las heridas del alma; la que recoge con un beso la lágrima que quiso asomar a nuestros ojos; la que nos llama ¡tonto!, porque tenemos una pena y no vemos su pena; esa pena tan chiquita, tan infantil, que sólo espera una sonrisa nuestra para convertirse en una caricia, en una lluvia de besos, en un reír argentino y cascabelero; la mujer abnegada, la que esconde el llanto para no turbar nuestra alegría, la que llena nuestra mesa de flores y nuestra alma de promesas; la mujer, la esposa, la prima... y Gonzalo evocaba a Lucinda, toda sencillez y candor. Pero ¿qué vida podía él ofrecerle a Lucinda? ¡Una piltrafa de vida, sin la esperanza siquiera de verla continuada en un hijo!

¡Un hijo! Nunca había pensado en ello como ahora. ¡Tener un hijo, un pedazo de su carne y de su alma! ¡Cómo ennoblece un hijo! Tener un hijo es como ser

inmortal, quedar unido a la tierra por el único sentimiento limpio, puro; y él tenía un hijo, y lo había olvidado, y, cobarde, lo negaba como si fuera una mancha, un cáncer, y más cobarde todavía, buscaba el hijo de otro, de un cualquiera, para mostrarlo orgulloso, ufano de este escarnio de la paternidad, de esta farsa, de esta mentira vil y miserable que le traería la riqueza, los malditos millones del tío Felipe...

Y buscó y supo hallar palabras bonitas, tiernas, apasionadas con que seducir a la incauta, a la doncella a quien pedía el sacrificio de la maternidad. ¡Miseria, mentira, mentira todo!... Y entre tanta miseria, entre tanta mentira, brotaba la verdad única de su vida, el amor a Lucinda. La quería como no soñó nunca, con un ansia nueva, con una pasión nueva; como si su cuerpo, árbol viejo, enfermo, se cubriera, por milagro divino, de flores para la muy amada; como si este amor hubiera sido para su vejez temprana una eterna primavera. Lucinda era la salvación; era el refugio para su alma cansada.

Lucinda era todo esto, y, sin embargo, había tomado una resolución. El sacrificio era de una enorme crueldad; mas era honrado, acaso el único gesto digno de su vida. No quería retroceder; se sabía flaco de voluntad, y temía titubear al oír de nuevo la voz cantarina de Lucinda, al mirarse en sus ojos candorosos. Era el momento.

Las grandes resoluciones no hay que meditarlas mucho. Esta vida miserable está formada por una urdimbre de convencionalismos, de pasiones, de intereses que de tal modo envuelven a la verdad que, cuando ésta ha logrado, tras tenaz y rudo latallar, romper la maraña que la ocultaba, prisionera de las ambiciones, de todas las bastardías del alma, precisa darle libertad pronto, porque pudiera caer de nuevo en poder de los prejuicios y falsedades.

Los sentimientos como las personas sólo valen por los trapos que les cubren. Hay que salvar el pudor. Un malvado elegante siempre es menos malvado que un ha-

rapiente. El sentimiento ruín, sin conciencia, a quien vestimos con las palabras «honor», «deber», no es ante la sociedad, ni una villanía ni una traición; es el respeto a la jerarquía, es el concepto de sí mismo.

En todas estas cosas pensaba Gonzalo Latorre cuando se hallaba en el camino de la verdad, del bien.

Renunciar a todo, a ese concepto social, al vivir regalado, opulento, y, a lo que para él significaba más aún, a la prima Lucinda, al amor de la prima Lucinda. Pero todo esto era una caravana de bellas mentiras. La sociedad, la riqueza, el nombre, mentira, mentira. Este mismo amor grande, inmenso, de Lucinda, mentira era también; espejismos del espíritu andariego. ¿Qué amor podía él dar a Lucinda si ya había dado su carne y su sangre hecha alma en el triunfo de la paternidad a Elza? ¿Qué pasión era la suya por la prima, en el ocaso de su juventud enferma? ¿Qué le daba a la toda candidez? ¡Un cuerpo podrido y un alma dolorida de tanto amar!

No, el amor verdad de Lucinda, la pasión pujante no era él; ella tal vez lo ignorase, tal vez creyera en una pasajera simpatía; pero esta simpatía por el amigo, por el confidente, era la pasión de ambos, la pasión sorda, callada, por falta de indagación espiritual en la doncella, por generosidad y culto a la amistad en Pedro Antonio. Pero él sabría sacrificarse, y ellos serían felices, crearían una nueva raza, fuerte, recia, pletórica de salud, de bríos, y de este modo redimiría su pecado, expiaría su culpa, y expiaría también la máxima culpa de sus antepasados. No había que vacilar. ¡A redimirse, a redimirse!

La voz del amigo le sacó de sus meditaciones:

—Abrázale; es tu hijo.

Gonzalo, emocionado, cubría de besos a un niño de ojos negros, de melenita rubia, que le miraba asombrado, interrogador.

—¡Mi hijo, mi hijo, Pedro Antonio! ¡Esta es la Verdad que redime!

CAPITULO XII

Por «Guillón Barrús»

Aquel día del incendio, el viejo Bartolo y el forbante de Mauro cruzáronse en el camino.

—Ni con todos los chorros juntos de la «Madre del Agua» se apagará «eso»—dijérale de largo el aparcerero.

—¡Ande al jinojo!—fué la respuesta que gritara el bastardo, corriendo a todo correr, desalado, resoplante.

Alguien que entonces hubiera inquirido en la arrugada faz de Bartolo el sentido oculto de su gesto malicioso, como un brujo regocijo, al percatarse de la carrera del bastardo en dirección de la catástrofe, quizá se habría dado a cavilar en la pastosa y recalcada ironía de aquellas palabras: «Ni con todos los chorros juntos de la «Madre del Agua», se apagará eso». ¿Y por qué pronunciara con un arrastre de despectiva delectación silábica la palabra «e-so»? Misterio... Cosas de la sagacidad rural.

Había traspuesto sin replicar a la interjección enfocada de Mauro, pero en su rostro atezado y áspero como un cordobán se llevaba el enigma de una satisfacción sabia y cazorra. Diríase que iba hilvanando en el secreto del devaneo mental este soliloquio: «¡Qué diablo!

más que entrometerse en las ajenas, bien puede conformarse con que una vez le repasen las propias. Era ya tiempo de decir, como esos caballeros del comercio que llevan los libros: saldo y cuenta nueva. A cada puerco le llega su San Martín.»

Y desde el día memorable de la «fogalera», que así calificaran el incendio con sorna socarrona los palurdos de las cercanías, Mauro no había vuelto a salir de aquella desvencijada casa en que vivía, a dos kilómetros de «Los Naranjos». Era su única herencia, a más de unas reducidas parcelas. Fué todo lo que hubo de su madre Isabel, la manfa de su padre natural, el tío Felipe.

Nada obtuviera de sus esfuerzos para salvar el documento inestimable. Destruído por las llamas, quedábale una destemplada e informe sobreexcitación moral, un prurito atosigador que le encendía en todos los rincones del espíritu una ansiedad brutal y desbordante. Algo así como una fiera reacción de la vitalidad en la incertidumbre de un naufragio.

Ahora sentía la necesidad de hacer algo. No era él hombre que se resignase a prescindir del disfrute de aquellos millones que por herencia intestada pasarían muy pronto, y de un modo definitivo, a ser patrimonio de Lucinda y de Gonzalo.

Como vivo testimonio de una empresa ineficaz, de un desastre inevitable, después de la ilusión de una realidad codiciada y desaparecida, así la noción de las chamuscaduras que en las manos le produjera el fuego, le reavivaba en el fondo de su aviesa y primitiva psicología toda la cólera de que era capaz su temperamento, manso en la apariencia, pero monstruosamente determinista y regresivo en lo íntimo.

En la displicencia tempestuosa de sus ideas, alargábase y le percutía como un hierro en el cerebro el plan fraguado con el concurso de Berta y preterido por la desconcertante magnitud del suceso que había calcinado hasta los cimientos la casa de don Cleto. Férvidamente, al igual que relinchara una bestia hambrienta en el goce intuitivo de un husmeo favorable, relinchó

en la soledad de su habitáculo: «¡La poseeré, la poseeré! Será mía un momento, sólo una vez, pero después... de nadie; ¡quién sabe! Sobre el odio y el sentimiento de la deshonra propia, como ha dicho don Cleto, suelen auparse las conveniencias sociales, el buen ver...»

Creyérase una evocación, un llamamiento magnético; pero don Cleto, apareciendo, fué un punto involuntario de contención del torbellino ideológico del bastardo.

—Aquí me tienes, hijo, como un mendigo de esas calles, aunque siempre dispuesto a servirte y darte algún consejo si menester lo hubieres.—Y por su insidia subterránea y por sus palabras de astucia curvilínea, sugería el sagaz carcamal, en este instante, la silueta de un Yago envejecido y azuzador junto a un Otelo inflamado en una pasión falsa, espúrea e interesada.

—Sentía afán por verle, don Cleto, y ha llegado usted en buena hora.

—Tanto mejor a la vez que me congratulo de observar que esas chamuscaduras de tus manos no han tenido la importancia que se presumió al principio.

—No ha sido gran cosa. Un poco de piel resequida como un pergamino por el rescoldo. Con unas unturas de «esencia maravillosa» de Nueva York, desaparecerá en pocos días la rojez de la soflama. Vea usted, el movimiento de las manos es completo. Sólo un ligero escozor, nada...

El zángano del vejete quería abordar de plano la cuestión. Sentía por dentro, como un cáustico, el desprecio casi insolente de Gonzalo Latorre.

Aquel «dejadme en paz», con que al implorar su piedad le replicara de un modo poco menos que insultante, no lo había olvidado ni lo olvidaría mientras viviese. Ya lo vería.. No hay enemigo pequeño en el mundo.

Hablaban sentados en un poyo adosado al paramento de la casa, bajo el toldo de un geranio trepador que había escalado la armazón chapucera y precaria colocada en otro tiempo para sostén de un chayotero.

—Ahora pedirán la declaración de berederos—insinuó don Cleto—. Y andando el tiempo, por lo que se

dice y lo que uno ve, y también por lo que se sabe, toda la fortuna irá a manos de ese mocosillo que Gonzalo, del que resulta ser hijo, ha metido en su casa como un intruso en la estirpe.

—Pero yo tenía entendido que Gonzalo había sufrido en París una operación tremenda y que no podía... vamos... aspirar nunca a ser padre...

—Eso es ahora; antes de estar en la clínica parece que el mozo aprovechaba bien sus ímpetus. A título de réditos del capital deshecho le ha quedado ese angelote rubio y huraño.

—Y dígame, don Cleto—profirió el bastardo en una repentina explosión—, si yo hiciese mía a Lucinda de un modo clandestino, ¿cree usted que ella iría al matrimonio?

—¡Aquí paz y después gloria!—exclamó don Cleto en una beatitud repugnante.

Sentíase interpretado y comprendido antes de significar la finalidad de sus propósitos, y aunque no ignoraba el plan ni era ajeno a indicaciones anteriores del mismo, ni a su concepción, había temido que Mauro aflojase en su empeño y no se acordara del pomo confiado a Berta.

Vió los cielos abiertos y más propicia que nunca la ocasión para utilizar el instrumento de su venganza. Además, le iba en ello el reanudado ensueño de una pingüe recompensa, si el éxito, en que confiaba, respondía a la morbosa obsesión del bastardo.

Este, siempre bajo la misma pesadilla, formuló un reparo.

—¿Y si aún deshonrada la hiciese Gonzalo su esposa?

—Vamos, hombre, ¿dónde has visto tú a nadie echarse voluntariamente a cuestras cargas de otro, de esa índole? No maquines absurdos. Hay más: Gonzalo es una bancarrota humana, un desperdicio fisiológico. El mal que le aqueja no da para tirar mucho tiempo. Lo esencial es obrar pronto y en firme. Puede casarse mañana, dentro de una semana, y entonces, ¿qué?... un pan

con dos codos. Muere después, y al fin cátafe al moco-so y a Lucinda en posesión de todo lo del tío Felipe.

Los encrespados apetitos del sexo rebótaron como una borrasca en la naturaleza inferior del bastardo, para decirle a su ingénita codicia que ellos serían los tentáculos prestos a cerrar el camino de posible evasión a la presa palpitante y confiada.

Mía será, aunque tenga que ahorcarme de un tirante o escapar como un perro perseguido... Ese alfeñique de Gonzalo no tendrá primicias ¡no!...

—...Y otra cosa, Mauro; si la boda se efectuase «antes»—y daba a la palabra una expresión reticente, de referencia al bárbaro proyecto del bastardo—, faltaría la base de posibilidad para que la mitad de esos millones, que corresponde a Lucinda, pasase a tus manos. La fortuna de ambos sería para el hijo de la austriaca, porque aquella no tendría descendiente de Gonzalo, y como la conozco bien, podemos descartar desde hoy la eventualidad de un segundo matrimonio.

—¿Y si Gonzalo, que como usted dice, tiene los días contados, muriese en breve, sin entonces casarse?... ¿No sería más despejada la situación?

Era una escapatoria de la intuición rural, un chispazo repentino de cordura en medio de la obscura ramazón de su pensamiento.

Don Cleto acudió presto:

—Vale más pájaro en mano que ciento volando. Mientras la boda no se efectúe, bien; pero como en tus manos no está ni la vida de Gonzalo ni el resorte de sus resoluciones y las de Lucinda, no te queda tiempo que perder.

—¡Aquel gallina de Fortún!... ¡Si no le hubiese fallado el golpe!...

Hizo una pausa, en la que sus arcos superciliares parecían abultarse por el embate tumultuoso de una idea que fuera a transformarse en resolución. Creyérasele en este instante, salvando el medio ambiente, apacible, geórgico, un héroe ibseniano, nórdico, sombrío, abstruso...

Repentinamente, afirmó:

—Listo. Iré esta noche. Berta conserva el narcótico.

—Bien pensado, hijo mío. La vida es un azar, un albur con muchos riesgos, y conviene romper su secreto de una vez, sin titubeos. La esperanza en el mañana es el traje con que vestimos la ineptitud o la indecisión en el obrar. El fenómeno de la energía aplazada contradice las leyes de la Naturaleza. Es avecindarse con la muerte.

Te hablo así porque algo conozco de estas cosas. Por lo que he leído en algunos libracos, y porque también sé rumiar mis filosofías, puedo jurarte que esos símbolos fraseológicos equivalen a si dijéramos que tres y dos son cinco.

Haz cuenta que doña Asunción está que poco le falta para cerrar el abanico, y que una vez sola y deshonorada, Lucinda no hallará más que a ti en el gran vacío que ha de hacerse a su alrededor...

—Está dicho, don Cleto; lo he visto más claro... ¡Y qué diantre!, si fracaso, me iré con el alma dada al demonio hacia América!...

—...Y yo a arrastrar mi impedimento de huesos por cualquier oficina a que el favor político quiera llevarme, o a seguir rastreando la huella de algún arcano de curiales.

Don Cleto, levantándose, palmeó con afectada cordialidad la espalda del bastardo y le dijo adiós, recomendándole por última vez que fuese rápido.

En el diálogo, las últimas palabras de Mauro se bordeaban de una tozudez calenturienta. Estaba penetrado de una tensión satánica.

La perspectiva de un usufructo de millones por obra y gracia de aquel testamento, desaparecido a influjos de un sino infernal, reaparecía ante él y le acrecentaba, recia y persistente, la inclinación irrefrenable: poseer a la rica hacendada de «Los Naranjos».

Un solo matiz de vida anímica resaltaba en su interioridad. El eje central de sus elucubraciones era aquella suma que le deslumbraba, ofreciéndole la alegría

de una deidad fastuosa en la individualidad de Lucinda, hacia la que llegaría con el estremecimiento sórdido del aventurero que espera hallar el filón apetecido a través del subsuelo virgen y maravilloso.

El deseo violento de la desfloración era una forma simplista y transitoria de su codicia. Bajo ella latía dominante este sentimiento, del que, como de un círculo máximo, arrancase el más pequeño y concéntrico de su ansiedad sensual. No le acosaba el amor, que era para él como una presa. Su tosquedad psíquica, ayudada por atavismos de sangre, amoldaba y soldaba a su ambición el estímulo orgánico, el impulso sensorial por el que la voluntad había de realizar el acto culminante y decisivo.

Era así la estructura ético-fisiológica del hijo natural del tío Felipe: bajo la envoltura corriente de un labriego guapetón y apuesto, de una mediocre corrección de maneras, latía la bestia ávida de saciarse de los goces más arraigados a la existencia: el holgado vivir y la mujer.

Caía el sol. A través de los claros del emparrado se filtraba la luz crepuscular dibujando en el suelo arabescos sangrientos. Zumbaban zánganos y avispas al borde de las flores del geranio trepador. Una magnificencia nostálgica y religiosa se escapaba del conjunto vasto y purpureante del paisaje. En el éxtasis del atardecer languidecía el canto lejano de los labriegos que retornaban a sus pajares después de las faenas agrarias.

Mauro sintió sobre sí un revuelo de alas y el trino cordial de los últimos pájaros rezagados que se acogían a la hospitalidad de las frondas.

De pie en el dintel de la puerta, asociaba al fantasma pertinaz de su pasión por el dinero la figura de Lucinda. Espléndida, en la plenitud de sus veinticinco años, la amada de Gonzalo Latorre se le aparecía nimbada de una serenidad espiritual desconcertante. Resumía el tipo harmónico, la mujer que hermana los encantos del cuerpo, irreprochables, con la sugestión reposada del alma. Y era este noble equilibrio lo que más escalofriaba

la sangre y los músculos del bastardo con un hormigueo inquietante.

En la exterioridad física, en efecto, Lucinda reproducía la silueta de una Antígona que no hubiera todavía sentido el hondo estremecimiento de las desolaciones trágicas.

«¡Cómo ha de temblar—pensaba el bastardo—cuando la oprima en el momento supremo!» Le invadía ese orgasmo con que los piratas, los conquistadores de tierras, los criminales y los aventureros sin sentimentalidad refinada, entregan a la profanación de las cosas más bellas y más excelsas al llegar el momento de las represalias y del botín.

Aproximaría el fatal alcaloide. Una... dos... tres aspiraciones... y luego la inconsciencia de un momento trascendental, sangrante y férvido como la explosión de un cráter...

...

Mauro se había esfumado en la penumbra interior del casucho, y a tientas, de una alacena, sacó un cuchillo canario con la empuñadura toda incrustada, lo enfundó en la vaina y volvió a salir, perdiéndose en el misterio de las sombras...

Cuando Pedro Antonio llegó a «Los Naranjos» habían sonado las 10 de la noche. Atravesó el frondoso arriate de nísperos que termina en la plazoleta de acceso a la casa, siguió hasta una ante-portada descubierta lateralmente, por cuyas columnatas cruzadas de alambres se encumbraban algunas plantas balsámicas, y tiró del llamador.

Quedó sorprendido al encararse con Bartolo, quien le abrió la puerta.

—¿Cómo a esta hora por aquí, Bartolo? ¿A don Gonzalo le sucede algo?

—Nada, señorito; pero como no ha querido salir es-

ta noche, me encargó viniese a saber de doña Asunción, ordenándome tomase de usted mismo los informes. Y he estado esperando por usted...

—Está bien; aguarda un poco—y remontó hasta una alta y amplia galería los peldaños de pulida obsidiana, en cuyo zócalo de arranque estaba esculpida una fecha: «1710».

La casa tenía el estilo desigual de las construcciones insulares de aquella fecha; pero si el espíritu arquitectónico era inexpresivo, a pesar de las reformas sufridas por el inmueble, que le hacían más desigual aún, tenía en cambio una confortable distribución interior y una amplitud señorial discreta, no exenta de cierta solemnidad claustral.

Arriba, Pedro Antonio, se desvistió el «paletot», colgó del perchero su gorra inglesa y echó a andar por la galería.

—Buenas noches, Pedro Antonio; por aquí...—habló Lucinda saliendo al encuentro del galeno, que aligeró el paso y estrechó en sus dos manos, con una amabilidad efusiva y respetuosa, la diestra de la mujer más inefable y recatada que él hubiese conocido.

—Veamos a «la abuelita»—dijo después Pedro Antonio, orientándose hasta la habitación de la enferma por la indicación de Lucinda, que iba delante.

—No creó que sea cosa de cuidado...

—Desde por la tarde se siente decaída, muy decaída, y todos en la casa hemos notado que a veces se le rompe el hilo de las palabras y no completa el pensamiento...

Lucinda había vuelto la cabeza y Pedro Antonio observó una perplejidad angustiosa en su semblante. Aunque no le agradara el estado sintomático que colegía de las frases de aquella, por tranquilizarla, repuso:

—Veremos, veremos; quizá no sea más que uno de esos tantos estados de ánimo que ella misma se crea por la autosugestión de sus constantes cavilaciones...

Se acercó al lado de la paciente, pulsó, auscultó, hizo algunas preguntas, echó una ojeada vaga hacia un punto indiferente del espacio, volvió a hacer preguntas,

miró de nuevo con atención el semblante de la pobre señora, y sin desplegar ahora los labios, se acercó a una mesa-pupitre, arrancó de una libreta perforada una hoja de papel, y escribió rápidamente unas líneas concisas y casi herméticas.

Había recetado un remedio heroico, de esos que si no deciden de momento no pueden aplicarse por segunda vez.

Los ojos de Lucinda, luego, le interrogaron. Y él, procurando quitar gravedad a sus palabras, dijo: —La fiebre no es mucha... Un pequeño amago de derrame... Veremos... veremos... No es para alarmarse...

*

Doña Asunción, sin embargo, y esto es lo que Pedro Antonio no quería revelar por sí solo a Lucinda, empeoraba a ojos vistas. Los centros motores amenazaban paralizarse. Latía con intermitencias el corazón, funcionaban trabajosamente y con ruidos anormales los pulmones; en el laberinto de la masa encefálica se insinuaba algo inaudito...

Lucinda salió para entregar por sí misma la receta a Juanón y encomendarle que ensillase a «Lucero» y fuese a escape a la farmacia de don Antonio... Antes de las doce podía estar de retorno.

Pedro Antonio salió también, recomendando a Berta, la doncella de servicio, que estuviese atenta a los cuidados de doña Asunción. Descendió la escalera, recorrió un pasillo y llamó por Bartolo que conversaba en un patio interior con la vieja Dorotea. El aparcero de Risco-Viejo, sombrero en mano, prestó atención al recado:

—Diga al caballero que la señora está algo grave y que no sería desacertado que viniese. La hora no es muy propia para sus achaques, pero no hay remedio, Bartolo.

—Bien, señorito, a buena noche... quiera el Señor de Tacoronte que eso de la señora no sea nada...

Sonrió a solas melancólicamente Pedro Antonio. La buena fe y la credulidad del labriego despertaba de

un modo amable y benévolo su escepticismo. Y mientras ascendía otra vez por la escalera al piso alto, rectificábase a sí mismo: «¡Quién sabe! ¡Cuántas veces defraudando los pronósticos de la ciencia, comprobada la ineficacia del remedio, resurge a la vida el que estaba a punto de perderla!... Pero no puede ser, quizá una fuerza inmanente de la vida misma, obediente a leyes que aún no conocemos por no haberse creado la ciencia que las escudriñe y estudie, es la que opera el fenómeno maravilloso que en algunos casos nos desconcierta y llena de confusión.»

Empero, su intelectualidad, su pensamiento rebelde, tras la duda afirmativa de una posibilidad, había vuelto a la duda anunciadora asimismo de otra posibilidad más en armonía con la naturaleza de sus convicciones.

Cuando entró en el dormitorio de la enferma, halló a Lucinda sentada en una mecedora, junto a la gran cama de caoba, con ornamentales tallados (magnífico y artístico mueble que atestiguaba un pasado nupcial suntuoso), donde su madre reposaba.

Berta, cumpliendo órdenes, retiróse y se dirigió al piso bajo en espera de Juanón.

Tenia la sirvienta un aire extraño. Hacía las cosas automáticamente, como una alucinada. Apenas soportaba la mirada límpida, ingenua y acendrada de Lucinda. En su presencia, invadía un malestar abrumador, le recorrían el cuerpo temblores rápidos, y procuraba despachar cuanto antes, porque le parecía que un terror involuntario iba a delatar el negro complot cuyo secreto le mordía la memoria y le llenaba de visiones espantables la imaginación.

Insinuábase en su rostro, hacia la prominencia de los pómulos, y hacia los extremos de la frente, unas manchas descoloridas, de un color indefinible, que trascendían a síntomas de embarazo. Lejos de esperar a Juanón, salió al campo por una puerta de servicio interior que conducía a las cuadras y establos.

Plasmábase en la estancia de la enferma, entretanto.

un silencio resignado, grave, como de ansiedad expectante.

La actitud de Lucinda era de preocupación y abatimiento. Apoyaba el codo del brazo izquierdo en la rodilla del mismo lado; tenía parte de la cintura respaldada en el borde de la cama; reposaba en la convexidad de la mano, diagonalmente en alto, la tersura sedeña de la frente, cérea, dolorida, litúrgica en aquella hora profunda, bajo la luz atenuada y violácea de una lámpara antigua, con redoma. Pedro Antonio, a su vez, coordinaba en un rincón, a medias tendido del lado derecho sobre un diván, los síntomas que había observado en «la abuelita» y el proceso probable de los mismos.

A ratos, en la movilidad errática de sus ojos, cortaba el engarce de su discurrir profesional aquella figura tan interesante, tan bella, tan irresistiblemente adorable y fragante que era la hija de doña Asunción. Y sin querer, involuntariamente, le sobrevenían imágenes mortificantes a las que apuñaleaba velozmente, en una reacción enérgica de sentimientos y de conciencia. Y no obstante, a pesar de este aventamiento de cosas molestas y contradictorias, volvía, a intervalos, en la paz reconquistada de su espíritu, a surgir y crecer la balumba inquietadora y tormentosa; aquella balumba que en una ocasión análoga, estando también enferma doña Asunción, aunque no de tanto cuidado, le asaltara con las mismas ideas y sensaciones. Y se repetía, maquinalmente, las palabras de entonces, de la enferma, entrecortadas y rogatorias: «¿Por qué no la defiendes? ¿Por qué no la salvas?» Y luego, las tintineantes, sonoras y frescas de Lucinda. «Es usted un hombre especial, único, admirable en todo. Ni le gustan los dulces, ni las novias, ni nada»... ¡Ah, qué sarcasmos envuelve la existencia!... ¡Si llevaba dentro su pasión y muerte, y era su propio corazón el Cristo crucificado en el Calvario de su vida interior en holocausto a la religión de la amistad y el deber! La vida, el mundo, los sentimientos, las ideas... ¡qué honduras, qué tajos, qué abismos tan insospechados e infranqueables encierran!

Sonó el timbre del llamador; y Lucinda, incorporándose, fué a salir, caminando sobre la punta de los pies. Pedro Antonio hizole indicación de que él bajaría para abrir.

—No es indispensable, Pedro Antonio—objetó a media voz—; Berta abrirá, que está abajo.

El timbre, sin embargo, volvió a sonar.

—¡Esta Berta!... Es una distraída...

—Usted se queda, que yo bajaré—significó Pedro Antonio, adelantándose a grandes pasos, sin ruido, y descendiendo la escalera.

Llegaba al porche, cuando Berta, pálida y fatigada, acercábase de prisa para descerrar el picaporte.

Gonzalo, entrando, saludó:

¡Qué contrariedad, Pedro Antonio! ¿Y no hay mejoría?...

—Hasta este momento, ninguna. Si lo que he recetado, que de un momento a otro traerá Juanón, no conjura el peligro, témome un desenlace funesto y rápido... ¿Y tú, cómo andas?

—Mal; estas malditas piernas me flaquean cada vez más, y siento en ocasiones unos espasmos fríos...; las manos, de pronto, me tiemblan; se me hace un nudo en la garganta; luego me siguen unas palpitaciones fugaces, de segundos, hacia el lado del corazón...; ¿Qué sé yo! Esta máquina, chico, se descompondrá como una carreta vieja el día menos pensado...

Pedro Antonio, mientras remontaba la escalera, tranquilizó al amigo:

—¡Tus nervios, Gonzalo, tus nervios y tus impresiones últimas! Una psicopatía que requiere sedantes morales... Ya verás cómo el encanto del pequeño opera un cambio...

—¡Yo sé!... Fritz me ha devuelto una cierta paz de espíritu... El chicuelo es discreto y sensitivo... He tenido que dejar a Bartolo y la doncella acompañándole. Se despertó y quería que le trajese. ¡Figúrate, a estas horas!

Despaciosamente subía Gonzalo los peldaños. Pedro

Antonio se daba cuenta de ello y le invadía desconsoladora la tristeza del mal irremediable de su amigo íntimo. No le quedaba duda. Aquéllo era un caso perdido. Fuérase que el estado patológico sufriese, con desconcertantes alternativas, aparentes mejorías o recrudescimientos inesperados, y siempre repentinos; fuese que el cansancio del trayecto recorrido y la hora avanzada hubieranle afectado de un modo inconveniente, era lo cierto que Gonzalo presentaba ostensibles muestras de agotamiento físico y de aplanamiento moral en este instante.

En lo alto, cuando Gonzalo rebasó el último escalón, Lucinda, agobiada, en un movimiento espontáneo de angustia de su alma, se fué hasta él e inclinando la faz atristada sobre el pecho del hombre amado, vibró en un súbito y comprimido sollozo.

—Está mal, Gonzalo, muy mal...; lo presiento, aunque Pedro Antonio, como es natural, pretende tranquilizarme... ; Y estoy sola!...

—No, hijita, por Dios... ; Cómo vas a estar sola? ; Y nosotros? ; Y yo?...

Gonzalo, visiblemente turbado, a pesar de toda la energía que deseaba aparentar, le dió un beso filial, casto, sin vehemencias pasionales, y pasó por la negra y lustrosa cabellera, un tanto desordenada, las manos alargadas, sin carnaje, casi anatómicas...

Un tercer repiqueteo del timbre cundió otra vez en la quietud de la noche, luego de internarse los tres en la alcoba de la paciente, y a poco, desde la puerta, alargaba Berta un pequeño envoltorio:

—Señorita Lucinda, las medicinas que ha traído Juanón...

Pedro Antonio, ligero, cogió el paquete.

—No hay tiempo que perder—dijo—; Berta, traiga usted una cafetera con agua hirviendo y el reverbero grande. Pronto...

De los escaques o casillero de un complicado estuche de cirugía, retiró Pedro Antonio una jeringuilla hipodérmica; sucesivamente, ordenó sobre la lámpara de al-

cohol que Berta trajera una cazuelita de hierro esmaltada; vertió en ella, de la cafetera humeante, agua caliente, que rehirvió presto, a poco que la llama de la torcida hizo enrojecer el fondo panzudo del pequeño recipiente; y así que el menaje todo estuvo cuidadosamente dispuesto, desinfectó la aguja capilar de platino y aproximóse a la enferma, en vías de inyectarle el líquido contenido en el exiguo cilindro de cristal.

Gonzalo sostuvo verticalmente, y al nivel de su faz, el brazo izquierdo, flácido y blancuzco de la anciana; frotó luego Pedro Antonio con un fragmento de huata empapada en espíritu de vino; palpó en la floja y acordonada red venosa; hizo una seña a la fámula para que aproximase hasta él y alzara más la palmatoria con que les alumbraba en aquel menester de la ciencia, y una vez seguro del punto de inserción en el brazo, clavó la aguja capilar e impelió en firme el émbolo de la jeringuilla.

La enferma no se conmovió: parecía insensible; sólo un ligero movimiento intermitente de los párpados plegados, igual a un pestañeo de estrellas, revelaba todavía la noción de su actividad orgánica.

—Esto otro para más tarde—significó el profesional, destapando el frasco que encerraba otra de las medicinas, y oliéndolo y cerciorándose; por el examen visual y olfativo, de que era inequívocamente lo que había recetado.

Acto continuo en esa actitud exhortatoria de un sacerdote en el momento de recomendar a los fieles el acatamiento de la santa palabra, aleccionó de este modo:

—...Y ahora, usted, Lucinda, a dormir, que va a sonar la una de la madrugada; Berta, a sentarse ahí a los pies de la cama, por si pudiera necesitársela, y para que despierte a usted si se hiciese indispensable (y me sospecho que no); Gonzalo y yo a velar... Sin rebelárseme, ¿eh? Tengo ahora el mando del barco y no puedo permitir que se titubee ante mis órdenes. Usted ha menester de algún reposo, para si fuese necesario turnar...

¿No es así? Pues andando, a dormir, que «la abuelita» corre de mi cuenta...

Lucinda, contrariada, hizo un mohín de rebeldía e insinuó, poniendo sordina a las palabras, un llamamiento a la indulgencia de Pedro Antonio; pero Gonzalo, entre emotivo y chancero, intervino.

—Dice bien Pedro Antonio: Toda la noche en vela, después del trabajo y las desazones cotidianas, te dañaría... Ya verás... mañana habrá mejorado «nuestra mamá» y estaremos todos más contentos, y te hablaré de muchas cosas que he pensado últimamente y que han permanecido como rayos de sol tras una nube: esperando que ésta se disipe para eliminarlo todo y llevar vida y calor allí donde los gérmenes de la eterna renovación aguardan la fuerza que los ha de hacer fructificar...

—Ea...—musitó con fingido imperio Pedro Antonio, sofocando el tropel de fantasmas mentales que le habían sugerido súbitamente las frases depuradas de su amigo, y cuyo alcance remoto se le ofrecía a su comprensión de un modo fragmentario y neblinoso como un escorzo alegórico y laberíntico—. Lo dicho, dicho, y nada de romanticismos de madrugada, Gonzalo; mañana os diréis todo lo que se os antoje, que será mucho y bueno, seguramente, pero, por ahora, «cada mochuelo a su olivo»: Lucinda a descansar; a velar nosotros. ¿Estamos?...

Vencida por la firmeza disciplinaria e ineluctable de Pedro Antonio, pacientemente, abnegada, y a la vez sorprendida por el sentido cabalístico de las últimas palabras de Gonzalo, dió Lucinda las «buenas noches», besó con efusión acrisolada la frente materna, marmórea, y atravesó la galería hasta llegar a su dormitorio.

Experimentaba un momentáneo alivio de espíritu, en el consuelo de ver que su madre quedaba al cuidado de las personas por quienes sentía arraigada predilección, en un paralelismo de sentimientos de amor y de amistad inquebrantables. Lo que seguía batallando en ella e intrigándole ahora, eran aquellas expresiones enigmáticas de su primo. Este había dicho, bien lo recordaba,

hablando con ella y con Pedro Antonio en una ocasión, próxima por cierto: «Hoy el espíritu, amigos míos, es libre, triunfante, y quiere ir en busca de la verdad, sin hacer ruido, tímido, callado, para dignificarse y engrandecerse en el sacrificio». Si, ¿qué era esto?, ¿a qué venía esto? ¿Cuál sería la clave de tales frases parabólicas? ¿Qué designio en fermentación encerraban esas palabras remontadas y literarias como las que ciertos escritores simbólicos, que ella había leído, suelen poner en labios de algunos de sus personajes exaltados y enfermos?...

Cruzó el pasador de la puerta; abrió la ancha ventana de persianas; se reclinó en el alféizar; flexionó el cuello, dejando la garganta admirable envuelta en el bautismo lunar, lácteo, y dejó cerrar la mirada por el espacio inundado de una suave claridad astral, feérica, e impregnado del perfume balsámico de varias plantas aromáticas... Embriagada, invadida todo su ser por aquella consolación que le llegaba del seno íntimo de la noche y de la honda influencia de las cosas en aquel silencio, pleno de un alma callada e imponderable, Lucinda, esperanzándose a sí misma, adormeciendo el agorero aleteo de sus atribuladas divagaciones, dió algunos pasos maquinalmente por la alcoba, arrancó las artísticas peinetas de carey y oro (ofrenda de Gonzalo) que esclavizaban la torrentosa negrura de su cabellera profusa, y aflojándose el corsé se tendió distraídamente, sin desvestirse, sobre la blanda paz del lecho.

Lentamente fué aletargándose, sumiéndose en un estado de marasmo inconsciente, que no llegaba a consolidarse en un sueño profundo y reparador. En este sueño suyo, a flor de los párpados, ibanse agolpando, reviviendo, como visiones que acudiesen a un conjuro imperceptible e inevitable, todo el conjunto poliédrico de sus impresiones más recientes y de sus afanes más recónditos. Y como en una revelación inesperada, cruel e irremediable, vió a través del velo sideral que los reflejos lunados colgaban en la estancia, cómo se deshacía de pronto, diluyéndose en la nada, todo el bello conte-

nido de su vida de sosegado ensueño y de no interrumpida esperanza...

Vió la silueta aventajada del amado en un encorvamiento inicial doloroso. la expresión de energía facial se debilitaba, sustituida por una inmovilidad característica que se estereotipa en el semblante de los idiotas; los movimientos incompletos, como si a intervalos se evaporase el fluido de la voluntad, propulsor de los órganos, no remataban las gallardas actitudes; la palabra, el «santo sacramento de la palabra», que dijera un sabio-artista, insigne e inmortal, rompíase al borde mismo en que el pensamiento pugnaba por cerrar el círculo de su expresión plástica y comprensiva; las sensaciones se enredaban detenidas en la torpeza y atonía de los centros nerviosos; la memoria, la madre invicta que resucita con su esfuerzo fecundo la gloriosa necrópolis de nuestros recuerdos y nuestras vicisitudes, desflacébase, destruía el proceso gradual de aquel enemigo aposentado en su organismo, como el tiempo descolora y destruye la riqueza portentosa de un tapiz inestimable... Y por un insólito y resignado atisbo de sí propio; por un imprevisto azar del voltaje de sus fantasmas mentales, despertábase en el amado, en el hombre que siempre ocupara el santuario de su corazón, la misión funesta y real que en él mismo se refundiría en un plazo quizá no muy lejano... Y en un vistumbre de la desoladora realidad de su existencia carcomida, deshecha, en la avidéz de salvación de los últimos destellos del espíritu por el milagro de una penitencia y de un sacrificio virtuales y reparadores, el propio amado, llevando con unción a los labios transidos la mortal cicuta, pronunciaba las únicas y definitivas palabras conscientes que sellarían el desde en adelante impenetrable fondo de su naturaleza paralizada... Y ella, entonces, en aquel trágico vacío de la vida que enmarcaba su ser, vió que se hacían plásticas en la claridad nacarada de la luna, y leyó absorta como bajo una pesadilla luminosa, las misteriosas palabras que salieran, de la boca misma del amado, como síntesis de su personalidad desaparecida:

«...Y quién sabe si también tú, Pedro Antonio, con tu frialdad de hombre escéptico, estás matando la única verdad de tu corazón; pero aún es tiempo...»

De pronto, en la postración letárgica, tuvo la noción de un roce frío bajo los cartílagos róseos temblantes de la nariz, y como si fuera a ser presa de un vahido, de una delicuescencia de toda su persona. Hizo una expiración poderosa, como quien se descarga de un exceso de oxígeno ya viciado; revolvióse en el lecho, y al sentir que un hálito caldeado, fuerte y envolvente como un ala, la invadía el rostro, abrió los ojos y en un sacudimiento brusco de su cuerpo, repentinamente se incorporó, desencajada...

—Mauro, el fatídico Mauro, el mismo Mauro en persona, jíbaro, montaraz y satánico, estaba ante ella, con un pequeño objeto de cristal en las manos. Y resonó, en la quietud claustral de «Los Naranjos», estridente, nervioso, lleno de angustia desgarrante, un grito clamoroso...

Berta, en la estancia de la enferma, palideció hasta perder el conocimiento; Pedro Antonio, enderezándose en el diván, se abalanzó hacia una consola para agarrar una «browning»; Gonzalo, sin hablar, de un brinco inusitado, increíble, ganó la galería, y en una carrera breve y prodigiosa se plantó en la puerta de la habitación de Lucinda con el presentimiento de una desgracia formidable. De un empujón rompió el pasador y penetró como un aflujo...

Terrible, bárbara, rápida y sangrienta fué la escena. El bastardo, como un oso lleno de vigor y de audacia, forcejeaba para tender en el lecho a Lucinda...

—Espera, bandido—prorrumpió Gonzalo, y se lanzó sobre él para extrangularle; pero inútilmente, el cuello táurico, como una masa de caucho, sacudió en un derrote violento aquella presión insuficiente.

—¡¡Todo de una vez!!—gritó en un alarido atronante aquel hipógrifo inexorable y vengativo, y hundió en la garganta de Gonzalo, que se desplomó exánime, la hoja rutilante de un cuchillo...

Y hubiese reiterado la acometida, al ímpetu morboso de la satisfacción sexual, que quería saciar, en Lucinda, si durante el fugaz desenlace trágico no hubiera resonado en la galería, casi simultáneos con los de Gonzalo, otros pasos que corrían en la dirección de la alcoba. Por una reacción súbita, Mauro recobró el instinto de conservación y saltó la ventana en el instante preciso en que Pedro Antonio, extendiendo el brazo, pálido y crispado ante el cadáver de Gonzalo, disparaba la «browning» contra aquel salteador que no pudo conocer de momento...



Han transcurrido, hondos y desolados, unos días amargos... El silencio augusto que reina dentro y fuera de «Los Naranjos», es un silencio de cripta, cargado de reminiscencias trágicas.

Sólo queda el recuerdo cruel y sollozante de los momentos álgidos y de estupefacción. Pedro Antonio lo hizo todo y tuvo que atender a todo. Fué un milagro haber salvado a Lucinda de aquel síncope mortal que la desplomara cuando vió caer exánime a Gonzalo, borboteando sangre hirviente de la yugular seccionada. Y fué un milagro, porque la hecatombe trastornó de tal modo las funciones cardíacas, que hubo horas, de sorda angustia, en que temió otra desgracia más.

El suceso, las visitas de los amigos y conocidos de Gonzalo, las pesquisas de la policía, el juez, el escribano, las declaraciones, los comentarios... ¡Qué balumba en aquella casa! ¡Y esto había sido y era nada, comparado con lo que llevaba por dentro Lucinda y aquel pedazo de pan de Pedro Antonio, que había logrado también poner fuera de peligro a doña Asunción!

Y Mauro, aquella fatalidad en forma de hombre, aquel «deus ex machina» bestial y abominable, había desaparecido como centauro fugitivo, llevándose un balazo en el brazo derecho. Alguien dijo que el matador había logrado burlar la persecución de la Guardia Ci-

vil y de los agentes de Seguridad, embarcándose metido en un boco y por un conocido puerto de la isla, y que don Cleto había manipulado secretamente los preparativos de la fuga; pero nada, a ciencia cierta, pudo inquirirse. Rezongábase que el favoritismo político, como influjo de una sociedad secreta, merecía la culpa de la escapatoria del bastardo, y aquí paraba el carró. El intento de violación por un lado y el homicidio por otro, quedarían impunes, probablemente para siempre... ¡Cosas de la imperfección humana y de la insuficiencia de medios sociales de represión eficaces, al fin y al cabo!

Pedro Antonio ha llorado como un chiquillo. Quería entrañablemente a Gonzalo, más, tal vez, que lo que puede quererse a un hermano; y cuando doña Asunción le ha dicho que era necesario que permaneciese algunos otros días en la casa, hasta que desaparecieran totalmente en Lucinda los fenómenos cardíacos, el joven médico ha respondido:

—...Pero no ve usted, señora, que este es el país de la maledicencia y del cuchicheo... Yo vendré diariamente, cuantas veces sea necesario, pero... Bartolo y Juanón vigilarán por la seguridad de la casa durante la noche...

—De ningún modo, Pedro Antonio... Tú continuarás en tu habitación del piso bajo, como si fueras de la familia. Si hablan... que hablen... ¡no te van a conocer mejor que yo!...

Y la anciana, escuálida, reclinada contra el respaldo de una ancha silla de brazos, muy aforrada en amplias frazadas de lana desde la cintura hasta los pies, y con la espalda y el pecho cubiertos por un rico mantelo de estambre floreado de oscuros ramos, insistió:

—Quiero dejar todas mis cosas bien dispuestas. Pedro Antonio. A mi edad, la muerte, que es un alivio, puede ser un instante de agonía insoportable y taladrante si se piensa en algún ser querido que dejamos atrás, y de quien nos despedimos para siempre sin llevarnos la evidencia de su destino definido... Y esto es lo que

me ha preocupado desde antes de ahora, y me sigue preocupando respecto a Lucinda.

Una tos bronca y rasgada conmovió la figura esquelética de la anciana. Hacia el lado izquierdo de la comisura de los labios marcábasele un ligero descolgamiento de los músculos faciales, como si le hubieran torcido un poco la cara por aquel punto. Había sido el amago de perlesía. Así que le pasó el golpe de tos, prosiguió

—Yo sé que no es el momento para hablar a Lucinda de estas cosas, Pedro Antonio. Sin embargo, no puede ser una profanación del afecto que profesé a Gonzalo ni del respeto doloroso a su memoria, el que me ocupe de la felicidad de mi hija en la convicción de que mañana quizá ya sería tarde...

Pedro Antonio palmeó afectuosamente una mano de doña Asunción, y dijo:

—; Si usted ha de vivir todavía mucho tiempo, «abuelita»!

—Admito esas frases de tu afecto; pero cuando el horizonte no está claro, no es ningún desatino prevenirse contra una tempestad que puede volver y promover el naufragio...

Y añadió, con una lucidez de pensamiento y de símbolo que maravillaban al mismo Pedro Antonio, no obstante serle conocido el prestigio de que gozara en su juventud doña Asunción, como mujer discreta y de inteligencia cultivada:

—Escúchame, Pedro Antonio: quiero que seas el marido de Lucinda, y que me des tú palabra de no abandonarla, de hacerla feliz, como ella merece...

Tuvo la anciana un sollozo como un hipo, mientras atraía ambas manos de Pedro Antonio y las besaba, como quien besa las de un salvador o las de un sacerdote que ayuda a bien morir.

Desde abajo, del pórtico, subió a lo alto la algarabía del timbre. Pedro Antonio, dejando la alcoba de la convaliente, se asomó al varandal y llamó:

—; Bartolo!... ; Juanón!... abran...

Un funcionario judicial ascendió hasta lo alto. Pedro Antonio le recibió:

—Usted dirá, señor...

—¿Es usted don Pedro Antonio del Castillo?...

—El mismo...

—Vengo a dar cumplimento a una disposición judicial...

—¿Y la señorita Lucinda, está aquí? He de notificar a ustedes, por disposición del señor Juez del Partido, la providencia en que manda protocolizar el testamento ológrafo de don Gonzalo Latorre, hallado en su domicilio entre sus papeles, pues como debe usted saber, don Gonzalo había reconocido ante el Juez municipal de la ciudad a su hijo Fritz, y en cumplimiento del artículo 962 de la Ley de Enjuiciamiento se previno de oficio el abintestato...

—No, no sabía nada... no he tenido tiempo... ni reposo de espíritu para ocuparme de esas cosas... luego hace tan pocos días de la desgracia...

—Es verdad, ¡qué quiere usted!, la justicia es improrrogable y anti-sentimental...

—Así es... Pase usted y aguarde un momento...

Pedro Antonio dejó al actuario del juzgado en una pieza inmediata, convertida en despacho, y salió en busca de Lucinda.

Aparecieron ambos, acompañada ella de un nene rubio y esbelto, taciturno y como desconfiado... Era Fritz.

Pedro Antonio quiso que pasasen todos a la alcoba de doña Asunción, y así lo hicieron. Lucinda, pálida, delgada, con anchas ojeras violáceas, vestida de negro, como una deidad hierática, tomó asiento al lado de su madre, atrayendo hacia sí al pequeño Fritz, y dejando vagar entre la opulencia áurea de los cabellos del niño los dedos trémulos y diáfanos como tallos de una flor grácil.

En breves palabras explicó Pedro Antonio aquella visita del curial, y éste empezó, solemne, ergotista:

—Como nada dicen la Ley de Enjuiciamiento ni el Código Civil, que es posterior, el señor juez, teniendo

en cuenta que el tutor nombrado para este niño—e indicó a Fritz—es usted, don Pedro Antonio; y que para cumplir sus deberes necesita la copia del testamento; y que para obtener ésta le era imprescindible saber dónde estaba protocolizado, lo mismo que la señorita Lucinda para ejercitar los derechos que del mismo se le originan, ha estimado del caso providenciar haciéndoles saber que el testamento ológrafo, que luego leeré, otorgado por don Gonzalo Latorre, que la gracia de Dios haya, será protocolizado en el estudio del Notario don Lázaro Santos...

Hojeó el curial el expediente que tenía en las manos, y haciendo la salvedad de que no era indispensable leer todo lo actuado, se detuvo en un folio y leyó:

En Risco-Viejo, del término de la noble Ciudad de los Adelantados, a los veinte días del mes de abril y año de 1898: Yo, Gonzalo Latorre y Gordejuela, diplomático, ante las contingencias de mi salud quebrantada, y con el ánimo despejado, redacto este mi testamento, que es el único hasta ahora.

He tiranizado a la vida de tal suerte, que al fin la vida se ha rebelado contra mí y pugna por arrojarme de su seno. Creo, en algunos momentos, que voy a recobrar mis energías y a dominarla de nuevo; pero un pensamiento vigilante, claro y penetrador como la luz, ahuyenta toda esperanza y me torno a la deplorable realidad de mi existencia agotada, minada por prematuros, reiterados y locos desbordamientos.

A veces la idea de una ataxia progresiva y fatal me asalta, horrorizándome e impeliéndome a cumplir el alto deber de saldar mis sentimientos más caros, antes que un trastorno posible y ulterior pueda impedir la serena reflexión de mis últimos deseos. Por esto escribo mi testamento.

Reitero aquí el reconocimiento, que por acta tengo hecho ante el juez municipal ha pocos días, por el que habrá de considerarse hijo mío el niño Federico Latorre y Festenberg (Fritz), de seis años de edad, nacido en Viena, en mi hotelito de las afueras de la ciudad.

Y lo instituyo por mi único y universal heredero, tanto en mis bienes propios y conocidos, como en los derechos heredados de mi tío el caballero don Felipe Latorre y Atienza; designándole por tutor, con revelación de toda fianza, a mi entrañable amigo—hermano pudiera llamarle—el doctor en Medicina y Cirugía, don Pedro Antonio del Castillo, al que lego mi hotelito de Viena, valuado en sesenta mil coronas, rogándole destruya todos los documentos, papeles y fotografías que allí existen, a excepción de la que está en un marco de ébano y oro, sobre el mármol del velador, que es la de mi bien amada prima Lucinda.

Lego a ésta, la señorita Lucinda Latorre y Barbanzón, todas mis alhajas, que fueron las de mi madre, y están en la caja de caudales de mi despacho en esta casa de Risco-Viejo. Y por convicción de mi espíritu, que entre recios embates y torturas ha tenido el vislumbre de su redención y el consuelo de reparar la noción equívoca de un porvenir que no puedo llamar mío, porque he llegado a él sin fuerzas ni virtudes para disfrutarlo, sino para respetarlo y bendecirlo, le ruego asimismo: que ponga sobre el que ha sido nuestro amor—mi amor, verdad, de alma, de castidad y de encanto—la benevolencia florecida de un recuerdo resignado; la cadena rota de la felicidad puede soldarse cuando en torno nuestro hay corazones nobles y profundos que operan al abrirse el milagro de un día de sol y de renacimiento.

Así lo otorgo, a los 42 años de edad, en la fecha arriba indicada y en la forma y con las solemnidades previstas por la Ley, y consignando lo que mi conciencia, mi conocimiento de la vida y mi sensibilidad me aconsejan, en previsión de ese momento, repito, en que, vivo o muerto, desaparezca en el pavor de la nada una inteligencia que oscila con las oscilaciones de mi vivir derrumbado.»

La escala tremulante de un sollozo creció en la calma doliente de la alcoba. Hasta el actuario sintió un ligero escalofrío sentimental.

Pedro Antonio, emocionado, nervioso, pugnando con

aquella humedad de llanto restringido que a él también le aguaba los ojos, levantóse y dió solución a la dramática escena:

—Deme usted acá para firmar... ¿Aquí?... Vaya, ya está. Usted ahora, Lucinda...

Ella se incorporó automáticamente, maquinalmente, llevando consigo a Fritz, que había oído y contemplado «aquello» con extrañeza infantil, absorto...

Después que estuvieron estampadas las firmas, el curial, respetuoso, hizo una inclinación ceremoniosa de cabeza y ganó la galería, despidiéndose de Pedro Antonio en lo alto de la escalera.

*

Doña Asunción, viva e interiormente preocupada, había permanecido silenciosa, reflexiva en su silla de brazos. Cuando Pedro Antonio volvió a entrar, como quien está decidida a no aplazar más una resolución, hizo llegar a Lucinda hasta ella:

—Hija mía—expresó emocionada intensamente—: la cadena de tu felicidad se ha roto, pero puede soldarse. La piedad del vivo recuerdo no debe ahogar mis deberes de madre: No has de quedar sola en el mundo cuando yo muera: Pedro Antonio será tu esposo...

Otro sollozo repentino y sofocado rompió la grave magnitud del momento. Combatida por tantos dolores y martirios, bajo el choque de tan encontradas sensaciones, Lucinda era como un alma náufraga después de una tempestad.

Pedro Antonio, inquieto, sacudido por el bullir de sus sentimientos más recónditos, tuvo un movimiento de delicada compasividad. Lucinda, ahora, se le aparecía en la sagrada y doliente belleza de la Mater Dolorosa de Tiziano Vecellio, que él había visto en el Mu-

seo del Prado. Para calmarla, con discreta ternura en las palabras, dijo:

—Otro día... en otra ocasión... hablaremos de eso... Lucinda no debe atender sino a reponerse... ¿Verdad?...

Y tomando una de sus manos, bellas, diáfnas, con las que había vuelto a acariciar los rubios bucles del hijo de Gonzalo, depositó en ella un beso que parecía la revelación de un ensueño largo tiempo aprisionado.

FIN

INDICE

	PAGINA
Al lector	3
Prólogo	5
Semblanzas humorísticas de algunos de los autores de la novela	11
Cap. I, por B. Pérez Armas	19
Cap. II, por Ildefonso Maffiotte	29
Cap. III, por Diego Crosa	43
Cap. IV, por Domingo Manrique	53
Cap. V, por Juan Franchy	61
Cap. VI, por Leoncio Rodríguez	75
Cap. VII, por R. Gil Roldán	93
Cap. VIII, por Guillermo Perera	117
Cap. IX, por Manuel Verdugo	131
Cap. X, por Emilio Calzadilla	143
Cap. XI, por «Carlos Cruz»	155
Cap. XII, por «Guillón Barrús»	169